

MARÍA BEATOBE

REGÁLAME UN SUEÑO



Click
EDICIONES

Índice

Portada
Portadilla
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[Biografía](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

María Beatobe
Regálame un sueño

Click←
EDICIONES

CAPÍTULO 1



El día amaneció caluroso. Aún era temprano, pero, por el ardor que se percibía nada más abrir la ventana, prometía ser sofocante. La cerré y me tomé un café. Lo único que quedaba sobre la encimera de la cocina era la cafetera. En la nevera, leche y un par de zumos.

Lo bebí entre pensativa y asustada por el giro tan brusco que nuestra vida iba a experimentar en el momento en el que mi hija, Clare, y yo saliéramos por la puerta del piso.

Si hace unos meses me hubieran dicho que iba a cambiar, ya no solo de vivienda, sino también de ciudad, no me lo habría creído. Pero la vida es como es, y hay que aceptarla según viene. Aprovechando las oportunidades que te ofrece, y sin dejar pasar los pocos trenes que se presentan ante ti solo en algunas ocasiones.

Y este nos había llevado a las dos, a mi hija y a mí. No obstante, tenía que aceptar el empleo. No podía decir que no, se trataba de cubrir un puesto durante un año para trabajar en lo que me había formado durante tanto tiempo y, por desgracia, no había podido ejercer demasiado. Así que este era mi momento y tenía que aprovecharlo.

Limpíé la taza, la dejé secar sobre la desierta encimera y me fui a la habitación de mi hija a despertarla. Debíamos irnos ya, el camión de mudanzas llegaría a mediodía a nuestro nuevo hogar y necesitábamos estar antes.

En nuestro destino no conocíamos a nadie, salvo a nuestra casera, con la que habíamos hablado por teléfono para que nos diera las llaves del piso y poder recibir a los de la mudanza.

Cuando iba por el pasillo ya empecé a llamarla.

—Cariño, hay que levantarse.

Me apoyé en el marco de la puerta mientras veía cómo se estiraba. Reconozco que me preocupaba la forma en que se adaptaría al cambio. Estaba en plena adolescencia y, cuando le conté nuestra nueva situación, no se lo tomó demasiado bien. De hecho, aún estaba bastante molesta conmigo.

Clare tenía catorce años y mucho carácter, algo que yo también poseía, por lo que no podía reprocharle nada. Nació cuando yo solo contaba con dieciocho años, así que, ahora, con treinta y dos, podíamos mantener conversaciones de «adultos» y pasarnos la tarde viendo películas románticas atiborrándonos de palomitas.

A pesar de que me sobrevino demasiado joven, ahora me sentía feliz de poder compartir nuestro tiempo de manera tan cómplice.

—¿Y a qué hora nos vamos? —dijo malhumorada mientras se sentaba en la cama y colocaba los pies en el suelo.

—En una media hora, cielo.

No respondió. Se levantó y, mesándose el pelo, cogió su ropa y entró en el baño.

Me sentía un poco culpable de que tuviera que sufrir este cambio, pero era necesario.

Cuando cerré la puerta del piso por última vez y eché la llave, dejé atrás también una importante etapa de mi vida. En esa casa había vivido muchas cosas, desde mis primeros años independizada en pareja hasta la separación del padre de Clare..., y ahora, ante nosotras, se abría un nuevo mundo de posibilidades.

Montamos en el coche casi sin cruzar palabra, Clare se mostraba molesta y ni siquiera me miraba. Arranqué el motor suspirando y partimos hacia el que sería nuestro nuevo destino: Lakeside, en el estado de Oregón.

CAPÍTULO 2



Lakeside era una ciudad ubicada en el condado de Coos, en el estado de Oregón, y contaba con poco más de mil habitantes. Un lugar bastante tranquilo.

Me informé antes de decir que sí a mi nuevo puesto de trabajo. No quería aventurarme tanto y que luego nos arrepintiéramos de haber dejado todo para venirnos aquí. Pero lo que pude conocer del pueblo me gustó. Me agradó su entorno, los parques naturales, el lago..., y me pareció magnífico que fuera un lugar donde poder hacer vida sin necesidad de coger el coche. Es decir, contaba con bancos, supermercados, centro de salud, instituto..., y todo eso era un punto a favor muy importante a la hora de mudarnos.

También tenía mucha animación a lo largo de todo el año, con un entorno sano y a las afueras de la gran ciudad.

Tras aproximadamente un par de horas en el coche, de camino al que sería nuestro nuevo hogar, aparcamos frente a nuestra casa. Gracias a la amiga de una amiga, conseguí contactar con alguien que vivía cerca de allí y pudo ayudarme con los trámites del alquiler.

Mi hija fue todo el camino manipulando su móvil y con los cascos puestos escuchando música. Íbamos como dos extrañas sentadas en el mismo autobús, una al lado de la otra. No sé por qué me daba que ella estaba a años luz de donde nos encontrábamos realmente. Tenía que darle tiempo para asimilar este cambio, pero lo era para las dos, y debía primero adaptarme yo para luego poder ayudarla a hacer lo mismo.

El edificio por fuera era blanco. Tenía tres alturas y unas terrazas con barandillas negras de forja. Cuando salí del coche resoplé. En un par de días estaría trabajando en mi nuevo puesto y estaba bastante nerviosa, la verdad.

Hacía tiempo que no ejercía, pero tenía muchas ganas de volver a hacerlo. Contaba con cuarenta y ocho horas para instalarme con Clare en casa y comenzar un nuevo proyecto de vida juntas.

En el portal, esperaba una mujer mayor con un delantal blanco de rayas azules ajustado a su cintura. Su pelo canoso enmarcaba una cara sonriente con pequeñas arrugas que mostraban el paso de los años. Salí del coche con su misma expresión y me acerqué hasta ella.

—Buenos días —dije.

—Buenos días, hija. Tú debes de ser May Anderson, ¿verdad? —dijo con voz serena sin dejar de sonreír.

—Sí, y usted la señora Jones, ¿no?

—Sí, hija, la misma.

—Encantada, señora —respondí estrechando su mano a modo de saludo—. Esta es mi hija, Clare.

—Qué muchacha más bonita tienes —apuntó poniendo su mano sobre el brazo de mi hija.

Clare respondió al halago con una sonrisa. La primera desde que habíamos salido de nuestra ciudad, y esperaba que no fuera la última.

La señora Jones nos dejó las llaves y se despidió con un beso, instándonos a que, si necesitábamos algo, no dudáramos en llamarla.

Sacamos el equipaje del maletero, teníamos tiempo de sobra para esperar a los de la mudanza. No llevábamos muchas maletas porque casi todo lo habíamos mandado con el transporte. Solo nos habíamos quedado con parte de la ropa, el ordenador y algunos libros.

Cuando entramos, la casa desprendía olor a lavanda, seguramente habrían estado limpiando hacía relativamente poco tiempo. Agradecí la luz que iluminaba el salón. Unos grandes ventanales a mi izquierda enmarcaban la estancia.

Sonreí mientras una voz interior me daba fuerzas y me decía: «Bienvenida a tu nuevo hogar, doctora Anderson».

CAPÍTULO 3



Cuando dejamos el equipaje en el salón, no tardaron más de veinte minutos en llegar los chicos de la mudanza. Mi nueva casa se encontraba en un tercer piso sin ascensor, algo que, reconozco, no me hizo mucha gracia cuando me lo dijeron antes de alquilarla, pero las vistas que tenía desde la ventana de mi habitación compensaban el tener que subir varios tramos de escalera todos los días. Desde ella, podía contemplar la amplitud del lago rodeado de un sendero lleno de altos árboles que dibujaban un paisaje digno de ver.

Me senté en el sillón recién colocado resoplando, estaba cansada del viaje y algo asustada por todo lo que vendría ahora. Sentía desasosiego por si mi hija no se adaptaba o, simplemente, porque no quisiera hacerlo para lanzarme un pulso y ver hasta dónde llegaban mis fuerzas.

—Mamá, me voy a dar una vuelta por el pueblo —dijo Clare mientras se ponía los cascos.

—Espera, espera —respondí levantándome del sillón con rapidez—. No conocemos aún el lugar. ¿Quieres que vayamos juntas?

—No —contestó—. Prefiero ir sola.

—Pero, cariño, a ver si te vas a perder... —Intenté que mi preocupación no fuera muy evidente.

—Mamá, es un pueblo —afirmó con énfasis en la última palabra—, un lugar en el que estaremos un año enclaustradas.

Vale, primer dardo envenenado.

—No digas eso. Ya verás, vamos a pasarlo muy bien aquí. Te lo prometo. —Le acaricié la cara con el dorso de mi mano.

—Llevo el móvil. Hasta luego.

Cerró la puerta tras ella sin ni siquiera dedicarme una mirada. Esto iba a ser más difícil de lo que yo me imaginaba. El pulso acababa de empezar.

Antes de comer, le envié un mensaje diciendo que lo haríamos fuera y que nos veríamos en la calle principal, a la altura de una panadería frente a la que habíamos pasado con el coche al llegar.

Al cabo de un rato, salí del piso para encontrarme con mi hija. Mientras bajaba las escaleras, me crucé con un chico con gafas de sol que subía a toda velocidad, con un casco de moto en una mano y bolsas en la otra, chocando con mi hombro al pasar. No dio ni las buenas tardes ni nada, solo escuché un ligero «perdón» que dijo al cuello de su camisa.

Le miré de soslayo, y tengo que reconocer que lo hice con cara de pocos amigos. ¡Podría ir con más cuidado! En fin, que vi que iba al mismo piso que yo, pero a la puerta de al lado.

Cuando bajé a la calle, pude percibir que el pueblo tenía movimiento. Frente a mi edificio había una pequeña carretera que, al cruzarla, daba a una explanada de césped en cuesta que desembocaba en otra calle con muchos comercios: un supermercado, una tienda de ropa, un bazar... y una gran biblioteca.

También, caminando un poco a la derecha, se encontraba el centro de salud donde trabajaría durante un año. Era un centro pequeño, en el que compartiría espacios con otra doctora que aún no conocía.

Paseé por el pueblo observando todo con ilusión y media sonrisa en mi cara, me gustaba el sitio donde empezaría a vivir de nuevo.

Me apoyé en una pared junto a la panadería a esperar a Clare. Mientras tanto, observé a la gente que paseaba, ya que el tiempo era ideal para disfrutar del final del mes de junio.

Vi de lejos cómo mi hija, que seguía con los cascos puestos, se acercaba hacia mí, pero sin mantener ningún contacto visual. Una vez la tuve enfrente, se paró en seco y se quitó los cascos.

—Bueno, y ahora, ¿a dónde vamos? —dijo con desdén.

—Podrías ser un poco más amable, hija —respondí enfadada.

—¿Y qué quieres que te diga, si estoy aquí totalmente en contra de mi voluntad?

—No empecemos, ¿eh? —Subí el tono sin apenas darme cuenta.

—No te equivoques, mamá. Empezamos el día que me dijiste que nos veníamos. Si lo sé, busco a papá y me voy con él —sentenció retándome con la mirada.

Al oír ese comentario, apreté los puños y la mandíbula se me tensó.

—Mira, Clare, no pienso discutir esto aquí, delante de toda la gente, pero tú y yo tendremos una conversación en cuanto comamos y lleguemos a casa. Sabes perfectamente que me haces daño hablando de tu padre. Conoces lo que nos hizo, y entiendo que te sirva como arma arrojada contra mí, pero no vuelvas a mencionarlo. ¿Entendido? —Las dos nos sostuvimos la mirada, hasta que decidí zanjarlo del todo—. Y ahora, vámonos.

Y empecé a caminar sin esperarla, intentando calmar mis nervios contando hasta diez.

CAPÍTULO 4



Al día siguiente madrugué, me había despertado varias veces por la noche un poco desorientada, hasta que me daba cuenta de que estaba en mi nueva casa. Desayuné, me di una ducha y le dije a Clare que me marchaba a pasear por el sendero que teníamos justo detrás de nuestro piso. Necesitaba respirar aire fresco.

Empecé a descender por el camino, el cual presentaba alguna que otra zona con declives pronunciados antes de acceder a la vereda paralela al lago. Desde luego, el paisaje era digno de ver, porque lo acompañaba un silencio relajante que solo era roto por el canto de los pájaros, que, en ese momento, describían perfectamente mi bienestar. Era como un sueño. Me llamó la atención una caseta al otro lado del lago. Se veía bastante deteriorada y, al parecer, abandonada. Pero estaba en un lugar privilegiado.

Descendía mirando hacia lo alto de un árbol, observando el vuelo de un ave, cuando me escurrí y caí golpeando el suelo con el trasero. Resbalé un par de metros monte abajo, hasta que pude aferrarme a un árbol y por fin sentí que tenía el control de mi cuerpo. El corazón me iba a mil por hora.

—¡Mierda! —farfullé mientras me tocaba el coxis—. ¡Qué daño!, solo a mí se me ocurre salir a la aventura.

De repente, escuché pisadas a mi espalda.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —respondí a un chico que me observaba con gesto preocupado, después de analizar mis manos y mis piernas adornadas con pequeños rasguños.

—Ven, dame la mano, te ayudaré a levantarte —dijo tendiéndome la suya.

Dudé mientras lo miraba confusa, no lo conocía de nada, y era bastante escéptica con los hombres desconocidos, pero finalmente se la ofrecí y, con una fuerza que ya evidenciaban los músculos de sus brazos, me elevó sin yo apenas hacer fuerza. Así, a primera vista, aparentaba ser algo más joven que yo.

—Gracias —dije mientras me sacudía la arena de las piernas.

—Estás sangrando.

—¿Qué?

—Que te sangra el codo —respondió señalándome el brazo izquierdo.

—¡Ah! No me había dado cuenta —dije reparando en una herida superficial.

—¿Eres sensible a la sangre? —preguntó con media sonrisa.

Reconozco que aquel desconocido era muy guapo. Vestía pantalones cortos, color verde militar, con bolsillos a los lados y una camiseta azul oscura que hacía intuir un cuerpo trabajado sin ser exagerado.

—¿Lo eres? —volvió a preguntar sacándome de mis pensamientos.

—¿Eh? No, no... —respondí sonrojada.

Más me valía no serlo dedicándome a lo que me dedicaba.

—Si vives lejos, podemos ir al lago y darle un agua a esa herida —dijo señalando un pequeño camino.

Muy bien, ahora sí que debía de parecer tonta al no haber visto la senda que bajaba hasta el pantano. Fenomenal, May, entrada triunfal.

—No te preocupes, gracias, vivo en el pueblo —sonreí.

—¿Sí? —preguntó extrañado—. No me suena haberte visto por aquí nunca. Y mira que no se me habría olvidado una cara como la tuya si la hubiera visto antes —apuntó sonriendo.

—¿Me lo debo tomar como un halago? —Entrecerré los ojos.

Eso provocó una pequeña carcajada en aquel desconocido que, para ser sincera, me estaba haciendo pasar un agradable momento, a pesar de la caída y del dolor que tenía en el culo.

—Por supuesto —declaró con una sonrisa traviesa—. Pretendía que lo fuera.

¿Quizá tonteaba conmigo? Estaba totalmente desentrenada en estas situaciones. Y, para colmo, con un chico que me provocaba una atracción física más que evidente.

—Llevo poco tiempo aquí —dije sin dejar de sonreír también.

En ese momento, mi móvil comenzó a sonar. Di un pequeño respingo al escucharlo. Me hizo salir de un plumazo de aquella situación tan nueva para mí. Lo saqué del bolsillo de mi pantalón. Noté un pinchazo en mis nudillos al rozarlos contra la tela, los tenía algo magullados.

—Perdona —me excusé por coger el teléfono.

—Adelante, adelante —respondió señalando el aparato.

Era Clare. Se había despertado y necesitaba que fuera para ayudarla a buscar una camiseta que justo se quería poner en ese momento. Ya podría haber elegido otra y haberme dejado hablar un ratito más con mi desconocido, pero, tal y como la escuché hablar y la relación tan tensa que teníamos, era un tema de máxima urgencia.

—Voy para casa, cariño. Un beso —dije antes de colgar—. Perdona... —Me acababa de dar cuenta de que no sabía su nombre.

—Cameron, me llamo Cameron Hawk —respondió metiéndose las manos en los bolsillos.

—Pues perdona, Cameron Hawk, pero me tengo que marchar ya. Gracias por todo.

—No te preocupes, ha sido un placer. Y tu nombre es... —dijo arqueando las cejas y balanceándose sobre sus pies.

—May Anderson.

—Bonito nombre.

—Gracias.

Nos quedamos mirando con una sonrisa tonta en nuestros rostros, hasta que cogí aire y me despedí de Cameron tendiéndole la mano, pero él la rechazó para acercarse y darme dos besos. Desprendía un aroma que me atraía todavía más a él.

—Hasta otro día —dije mientras jugueteaba nerviosa con el móvil entre mis manos.

—¿Volveré a verte? —preguntó.

—Claro, estoy más que segura de que sí —respondí mientras comenzaba a caminar.

Me dirigí a casa con una sonrisa tatuada en la boca y la satisfacción de haber conocido a alguien, cuando menos, interesante. Madre mía, parecía una quinceañera. Pero es que las cosas son como son, el chico estaba muy bien físicamente y, por lo poco que había hablado con él, me había caído genial.

¡Solo me faltaba llegar a casa y coger a mi hija de la mano corriendo, tirarnos en la cama entre risas y complicidad, y comernos una tableta de chocolate cada una, mientras le contaba que había conocido a un chico guapísimo que creía que había tonteado conmigo!

Clare, definitivamente, habría alucinado. Así que, mejor me lo guardaba y me lo imaginaba, porque estaba segura de que ella no estaría con el humor suficiente como para hablar de cortejos, sonrisas y miradas de soslayo.

CAPÍTULO 5



Ya habían pasado dos días desde que llegamos a Lakeside, y esa mañana me incorporaba a mi nuevo puesto de trabajo.

Me levanté muy nerviosa, apenas había pegado ojo en toda la noche. Había tenido incontables pesadillas relacionadas con mi primer día: soñé que llegaba tarde; que me había equivocado de centro de salud; que ningún paciente quería que yo le atendiera... Un cúmulo de situaciones que no me dejaron descansar.

Así que amanecí luciendo unas ojeras con las que parecía un mapache. Intenté disimularlas con una base de maquillaje líquido que me había comprado para estrenar, precisamente, en mi primer día de trabajo, pero creo que no conseguí mi objetivo. Ahora seguía pareciendo un mapache, aunque algo más pálido.

Mi horario comenzaba a las nueve de la mañana, pero quise llegar un poco antes para presentarme como es debido y sin prisas. En la calle, ya frente a la entrada del edificio, respiré hondo, exhalé el aire y abrí la puerta mientras trataba de darme ánimos y fuerza para encarar mi primera jornada.

Ante mí, se mostró un espacio amplio en tonos tierra, rodeado de varias puertas, y unas escaleras a mi izquierda que bajaban hacia la zona de urgencias.

Me acerqué a la pequeña recepción y allí me di a conocer como la doctora Anderson. Las dos personas que se encargaban de atender los trámites de los pacientes me recibieron con una sonrisa y actitud agradable. Uno de ellos, Jackson, me acompañó a la que sería mi consulta, que quedaba justo al lado de la de la matrona.

Era una habitación amplia, con mucha luz gracias a un ventanal al fondo de la estancia. Eso le daba vida al lugar y también a mí. La luz era mi fuente de energía.

Una vez que me explicaron el funcionamiento del centro, me quedé sola en la consulta, sentada frente al ordenador y paseando la mirada por aquellas paredes. «Así que este será mi puesto de trabajo durante todo un año», pensé. «Me gusta.» Mientras me encontraba absorta en mis pensamientos, llamaron a la puerta.

—Adelante —dije.

Jackson se asomó con un papel en la mano.

—Le traigo la lista de pacientes de hoy, aunque también le aparecerá en el ordenador. Por si acaso, también nos gusta tenerla en papel. Era una costumbre del antiguo doctor.

—Por favor, tutéame y llámame May... —le pedí sonriendo—. La lista es corta —dije al ver que solo tenía cinco visitas ese día.

—Bueno, sí... —contestó rascándose la cabeza—, ya se sabe..., cuando cambian al médico de toda la vida, hay gente que se muestra recelosa y prefiere no venir o esperar un poco.

—Lo sé, no te preocupes. Gracias, Jackson.

A las diez comenzaba a ver a mis pacientes, así que en ese rato que tenía antes de empezar, acomodé la consulta a mis necesidades y, por qué no admitirlo, también a mis manías. Quien diga que a la hora de trabajar no tiene ninguna, miente.

Yo tenía que tener los bolígrafos, invariablemente, a mi izquierda, siempre dos rojos, dos azules y dos negros. ¿Que por qué tenían que ser así? No lo sé. Como decía antes, manías.

Los primeros cuatro pacientes fueron gente joven: una chica con un esguince, una mujer con otitis, un chico con dolor de espalda y un matrimonio que venía a por un par de recetas... La verdad es que me encontré a gusto. Para el tiempo que llevaba sin ejercer, no había sido, de momento, muy difícil.

Cogí el listado y salí a avisar a la última cita del día: Morgan Cooper. Había ojeado su historial antes de llamarle. Hombre de avanzada edad, sin ninguna enfermedad crónica y pocas visitas al médico.

Abrí la puerta de la consulta con el papel en la mano y pronuncié el nombre en alto. Alcé la vista para localizarlo, cuando me encontré

de bruces con un señor mayor acompañado de un chico joven. Y ese chico no era otro que Cameron.

—Joder —dijo él, y, tocándose el pelo añadió—: No me lo puedo creer.

—Hola, Cameron —le saludé sorprendida.

Los dos nos quedamos mirándonos y sonriéndonos, hasta que Morgan, el paciente, intervino con el ceño fruncido.

—¿No vamos a pasar o qué? —Su voz sonó hostil y malhumorada.

—Sí, sí, perdonadme —dije sonrojándome—. Adelante.

Los invité a entrar y cerré la puerta de la consulta. No pude evitar fijarme en Cameron de espaldas, y eso me provocó todavía más calor. Llevaba unos vaqueros desgastados bajos de cintura y una camiseta blanca que dejaba poco a la imaginación. Sabía que tarde o temprano coincidiríamos..., ¡pero no me imaginaba que fuese tan pronto!

Me atusé un poco el cabello con rapidez sin que me vieran, me mordí suavemente los labios para darles color y me senté frente a ellos. Entrecrucé las manos y las apoyé sobre la mesa. No podía parar de mover la pierna. ¿Se puede saber por qué estaba tan nerviosa? Con los otros pacientes me había encontrado bastante más relajada. Este chico desprendía una energía que me tenía totalmente alterada.

—Bueno —carraspeé—, entiendo que usted es el señor Cooper, ¿verdad?

—Sí —gruñó—. ¡Pero ¿dónde está mi doctor?! Cameron, esta señora no es mi médico, y yo quiero a mi médico —refunfuñó.

—A ver, abuelo, ella es la doctora Anderson, la sustituta del doctor Wallace. Y estoy más que convencido de que lo va a hacer fenomenal. Así que tú por eso no te preocupes.

Sonreí ante ese comentario, siempre se agradecía encontrar un aliado en esta nueva aventura. Y que se acordara de mi apellido también me arrancó cosquillas en el estómago.

—Venga, abuelo, dile dónde te duele —le apremió Cameron.

El anciano titubeó, no tenía tan claro que yo fuera a ser su nueva doctora, así que, por un momento, se respiró tensión en la consulta. Tragué saliva con la mejor de mis sonrisas mientras esperaba pacientemente a que el señor decidiera qué quería hacer.

—Abuelo... —le advirtió Cameron.

El anciano lo miró frunciendo todavía más el ceño y su nieto le respondió elevando las cejas y haciendo un movimiento de cabeza, como indicando que empezara a hablar.

—Me duele aquí. —Por fin señaló su brazo, pero con el mismo tono hostil.

Solté todo el aire que tenía contenido, a la espera de que el señor Cooper me contara qué le pasaba. No había sido fácil, aunque tampoco pensaba que fuera a serlo. Tarde o temprano aparecería algún paciente que no aceptara el cambio de facultativo.

Después de tratarle, con alguna que otra dificultad por su actitud, el diagnóstico fue una tendinitis que se resolvería con reposo. Le extendí la mano antes de marcharse a modo de despedida. Él volvió a dudar si dármele o no, y una pequeña palmadita en la espalda por parte de Cameron le ayudó a hacerlo.

Salí a despedirlos a la sala de espera y el señor Cooper se acercó a saludar a otro hombre, más o menos de su edad, que esperaba para entrar en la consulta de enfermería.

—Muchas gracias, Cameron —susurré.

—¿Por qué? —Me sonrió.

—Por hacerme más llevadero mi primer día de trabajo.

—No es nada. Conozco a mi abuelo y sé que no es muy fácil de llevar.

—Aun así, te lo agradezco.

Me miró con las manos en los bolsillos y, girando un poco el rostro, me dijo:

—¿Te apetece quedar conmigo, May?

Se me cortó la respiración. ¿Le había entendido bien? ¿Me estaba pidiendo una cita? Quería salir conmigo, y estaba más que claro que yo también quería, pero también me parecía un poco precipitado. Todos mis pensamientos debieron de plasmarse en mi gesto, porque rápidamente apuntó:

—Como amigos, ¿un café? ¿Te apetece?

Bueno, el aclararlo mejoraba la situación. «Como amigos», muy bien, me sentía mucho más cómoda así.

—Vale, me parece bien —respondí mientras sentía sudores fríos por la espalda.

Estaba totalmente desentrenada en esto del cortejo. Cameron debía de pensar que era tonta o algo así por tardar tanto en responder a una pregunta tan sencilla, pero desde que me separé de mi marido, hacía relativamente pocos años —aunque no nos casamos, bromeábamos con que éramos marido y mujer—, no me había sentido preparada para empezar nada con nadie. Había tenido amigos «con derecho a roce», como dicen, pero nunca había querido dar un paso más y formalizar algo en lo que no creía. Y, por otro lado, tampoco me parecía justo dar esperanzas a alguien sabiendo a ciencia cierta que no iba a tener futuro. Desde que me separé, mi vida se centró en mi hija y no permití que un hombre pudiera interferir en eso.

—¿Qué tienes que hacer esta tarde? —dijo Cameron directo.

—¿Esta tarde? ¿Eh?... Deshacer cajas y maletas —respondí con un mohín.

—Entonces, no se hable más, tomamos un café y desconectas un poco.

—Suená bien.

—¿A qué hora? —me preguntó.

—¿A las seis? ¿Es buena hora?

—Perfecta —apuntó.

—Pues a las seis. ¿Y dónde? Apenas conozco el pueblo.

—Si quieres, quedamos en la puerta del centro de salud y ya vamos juntos a una cafetería.

En ese momento, se escuchó la voz ronca del abuelo:

—¡Cameron! ¡¿Podemos irnos ya?! ¡No pienso pasarme toda la mañana aquí!

Los dos nos giramos hacia Morgan, que nos observaba con la misma expresión de enfado que tenía desde que le había conocido. Empezaba a pensar que ese era su rictus habitual.

Volvimos a mirarnos y nos reímos a la vez. Qué sonrisa tan bonita tenía...

—Bueno..., creo que tengo que marcharme —dijo Cameron alzando una ceja.

—Eso creo... —respondí alzando las dos.

—Nos vemos luego, May.

—A las seis —apunté.

—A las seis —confirmó.

- Hasta luego, Cameron. Y gracias de nuevo.
- No tienes por qué darlas.

CAPÍTULO 6



Después de trabajar, llegué a casa bastante nerviosa y con un poco de jaqueca. La tensión acumulada estaba empezando a desaparecer y comenzaba a manifestarse un intenso dolor de cabeza.

Cuando entré, Clare estaba tumbada en el sillón, leyendo.

—Hola, cariño —dije acercándome a ella y dándole un beso en la frente.

—Hola.

Bueno, por lo menos me había respondido y no había sido demasiado borde.

—¿Qué tal la mañana? ¿Qué has hecho? —pregunté solícita.

Cerró el libro y se acomodó en el sillón dejándome un hueco para que yo me sentara. Parecía que la cosa no iba tan mal.

—He ido a la biblioteca.

—¿Sí? ¿Y has cogido este libro?

—Sí, me lo ha recomendado una chica que estaba también allí —dijo mirando la solapa del mismo.

—Ah, ¡qué bien! Me alegro mucho de que hayas conocido a alguien —respondí contenta. Puse mi mano sobre su pierna, gesto que aceptó con agrado.

—Sí, bueno. —Sonrió alzando los hombros—. Se llama Amber Wallace y tiene la misma edad que yo.

—Cuánto me alegro, cariño, de verdad.

—Esta tarde vamos a dar una vuelta y me va a presentar a sus amigos.

Sentí un alivio tremendo cuando la vi más animada. Creo que hasta se me quitó un poco el dolor de cabeza.

Comimos juntas mientras le contaba mi primer día de trabajo y, aunque no se mostró especialmente comunicativa, fue llevadero. Vimos un poco la televisión después y aproveché para descansar un rato en el sofá. No sé cuánto tiempo pasó, pero me quedé dormida.

Me despertó Clare diciéndome que se marchaba ya con su nueva amiga, Amber.

—¿Qué hora es?! —pregunté incorporándome de un salto.

—Las cinco y cuarto —susurró.

—Ufff... —dije algo aturdida y mesándome el pelo—. No tenía intención de dormirme.

—Pues lo has hecho nada más sentarnos.

—Cariño, llévate tus llaves, que luego voy a salir. —No le dije a dónde, porque tampoco creía que fuera el momento.

—Vale, ya las había cogido.

Me despedí de ella aún sentada, desperezándome un poco y pensando que solo tenía cuarenta y cinco minutos para ducharme y prepararme para salir a tomar algo con Cameron.

Ahora, lo difícil era encontrar algo que ponerme. Hacía tanto tiempo que no quedaba con un chico que me sentía bastante nerviosa.

Busqué entre aquel cataclismo que era ahora mi casa y me decidí por un vestido vaporoso rojo, de tirante fino y escote de pico. Me llegaba por encima de la rodilla, tenía la longitud perfecta, ni muy largo ni muy corto. Algo cómodo. Lo combiné con unas sandalias planas y un recogido desenfadado. Un poquito de máscara de pestañas y escaso *gloss* rosado fue el único maquillaje que me acompañaría a la cita... de amistad, claro.

Eran las seis menos diez y yo estaba dando vueltas por el salón de mi casa, nerviosa porque la hora llegaba y no me atrevía a ir. Me retornaban a la cabeza los recuerdos de mi «matrimonio», una relación que empezó siendo un cuento de hadas para mí.

Me enamoré como una tonta de Scott, mi compañero de instituto, y creo que él también de mí. No me arrepiento en absoluto de haber tenido lo mejor de mi vida junto a él, a mi hija, Clare. Éramos muy jóvenes, eso es cierto, pero también esa juventud me estaba permitiendo disfrutar de ella en todos los sentidos y, de alguna

manera, entenderla mejor, aunque a veces se cerrara en banda conmigo y se convirtiera en tarea imposible. Pero ¿quién no había tenido catorce años?

Eso forma parte de la adolescencia, y todos hemos pasado por esos cambios de humor, esa inconformidad con todos y con todo. Pensar que el mundo está contra ti y que nadie te comprende. Por eso, entendí la rebeldía de Clare cuando decidí aceptar el trabajo. La estaba alejando de su entorno y sus amistades, pero confiaba en que aquí nos fuera bien.

CAPÍTULO 7



Cuando supimos que estaba embarazada, yo contaba solo con dieciocho años. Fue un *shock* porque no era buscado, pero, tras una noche de amor, desenfreno y bastante alcohol, nos dejamos llevar pensando que, por una vez, no pasaría nada. Y ese nada se llama ahora Clare y tiene catorce años.

Llevábamos juntos un año. Nos conocimos en el instituto un par de cursos antes de terminar. Scott había repetido primero de bachiller, y la verdad es que me gustó desde el primer día de clase. De primeras, no tuvimos mucho contacto, yo era bastante vergonzosa, y él apenas se juntaba con nadie del aula, solo con Kevin, otro repetidor.

Hacia mitad de semestre empezamos a hablar un poco, ya que nos pusieron juntos en un proyecto de matemáticas. Cuando el profesor dijo que seríamos pareja de trabajo, no me atreví ni a mirarlo de la vergüenza que me dio. Observé de soslayo su expresión y vi un atisbo de sonrisa en él mientras me miraba.

Al día siguiente quedamos en la biblioteca para empezar con la tarea, pero Scott me dijo que allí sería muy aburrido, que casi no se podía hablar, que por qué no quedábamos en algún parque. No pude negarme. Así que nos pusimos manos a la obra en un banco de un jardín cercano al instituto.

Ese fue nuestro primer contacto.

Tras entregar el trabajo, que, por cierto, aprobamos con notable, nuestra amistad se fue estrechando cada vez más. Nos llevábamos estupendamente ya no solo dentro de clase, sino fuera también. Alguna tarde nos reuníamos para estudiar, y había fines de semana

que coincidíamos en alguna discoteca, pues salíamos por la misma zona. Luego el curso terminó y nos despedimos hasta septiembre. Pero, aunque nos habíamos dicho adiós para no volver a vernos en dos meses, Scott me llamó quince días después y me propuso ir a la piscina.

Me dio muchísima vergüenza mostrarme en bikini ante él, porque una cosa era estar en el instituto o tomando algo, y otra muy diferente exponerle mi físico de forma tan abierta..., porque no olvidemos que llevaba todo el curso muy atraída por Scott.

Nunca pensé que yo le gustara. Aunque mis amigas me decían que me miraba diferente, yo contestaba que eran tonterías, que Scott tenía a muchas chicas detrás mucho más guapas que yo. Pero, al final, por lo visto, mis amigas tenían razón.

Aquel día fue el de nuestro primer beso. Estábamos dentro de la piscina, jugando a hacernos aguadillas, cuando una de las veces se acercó a mí y me cogió por la cintura. Noté que su mirada no era la de siempre, estaba serio. Mi estómago empezó a llenarse de pequeñas mariposas revoloteando, hasta que tragó saliva, se aproximó con cautela y me besó.

No sabía ni qué hacer. Para mí era algo tan imposible que no estaba preparada para ello. Pero me dejé llevar. Y desde ese momento nos volvimos inseparables.

Me quedé embarazada el día de la fiesta de fin de curso, y estoy tan segura de ello porque fue la única vez que lo hicimos sin protección.

Scott no se lo tomó nada bien. Cuando la prueba de embarazo salió positiva, vi una mirada en él que me inquietó. Habló de buscar un sitio donde poder «solucionarlo» y se me encogió el corazón. Si fue difícil para mí asimilarlo, mucho más lo fue contárselo a mis padres. Yo era hija única, aspiraba a estudiar Medicina y tenía las notas para poder hacerlo, pero, al quedarme embarazada, todo se complicaba.

Aun así, después de conocer el resultado positivo del test, pedí cita en mi médico de cabecera y confirmó la causa de mi desasosiego: estaba embarazada.

Tenía un retraso de una semana, y eso en mi caso ya era mucho, había sido siempre muy regular en mis ciclos. Me estuve mintiendo a mí misma pensando que sería solo eso, aunque en el fondo lo tenía

más que claro. Pero hay veces que creemos que, si cerramos los ojos con fuerza, los problemas se esfumarán. Y lo hacen, pero solo desaparecen de nuestra vista por segundos, porque, en cuanto vuelves a abrirlos, todo sigue ahí, donde lo habías dejado un momento antes.

CAPÍTULO 8



Tras muchas discusiones con Scott, decidimos tener al bebé. Mis padres, después de un enfado monumental y totalmente justificado, acabaron por apoyarme en lo que yo había decidido, con la condición de que no dejara mis estudios y de que viviéramos con ellos. Así que me matriculé en Medicina. El primer año lo hice a distancia, luego nació Clare y retomé el segundo año de manera presencial.

Para ellos, aceptar a Scott en casa no fue fácil, al fin y al cabo, había sido el chico que había dejado embarazada a su única y adolescente hija. Pero ahí se demuestra que los padres siempre serán los padres, en cualquier circunstancia o difícil situación.

Al final, nos acoplamos como pudimos, siendo correctos unos con otros, aunque con alguna que otra disputa de por medio. Scott se puso a trabajar porque no quería estudiar una carrera, y entró como ayudante en un taller mecánico gracias a un amigo de mi tío. Mientras, fueron mis padres los que se hicieron cargo de Clare.

Como vivíamos todos en su casa, es cierto que no teníamos mucha intimidad como pareja, pero era lo que había. Scott y yo tuvimos muchas discusiones por ese motivo, sin embargo yo le intentaba hacer ver que, de esta manera, Clare podía quedarse con sus abuelos. Además, ellos me estaban pagando la universidad, y solo querían que aportáramos algo de su sueldo para la comida, nada más, y así ahorrar para poder irnos a vivir juntos.

Vivimos allí los primeros dos años de la vida de nuestra hija. Lo que se supone que debería ser algo feliz, la llegada de un bebé, se había convertido en uno de los motivos por los que Scott y yo discutíamos a

menudo. Yo tenía casi veintiún años y él veintitrés, y siempre me decía que no estaba disfrutando de su juventud, que se la estaba perdiendo. Yo solía responderle con mi único argumento: «Haberlo pensado antes. Se podría haber evitado fácilmente».

Ahí empezaron nuestros problemas. Scott quería salir con sus amigos, y yo cada día pasaba más tiempo sola en la casa a la que hacía poco nos habíamos mudado para independizarnos de mis padres.

Por la mañana, antes de ir a la facultad, llevaba a Clare a casa de los abuelos. Ellos se encargaban de acercarla más tarde a la escuela infantil, y yo la recogía cuando terminaban mis clases. De ahí a casa, y así hasta el día siguiente.

Scott salía de trabajar a las siete, pero había tomado por costumbre quedarse con los compañeros tomando algo. O eso me decía él. Yo llegué a pensar que no era precisamente con ellos con quienes estaba, sino que se veía con alguna chica.

Nunca se confirmó, pero un día, una madre de la escuela me dijo que lo vio en un bar con otra mujer en actitud bastante cariñosa. Creo que suavizó sus palabras, estoy segura de que estaban dándose el lote y no me lo dijo por no hundirme en la miseria. Pero yo sonreí como pude y esperé a llegar a casa para preguntarle.

Su actitud y la cara que se le quedó confirmaron mis sospechas. Me estaba siendo infiel.

CAPÍTULO 9



Cuando me estaba acercando al centro de salud, donde había quedado con Cameron, sentía mi corazón a mil por hora y, por un momento, pensé que hasta su latido se escuchaba fuera de mi cuerpo.

Lo vi nada más cruzar la esquina. Estaba apoyado en la pared, con una de sus piernas flexionada, mirando distraído su teléfono. Se me escapó una sonrisa. No sé si fue la atracción que empezaba a sentir por él, el caso es que levantó la cabeza de pronto para mirarme. A él también se le escapó una risita que hizo que mi estómago se encogiera. Menuda sonrisa tenía.

Llevaba unos vaqueros azules desgastados y una camiseta básica blanca. Tenía el pelo húmedo, supongo que porque acababa de salir de la ducha. Llevar a mi cabeza esa imagen me hizo ruborizar aún más.

Caminó despacio hacia mí sin dejar de sonreír.

—Hola, May. Estás preciosa —dijo acercándose a darme dos besos.

Creo que las pulsaciones se me multiplicaron sin pedir permiso. Esto de que el cuerpo tomara sus propias decisiones no me estaba gustando en ese preciso momento. Desprendía un aroma que me hizo tambalear de lo bien que olía.

—¿Qué tal, Cameron? —respondí con una sonrisa que empezaba a pensar que se me había quedado tatuada en el rostro.

—¿Vamos? —preguntó guiñándome un ojo.

—¿Y a dónde me vas a llevar?

—Había pensado en un bar que hay en la calle principal, ¿te parece buena idea?

—Me parece genial.

Nos pusimos en marcha distraídos, sin mirarnos, como dos adolescentes que saben que existe una atracción física y no se atreven a cruzar una mirada para no delatarse.

Justo antes de cruzar la carretera, puso la mano sobre mi cintura para advertirme de que venía un coche. Solo el roce ya me estremeció. Estaba tan poco acostumbrada al contacto físico con un chico que ya hasta se me había olvidado, y recordarlo me gustó.

«Pero ¿se puede saber qué me pasa con él? A ver, May, que acabas de venirte a vivir aquí, así que piensa que está siendo cortés contigo, es solo eso. No imagines cosas raras. Además, no sabes si tiene pareja o no. Tú respira hondo y disfruta de la tarde», me dije.

Cruzamos la calle y subimos un tramo de escaleras de piedra que daban acceso a una plaza. La atravesamos y recorrimos una pequeña vía que desembocaba directamente a la zona peatonal de la calle principal.

—El pueblo es una maravilla —dije.

—Sí —respondió mirando a su alrededor—. Es un lugar con magia.

La calle estaba repleta de comercios: varios supermercados, una librería, una peluquería, bancos, bares... Al final de la avenida llegamos a una plaza. El entorno era precioso... El paisaje de este pueblo era especial, desprendía encanto.

—Bueno, ¿qué te parece? —me preguntó Cameron abriendo los brazos.

—Me gusta mucho. Es un lugar muy bonito —dije con la vista fija en unas cigüeñas que revoloteaban sobre su nido.

—Lo es —afirmó.

Entramos en un pequeño bar decorado en madera en el que sonaba música *country*. Elegimos una mesa que estaba al fondo con un neón encima que decía «DREAMS» en tonos rosados.

—Sueños —musité al leerlo justo antes de sentarnos.

—¿Cómo dices?

—Nada —negué con la cabeza—. Leía ese cartel.

—*Dreams* —repitió—. Es bonito soñar, ¿verdad?

—Lo es...

Cameron se acercó a una de las sillas y la desplazó hacia atrás, cediéndome el paso para que me sentara.

—Adelante —dijo amable.

—Gracias. —Me ruboricé—. Eres todo un caballero.

Dio la vuelta a la mesa y ocupó otra silla, quedando sentado frente a mí.

—Bueno, ¿y vives aquí, en Lakeside? —pregunté mientras me acomodaba.

—No, en Flynn Springs.

—¡Ah! Pensé que eras de aquí.

—No —aclaró—, es mi abuelo quien es del pueblo. Yo vengo a acompañarle al médico, comprarle lo que necesite... Se maneja medianamente bien, pero empieza a necesitar ayuda.

En ese momento llegó el camarero. Dejamos a un lado la propuesta inicial del café y nos pedimos una cerveza cada uno. Cuando el chico se alejó en busca de nuestro pedido, le pregunté algo que me inquietaba hacía ya rato.

—¿Y puedo saber a qué te dedicas? —dije curvando los labios.

—Trabajo desde casa. Tengo unos horarios bastante flexibles.

—¿Qué haces exactamente? —insistí.

—Oye..., eres un poco curiosa, ¿no? —apuntó con una sonrisa canalla.

Esa pregunta hizo que me ruborizara y me quedase supercortada.

—Perdona..., yo... —Tragué saliva y una carcajada emergió de su boca.

—Bromeaba, May.

—¡Serás...! —dije y le lancé una servilleta de papel arrugada.

—Perdona, perdona. —Él intentó controlarse—. Es que la conversación estaba empezando a ser muy seria —declaró devolviéndome la bola de papel.

De pronto, la risa desapareció y me dedicó una mirada profunda.

—Me gustaría saber cosas de ti —dijo con voz ronca echando su cuerpo hacia delante y entrelazando los dedos sobre la mesa.

—¿De mí?

Asintió mirándome fijamente a los ojos.

—Con una condición. —Entrecerré los párpados.

—¿Empezamos ya con condiciones? ¿Tan pronto? —se burló.

—Todo lo que me preguntes tendrás que responderlo tú también —le desafié.

—Te gusta jugar, ¿eh?

—Me gusta el equilibrio, nada más —respondí arrugando la nariz.

Nos medimos durante unos segundos con la mirada, como si dudásemos en aceptar el reto. Hasta que él rompió el silencio.

—Está bien. Trato hecho. —Alargó su mano para cerrar el trato y le di la mía—. Pero también tengo una condición.

Fui yo la que soltó una carcajada. Por lo visto, a él también le gustaba jugar.

—Dispara.

—Tengo opción a no contestar una de las preguntas.

—¿Una solo?

—Una solo —afirmó.

Lo miré con los ojos entornados, como pensándome si quería jugar, aunque tenía claro que quería hacerlo. Podía ser divertido.

—Venga, está bien.

Se recolocó en la silla, impaciente por empezar, con una sonrisa traviesa que me deshizo. «Uy, May, tu corazón está yendo demasiado rápido, así que habla con la mente, que es la que mantiene todo un poco más distante. No lo escuches tanto, solo escucha a tu cabeza», pensé.

CAPÍTULO 10



—A ver... Primera pregunta —dijo frotándose las manos.

—Me das miedo —respondí sin poder evitar reírme.

Una carcajada salió de su garganta de manera espontánea.

—Seré bueno, tranquila. Mmm... ¿Dónde vivías antes de venir?

—Vale, esa es fácil, vivíamos en Ashton.

Me miró como esperando que continuara hablando, pero me encontraba tan a gusto que quise dejar de desvelarle cosas para mantener el misterio.

—¿Qué miras? —le dije—. No pienso entrar en detalles.

Volvió a reírse y respondió:

—Vale, vale. Eres directa, me gusta.

—Te toca responder —dije decidida.

—Cierto... Pues yo he vivido en el centro del condado de San Bernardino toda mi vida, hasta que hace seis años me mudé a Flynn Springs. Siguiendo pregunta: ¿cuál es tu flor preferida?

—Esa la tengo clarísima, las margaritas.

Nos bebimos dos cervezas cada uno sin darnos cuenta entre preguntas y respuestas. Que si gustos, *hobbies*, si practicaba deporte, película favorita... Hasta que llegó el turno de la última pregunta.

—Piénsatela bien, que ya no hay más —dije con los ojos cristalinos por el efecto del alcohol.

—Mmm... Qué responsabilidad, ¿eh? —respondió con un halo seductor mientras bebía de su vaso sin quitarme la vista de encima.

«Como me siga mirando así, salto la mesa y me abalanzo sobre él, lo juro», pensé.

—Venga, allá va. ¿Cómo ha sido tu vida amorosa?

Ya me extrañaba a mí que aún no me hubiera preguntado por temas sentimentales.

—¿Qué quieres saber exactamente? ¿Si he tenido muchos novios? ¿Si ahora tengo pareja?

—Esas preguntas están muy bien —dijo dejándose caer sobre el respaldo y cruzando los brazos.

—Bien... —resoplé—. Que sepas que esto no es fácil después de la tercera cerveza. —Me incliné hacia delante y puse los codos sobre la mesa.

—Seguro que lo haces genial —asintió con una sonrisa torcida.

—Ya... —Me humedecí los labios y empecé a hablar mirando al cielo—: Pues... estoy separada desde hace cinco años. Tengo una hija de catorce, y no, no tengo pareja en la actualidad.

Parpadeó sorprendido y se incorporó de nuevo.

—Por tu gesto, creo que no te lo esperabas —dije sonriendo a la vez que intentaba descifrar su reacción.

—Mira, no te voy a engañar. Me sorprende que siendo tan joven tengas una hija de catorce años. —Sonrió.

—¿Y cómo sabes que soy joven? ¡Lo mismo es que me conservo muy bien! —Me reí.

—Pequeña, tú no tienes más de treinta y pocos años —afirmó con voz grave.

«No, por favor. No me lames pequeña con ese tono..., que se me calienta hasta la cerveza», dije para mis adentros.

Con esa voz que ponía y el torrente etílico que circulaba por mi cuerpo, Cameron me estaba poniendo cardíaca. Así que decidí desviar el tema.

—Bueno —carraspeé—, te toca a ti responder ahora.

—Me acojo a la opción de no responder a la pregunta.

—¿Qué? —dije alzando las cejas—. ¡Eso no es justo!

—No, no, no... Estoy en mi derecho a hacerlo y he elegido esta pregunta para no responderla —dijo guiñándome un ojo.

—Vale, vale... —le contesté terminando la cerveza de un trago—. Entonces, creo que ya está bien por hoy, es hora de irme, o llegaré a casa a cuatro patas —declaré sacando el monedero.

—Déjalo. Te invito yo —indicó mientras hacía un gesto al camarero para que nos trajera la cuenta.

—No, de eso nada.

—Por favor —me pidió.

Cogí aire y lo exhalé.

—Bueno, está bien. Pero a la próxima invito yo. Muchas gracias, Cameron.

—Ah, ¿que habrá próxima? —dijo levantando las cejas un par de veces, mientras dejaba un billete sobre la mesa—. No he debido de hacerlo tan mal, entonces.

«Mierda, May, estaría bien pensar antes de hablar cuando la frase va a ir dirigida a un chico como Cameron y teniendo en cuenta que llevas unas cervecitas encima», me reproché.

—Puede...

La mueca de su boca empezó a ampliarse, mostrándome una sonrisa enigmática y seductora.

Nos levantamos y fuimos hacia la puerta después de despedirnos del camarero. Cuando estuvimos ya en la calle, nos quedamos uno frente al otro, sin saber muy bien qué decir. Yo estaba un poco aturdida por las cervezas, pero me sentía feliz.

—¿Puedo acompañarte a casa? —rompió el silencio.

—No te preocupes. Me voy dando un paseo, creo que me vendrá bien que me dé el aire.

—¿Segura?

—Segura —afirmé.

Se puso frente a mí y se metió las manos en los bolsillos.

—Ha sido un placer conocerte un poco más, May.

—Igualmente, Cameron. Fue una tarde muy divertida, aunque no hayas contestado a la última pregunta.

Mi respuesta le provocó una sonrisa.

—¿Nos vemos pronto? —Ladeó la cabeza.

—Estoy segura de que sí.

Se acercó con el propósito de darme dos besos. Puso su mano sobre la parte baja de mi espalda, me atrajo hacia él y cerré los ojos para sentir más nuestra despedida.

—Hasta otra, Cameron —dije mientras me daba la vuelta y comenzaba a caminar, dejándolo tras de mí.

CAPÍTULO 11



Llegué a casa con una amplia sonrisa en mi boca. Me lo había pasado realmente bien, hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto con alguien que no fuera de mi mismo sexo.

Cameron me atraía tremendamente, no sabía si era una atracción solamente sexual, pero lo que estaba claro es que me transmitía algo que hacía mucho que no sentía.

Eran las ocho y media cuando llegué a casa. Clare no había vuelto aún, así que la llamé y me dijo que la esperara para cenar, que regresaría en una media hora.

Parecía que las cosas con ella comenzaban a suavizarse, y me alegraba sobremanera, porque vivir en una continua batalla campal entre las dos no era algo que me apasionara demasiado. Por suerte, el haber conocido a una amiga aquí había hecho que Clare fuera poco a poco encontrando su sitio y se empezara a relajar.

Antes de cambiarme de ropa y darme una ducha, bajé a tirar unas cajas de la mudanza al contenedor de basura, porque sabía que, una vez duchada y cambiada, no me iba a apetecer salir, así que ese era un buen momento para hacerlo.

Cuando ya estaba en el último tramo de escalera, y con las cajas tapándome casi toda mi visión, escuché:

—No me lo puedo creer, pequeña, empiezo a pensar que me estás siguiendo.

Metí la cabeza como pude entre las cajas para ver quién era, y me encontré cara a cara con Cameron. Y no venía solo, le acompañaba su sonrisa.

—¿Cameron? —dijo sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? Ah, pero ¿no me venías siguiendo? —Sonrió haciendo un gesto para señalar el portal.

—Vivo aquí, Cameron. —Negué con la cabeza y también le sonreí.

—No jodas, ¿en serio? ¿En qué piso?

—En el tercero.

—No puede ser.

—Pues lo es.

—Entonces, siento comunicarte algo: somos vecinos.

—¿Vecinos? ¿No vives en Flynn Springs?

—Sí, pero mi abuelo vive en la puerta de al lado de la tuya, y muchas veces me quedo a dormir aquí para hacerle compañía, o por si al día siguiente tenemos que hacer algo a primera hora.

—Y, por lo que veo, hoy es uno de esos días en los que te quedas.

—Sí..., he bebido y no quiero conducir. Permíteme —dijo quitándome las cajas—. Te acompaño a tirarlas.

Los contenedores no estaban muy lejos del portal, fuimos en silencio y al volver hablamos.

—Lo he pasado muy bien esta tarde, May —dijo mirando al frente.

—¿Sí? —Giré el rostro para mirarle—. Yo también.

—Sin ninguna duda, tenemos que repetirlo.

—Y yo haré las preguntas.

—Y las responderás también.

—Y me acogeré al derecho de no contestar a una.

Los dos sonreímos sin mirarnos, pero ambos sabíamos que lo estábamos haciendo. Llegamos al portal y subimos los tres pisos hasta quedarnos cada uno delante de la puerta de su casa.

—Bueno, parece que hoy nos vamos a despedir varias veces —dijo con las manos en los bolsillos y balanceándose sobre sus pies.

—Eso parece. Hoy te he visto más a ti que a mi hija.

—Sé que no debería alegrarme por ello, pero me alegro.

Me ruboricé, tenía una presencia, una manera de hablar, unos gestos que, por mucho que yo quisiera negarlo, me estaban haciendo sentir cosquillitas en el estómago.

—Pues ha sido un placer volver a verte de nuevo, Cameron.

—Igualmente, May.

Me giré despacio y metí la llave en la cerradura para abrir la puerta.

—Hasta pronto —me despedí.

—Adios, pequeña.

CAPÍTULO 12



La semana siguiente no coincidí con Cameron por el pueblo ni tampoco en el portal. Lo cierto es que me habría encantado verle de nuevo. Estuve varios días recordando la «no cita» con una sonrisa en los labios, pero me centré en mi nuevo trabajo, en terminar de colocar las cosas de la mudanza y en mi hija.

Clare salía todos los días con sus nuevos amigos. La muchacha que conoció en la biblioteca, Amber, se había convertido en su amiga íntima, incluso la había subido a casa un día para presentármela. Parecía una buena chica, fue educada y se mostró muy amable conmigo. Me dijo que había nacido en el pueblo y que llevaba toda su vida allí.

Era viernes, y decidí salir a pasear un poco por la noche. Me relajaba hacerlo por el sendero del lago y disfrutar de su maravilloso entorno. Era bastante agradable respirar el aire puro mientras el silencio te acunaba despacio. Tras una larga caminata en la que me dio tiempo a pensar en cómo Clare se estaba adaptando a nuestro nuevo hogar, y si realmente yo lo estaba haciendo bien, emprendí el camino de regreso.

Cuando pasaba por delante de uno de los parques del lugar, vi a lo lejos un par de personas charlando frente a un portal. Sin detenerme, leí un mensaje que me acababa de enviar mi hija para avisarme de que llegaría a casa en unos veinte minutos, cuando una voz me sacó de mi abstracción.

—Hola.

Levanté la cabeza y miré. Era Cameron, acompañado de otro chico.

—¡Ah, hola! —dije sonriendo—. Perdona, no te había visto.

—Espero que sea eso y no que no querías saludarme —respondió con el mismo gesto—. Mira, él es Mike Miller —me presentó a su amigo.

—Encantada, soy May Anderson.

—Igualmente —contestó Mike.

—¿Sabes? May es la nueva doctora del pueblo —apuntó Cameron.

—Vaya, entonces voy a tener que ponerme enfermo más a menudo.

Cameron le dirigió una mirada que no pasó desapercibida ni para su amigo ni para mí.

—¿Y hacia dónde ibas? —preguntó Cameron volviendo a mirarme.

—Pues a casa. He estado dando un paseo.

—Yo también voy hacia casa de mi abuelo. Si quieres, volvemos juntos.

—No, no, tranquilo. No quiero interrumpir.

—No interrumpes. Mike, hablamos mañana, ¿vale? —dijo alzando su mano para chocarla con la de su amigo.

—Claro, Cam. Mañana hablamos.

Me quedé un poco sorprendida por la propuesta, pero también me gustó, ¿para qué lo voy a negar?

—¿Vamos? —preguntó solícito.

—Claro, vamos —respondí comenzando a andar.

No había demasiado trayecto desde donde nos habíamos encontrado hasta mi casa, pero caminamos despacio disfrutando del paisaje, del tiempo y de la compañía.

—No te he visto esta semana —rompí el hielo.

—He bajado poco por aquí, tenía muchas cosas que hacer, y mi abuelo no necesitaba nada, así que he aprovechado para pasar unos días tranquilo.

—Eso está bien, hay que buscar momentos para uno mismo... Si no, acabaríamos volviéndonos locos —pensé en voz alta mirando al frente.

—¿Lo dices por experiencia propia?

—Probablemente sí. —Sonreí con desgana.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Te adaptas? —preguntó girando la cara para mirarme.

—Bueno, bien. Poco a poco. No es que me esté costando acomodarme al sitio, pero volver a ejercer me está suponiendo un poco más de dificultad.

—Ya, entiendo. Pero verás como en nada haces el rodaje y te mueves igual que un pez en el agua.

—Eso espero. —Sonreí.

Caminamos hasta casa entre agradables silencios y miradas furtivas. Yo me notaba tensa, me ponía nerviosa tenerlo cerca. Esa semana había pensado mucho en él, no sabía de qué manera exactamente, pero lo que sí tenía claro es que quería volver a verlo.

—Pues ya hemos llegado —dije parándome en el portal—. ¿Hoy duermes aquí?

—¿Me estás intentando decir algo? —preguntó con picardía.

—No, no... Me refería a... —dije, cortada, tocándome el pelo.

—Sé a lo que te referías, May —respondió con media sonrisa—. Y no, hoy no me quedo. Me voy a mi casa.

—Pero me dijiste que ibas donde tu abuelo...

—Ya..., era una excusa para acompañarte..., tenía ganas de verte. —Guardó silencio mientras nos sosteníamos la mirada—. Sé que puede sonar extraño, pero... te he echado de menos.

En ese momento el estómago se me cerró, tragué saliva. ¡Acababa de decirme que me había echado de menos! Eso sí que no me lo esperaba... Y ahora, ¿qué se supone que tenía que responder yo? Porque sentía exactamente lo mismo.

Bajé la vista al suelo humedeciéndome los labios, avergonzada del todo. No me atrevía a mirarle a los ojos sin ruborizarme hasta las pestañas. No sabía qué decir ni qué responder a esa confesión tan personal. Antes de que pudiera averiguarlo, él volvió a hablar.

—May, estaba pensando si te apetecería que mañana fuéramos a comer a algún pueblo de alrededor y, así, podría hacerte de guía turístico —dijo sonriendo.

Entonces sí que alcé la vista y lo miré. En ese momento pensé en mi hija, no podía dejarla sola, aunque el plan me apetecía muchísimo, no podía ser. Y así se lo hice saber.

—Mira, Cameron, me encantaría, pero creo que debería quedarme con mi hija.

Se metió las manos en los bolsillos y ahora fue él quien bajó el rostro.

—Ya..., perdona, no lo había pensado. Lo entiendo.

—No, si no pasa nada. Pero el plan me parecía muy apetecible, de verdad. Otro día, seguro.

—Te tomo la palabra.

Justo en ese instante, vi a Clare que venía hacia el portal. Me miró algo extrañada, supongo que por verme acompañada de Cameron, hasta que llegó a nuestra altura y se detuvo.

—Hola, mamá —dijo dándome dos besos.

—Hola, cariño, ¿qué tal ha ido la tarde?

—Muy bien. Hemos estado en casa de Amber y luego hemos ido a dar una vuelta.

Le sonreí, contenta de que ella lo estuviera.

—Mira, Clare, él es Cameron. Es el nieto de nuestro vecino.

—Hola, Clare —saludó él en seguida con esa sonrisa que me desarmaba.

—Hola —contestó ella—. Bueno, mamá, voy subiendo. Ahora nos vemos.

—Vale, cariño. Ahora subo.

—Adiós, Cameron —dijo mi hija despidiéndose de mi nuevo «amigo».

—Hasta luego, Clare. Encantado.

Los dos nos giramos a mirar a mi hija mientras empezaba a subir el primer tramo de escaleras de dos en dos, ágil como una gacela.

—Es una niña muy bonita —dijo Cameron.

—Lo es —respondí sin poder dejar de sonreír.

—Y tu expresión delata cuánto la quieres.

—Más que a mi vida.

Nos miramos con un mohín serio y nervioso a la vez, pero él lo hacía con un gesto seductor a la par que travieso.

—Bueno, May, pues creo que me voy a marchar ya.

—Sí, y yo también —dije asintiendo.

—Me preguntaba... si querías darme tu número de teléfono y así hablar algún día de esta semana.

Mi yo interior gritó: «¡Sí! Por supuesto que te lo doy, y te lo tatúo si hace falta...», pero en seguida me recomendé: «Está bien, May, dáselo, pero que no se te note demasiado».

—Claro, ¿por qué no?

—Genial.

Nos dimos nuestros números de teléfono y llegó la hora de despedirnos.

—Me ha encantado volver a verte, May, de verdad —dijo rozando casualmente, o no, su mano con la mía.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo de arriba abajo.

—A mí también.

Cameron se acercó a darme dos besos, pero se detuvo en el primero, posando su boca más tiempo del normal. Suspiré. Cuando separó sus labios de mi mejilla, no fue hacia la otra. Se quedó a escasos milímetros de mi boca, mirándome a los ojos y apoyando su frente en la mía.

Noté que mi respiración empezaba a acelerarse. Y no solo mi respiración, mi corazón también, apostaba a que podía escucharlo.

Cameron comenzó a cerrar los ojos y yo, inconscientemente, hice lo mismo, esperando con nervios recibir sus labios sobre los míos. Pero el beso no llegó nunca, porque él se separó.

—Esto..., May..., lo siento, tengo que irme —dijo nervioso mesándose el pelo y sin apenas mirarme.

Y así, sin más, se dio la vuelta y se marchó, dejándome totalmente descolocada y con mis labios esperando los suyos.

CAPÍTULO 13



Cuando subí a casa, aún algo confusa por lo que acababa de ocurrir abajo, Clare estaba en la cocina preparándose un vaso de leche y, con una sonrisa traviesa, me preguntó:

—Mami..., ¿quién era ese chico?

Mientras hablaba, terminó de echarse la leche en el vaso con aparente serenidad. Lo metió en el microondas y lo puso un minuto a calentar. Me pilló un poco de sorpresa la pregunta, y no solo por ella, sino también por cómo la formuló. Le noté cierta sorna.

—Pues es el nieto del vecino, ya te lo he dicho abajo —respondí como si no le diera mucha importancia mientras abría la nevera y sacaba un refresco.

—Es muy guapo —sonrió sin dejar de mirarme.

—Bueno..., sí..., puede que lo sea.

«Tierra, trágame», pensé. Era la primera vez que hablaba de chicos con mi hija, y lo peor es que pensaba que, cuando llegase esta ocasión, sería yo quien haría las preguntas, no ella.

Fui hacia el salón y me senté en el sofá, ella me siguió e hizo lo mismo.

—Así que se llama Cameron —afirmó.

—Sí —respondí.

—¿Y era la primera vez que os veíais?

—Estás tú un poco chismosa esta noche, ¿no? —le dije haciéndole cosquillas en la pierna.

Una carcajada emergió de su garganta, y a mí me supo a gloria. Verla reír así me hizo la madre más feliz del mundo en ese momento.

—Pues no, no es la primera vez que lo he visto.

—Se nota, mamá. —Dio un trago a la leche—. ¿Y sabes qué? Que te miraba de una forma especial.

—¡Pero bueno! ¿Y tú que sabrás? —reí—. Me voy a poner el pijama. ¡Qué casamentera estás hecha! —dije al irme hacia mi habitación.

Y mientras me cambiaba de ropa, pensaba en si realmente Cameron me miraba de forma diferente, porque lo que acabábamos de vivir abajo, cuando su frente se posó sobre la mía, y la manera en que se nos aceleró la respiración a los dos, no era normal.

Cuando salí del cuarto, escuché que me llegaba un mensaje al móvil. Me animé con la idea de que fuera de Cameron, pero, pensándolo fríamente, podría ser cualquier persona de las que solían escribirme, y no él, al que acababa de dar mi número.

De vuelta al salón, cogí el móvil del bolso y leí el mensaje:

Buenas noches, May, solo te escribo para que sepas que me ha encantado verte de nuevo.

Una sonrisa iluminó mi cara, y cierto sonrojo también. Negué con la cabeza mientras, sin pensarlo, ya estaba tecleando la respuesta:

Buenas noches, Cameron. A mí también me ha gustado volver a coincidir contigo. Nos vemos.

Le di a enviar sin poder dejar de sonreír y empecé a sentir mariposillas en el estómago. Y la verdad es que eso me asustó, no quería volver a sufrir. Otra vez no.

—Era él, ¿verdad? —Escuché la voz de Clare desde el sofá—. Se te ha cambiado la cara.

Me giré sorprendida y cortada por haber sido descubierta solo por mi gesto. Me acababa de dar cuenta de que mi niña, mi bebé, ya no lo era. Y se enteraba de más cosas de las que yo creía. Se me había hecho mujer, y no solo en el sentido físico de la palabra.

Era un poco más alta que yo, rubia, de ojos marrones y pelo lacio y largo. Tenía un cuerpo bastante definido y bien compensado. Era una niña que llamaba la atención por su físico y también por la asertividad con la que defendía lo que pensaba.

Al final, me rendí a lo evidente.

—Sí, cariño, era él —respondí sentándome de nuevo y cruzando las piernas.

—¿Y qué decía?

—Nada, me daba las buenas noches.

—Ya..., ¿y cuándo volverás a verlo?

Dudaba si contarle que me había propuesto comer juntos al día siguiente. No tenía claro que ella estuviese preparada. O quizá me estaba engañando a mí misma y la que no estaba preparada era yo.

Pero pensé que tampoco hacía nada malo en contárselo, puede que así abriésemos nuevos canales de comunicación. Tal vez no era malo salir de mi zona de confort y probar.

—¿Quieres que te sea sincera, cariño? —dije con cierto miedo, acomodándome frente a ella.

—Por supuesto, mami. Confío en que siempre lo seas. —Adoptó la misma posición.

Cogí aire y lo exhalé de manera contundente.

—No creas que esto es fácil para mí, Clare —afirmé con una sonrisa—. Me parece surrealista estar hablando con mi hija de hombres.

—Mamá, a ver, tampoco te vengas arriba, no quiero saber todos los detalles de tus movidas con tíos, ¿eh?

—Tranquila, cariño. Me cortaré un poco —respondí con ironía guiñándole un ojo.

—Bueno, pues cuéntame —me dijo adoptando una actitud de escucha y predisposición.

—A ver..., cuando has llegado al portal, me estaba diciendo que si me apetecía comer mañana con él y conocer un poco más los alrededores de la zona. —Juguetecía nerviosa con mis manos.

Ahora venía lo difícil. Cómo reaccionaría ella. Clare no tenía relación con su padre desde que nos separamos. Si se enfadaba conmigo, me atacaba siempre con que se quería ir con él. Pero sabía que lo hacía para hacerme daño y que nunca se iría con Scott.

CAPÍTULO 14



Hacia cinco años que nos habíamos separado y, aunque al principio había intentado muchas veces volver conmigo —cosa que preferí no contarle a mi hija—, era algo que tenía más que claro. Jamás volvería con alguien que me había hecho tanto daño.

Clare vivió momentos muy duros al oír algunas cosas que me decía su padre. De cara a ella, intenté quitarle hierro al asunto, pero a veces era imposible mostrarme impasible ante determinadas acciones.

Scott era muy celoso, no lo mostró abiertamente hasta que llevábamos juntos unos años. O quizás sí lo hizo, pero quise hacerme la ciega.

Cuando me pedía que me cambiara de ropa porque la falda que llevaba era muy corta, o cuando insinuaba que me vestía así para provocar a otros hombres, yo me sentía hasta importante. Ilusa de mí, pensaba que lo hacía para protegerme y porque me quería tanto que no deseaba que nadie más me mirase. Ahora me doy cuenta de que no, que en realidad eran simples celos encubiertos a través de sus comentarios.

Clare tuvo que vivir muchas disputas entre nosotros, por más que yo le dijera a Scott que, por favor, se controlara cuando ella estuviera en casa. Pero mi hija no era tonta. En una ocasión, al entrar en su dormitorio para darle las buenas noches, me dijo:

—Mamá, aunque papá te diga que estás fea con falda, estás muy guapa. Pero no te la pones porque se enfada y te grita, ¿verdad?

Se me cayó el alma a los pies. Creí morir. Que tu hija, con tan solo ocho años, te haga esa reflexión te hace sentirte la peor persona del

mundo. Y no por ceder ante los deseos machistas de Scott, sino porque, aunque crees que tu hija no se da cuenta de lo que ocurre, lo sabe, y tiene más información de la que a ti te gustaría. Como escuché una vez en un monólogo, los golpes, las palabras y el lenguaje no verbal no solo duelen, sino que también hieren. A veces, infravaloramos a nuestros hijos e hijas por la edad que tienen, pero son niños, no tontos.

La cosa empeoró cuando pasó de darme su «opinión» a faltarme al respeto. Llegó a decirme que me vestía como una puta y que si lo que quería era que todos los hombres me mirasen las tetas. Que solo me faltaba ponerme en una rotonda y menear un bolso. Ese día fue como si mi cerebro hiciera un clic que me abrió los ojos. Discutimos esa noche. Ya vivíamos en nuestra casa y Clare tenía cinco años. Mi madre iba a quedarse con ella mientras salíamos a disfrutar de una cena en pareja para así desconectar un poco. Al fin y al cabo, yo solo tenía veintitrés años, pero llevaba la vida de una persona bastante más mayor.

Había terminado la carrera de Medicina ese mismo año. Teníamos algo grande que celebrar, pero todo se truncó con ese comentario. Llamé inmediatamente a mi madre y le dije que no viniera, que Scott se había puesto malo y no íbamos a salir. Pero quien realmente estaba indispuesta era yo. Herida en el corazón por aquellas palabras que tanto daño me causaron y que jamás hubiese esperado que salieran de su boca.

Esa noche me pidió perdón entre lágrimas. Me dijo que estaba estresado, que, al verme tan guapa, tenía pánico de que encontrara a otra persona o que, por ir así vestida, otros hombres fantasearan conmigo en su intimidad.

No sé por qué, pero pensé que era sincero. Y esa noche terminamos haciendo el amor y no dejó de susurrarme que lo sentía.

Pero fui una ilusa. Él no cambió, cada vez se repetían más esas escenas de celos patológicos, y lo peor era que hasta me creía lo que decía. Pensé que yo tenía la culpa por vestirme de esa manera, o por hablar más de dos minutos con cualquier otro hombre que no fuera él. No se lo conté a nadie porque me sentía avergonzada. En el fondo, estaba convencida de que esto me pasaba por no ser como Scott quería

que fuera, que yo era la culpable por haberle defraudado y no alcanzar sus expectativas.

Me sentía fracasada como mujer, como madre y como pareja.

Recuerdo cómo me miraba cuando algún amigo nuestro se dirigía a mí. Bueno, en realidad eran amigos suyos, yo no podía tener amistades de sexo masculino. Me decía que seguro que cualquier chico que se me acercara lo hacía porque yo le iba provocando y quería acostarse conmigo.

Dejé de hablar prácticamente con hombres y, si lo hacía, era con un miedo atroz a su reacción. Empecé a aislarme poco a poco hasta que me vi sola. Incluso casi dejé de hablar con mis padres, porque no quería que notaran mi estado de ánimo. Siempre tenía una excusa para no ir a verlos o para que no vinieran a casa. Pero sé que mi madre intuía que algo pasaba, lo que pude confirmar tiempo después.

Me levantó la mano en varias oportunidades, pero nunca la bajó, nunca llegó a pegarme. Aunque no es necesario que te agredan físicamente para que te hagan daño. Bueno, ¿para qué engañarme? Sí, me pegó, más de una vez, y fue suficiente como para poner el punto y final.

Regresábamos de cenar en casa de sus padres, era una Nochebuena, lo recuerdo perfectamente. Clare venía dormida en el coche y la saqué en brazos para ir a acostarla, antes de salir de casa de mis suegros le puse el pijama porque sabía que esto sucedería.

Scott tenía una hermana, casada y con dos hijos mayores que Clare, y yo me llevaba bastante bien con su marido, Ryan. Era enfermero en un hospital de la zona, y nos gustaba compartir experiencias hospitalarias, a mí, de mis prácticas, y a él, de su puesto.

Esa noche me reí mucho con él, pero de lo que no me di cuenta fue de que mi actitud traería unas consecuencias tan intensas como peligrosas. Nada más salir del dormitorio de Clare y cerrar la puerta tras de mí, me di de bruces con Scott. Tenía la mirada inyectada en odio.

—Eres una puta, cómo se te notaba en la cara que te lo querías follar...

Me quedé helada, no podía entender de qué hablaba.

—No digas tonterías, Scott. —Me enfadé, pero no grité para no despertar a mi hija.

—No son tonterías —alzó la voz—. ¿Te crees que estoy ciego?

—Baja el tono, por favor. Clare esta dormida. Hablemos en nuestra habitación.

Me dirigí hacia allí muerta de miedo por la forma en la que me miraba. Scott entró el último y cerró de un portazo, temí que Clare se despertara, pero menos mal que no lo hizo. Vino hacia mí con paso decidido y yo retrocedí hasta darme en la espalda con la cómoda.

—Te lo has follado ya alguna vez, ¿verdad? —me acusó con un susurro perverso.

—Deja de decir tonterías, Scott, por el amor de Dios, te estás pasando.

—¿Pasando, yo? ¡¿Yo?! —Cabeceó con una risa macabra—. Esto es una jodida broma, itú eres la que ha ido zorreando con él! ¡Solo te ha faltado abrirte de piernas!

—¡Cállate!

—¡¿Que me calle?! ¡¿Que me calle?! ¿Cómo quieres que no hable, si tengo una mujer a la que le encantaría follarse a su cuñado?

Estaba tan nerviosa que me dieron ganas de abofetearle, pero me contuve y, con los ojos anegados en lágrimas, le lancé una mirada de rabia y susurré:

—Eres un ser despreciable.

Lo siguiente que noté fue un bofetón en mi rostro. Cómo dolió. Pero creo que el daño fue más de corazón que físico. Mi pareja, a la que había amado con locura, y que pensaba que aún lo hacía, me acababa de cruzar la cara sin ningún atisbo de duda ni arrepentimiento en su rostro. Su gesto era impasible, hierático, mientras que yo no sabía cómo reaccionar y me ponía la mano sobre la mejilla golpeada.

Salí de la habitación como pude y ahí fue cuando, definitivamente, puse fin a una relación que pasó de ser un cuento de hadas a que el príncipe se convirtiera en el monstruo.

Esa misma noche decidí que eso no podía seguir así y di el paso de separarme. No fue fácil, él me lo puso difícil. Lloró, se arrodilló, me suplicó que le perdonara, pero no podía hacerlo. No debía volver a caer y perdonarle otra vez. Ya había perdido la cuenta de las veces que había sucumbido a sus falsos arrepentimientos y a sus falsas promesas. Nunca cambió y siempre me prometió que lo haría.

Clare acababa de cumplir nueve años cuando me separé. Nos fuimos a vivir a casa de mis padres y, aunque la situación fue difícil y muy tensa en muchas ocasiones, logré romper el tóxico lazo que nos unía.

Nuestra hija siempre nos tendría atados de por vida, pero no iba a dejar que la intoxicara a ella también. Eso no lo iba a permitir bajo ningún concepto.

Durante los primeros meses después de separarnos se veían poco, ya que él no mostraba casi ningún interés en ello, cosa que me alegraba en cierto modo. Además, Clare tenía muy presentes los recuerdos que su mente había almacenado, y tampoco quería pasar mucho tiempo con su padre. Al final, un día dejó de llamarla y, hasta hoy, el contacto había sido inexistente.

CAPÍTULO 15



Clare me miró fijamente después de contarle que Cameron me había invitado a comer al día siguiente. El corazón me iba a mil por hora, yo también le sostenía la mirada, nerviosa por saber qué iba a ser lo primero que me dijera tras mi confesión.

Se humedeció los labios, se recompuso en el sillón y por fin habló.

—Le habrás dicho que sí, ¿no?

Parpadeé varias veces, incluso creo que mis ojos llegaron a anegarse. Me levanté del asiento como un resorte y fui a abrazarla. Ella me respondió de la misma manera.

—Mamá, ¿qué haces? —dijo apartándome—. ¡Que me vas a asfixiar!

No sé cómo lo hacía, pero tenía el poder de destrozarse de forma magistral una escena de afecto entre nosotras. Aunque, con el tono y la sonrisa que me dirigía, me encantaba que los desgarrara de esa manera.

—¡Bueno, dime! ¿A qué hora habéis quedado? —preguntó con interés.

—Le he dicho que no, Clare.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Pues porque trabajo de lunes a viernes, y el fin de semana quiero pasarlo contigo.

—¡Pero ¿qué dices?! ¡Vamos, que si un tío como ese me invita a mí a comer, le iba a decir yo que no porque tengo que quedarme con mi madre!

—¡Pero bueno! —dije riéndome.

—A ver, mamá. —Me cogió las manos—. En nada voy a cumplir quince años. Estamos hablando de ir a comer, no de casarte ni de irte un mes de casa, que, pensándolo bien, no estaría tan mal —añadió para sí.

—¡Clare!

—Espera, que no he terminado. Mami, ahora en serio. Tienes treinta y dos años, has luchado mucho por sacarme adelante, así que ahora te toca disfrutar. ¡Si mañana tengo que comer sola, no pasa nada! Además, para cualquier cosa te llamaré, y los padres de Amber viven en la calle principal. Escríbele ahora mismo y dile que mañana irás con él, ¿entendido?

Me quedé mirando a mi hija. Si ya cuando subí a casa me pareció que había crecido un montón, con esta respuesta me lo había confirmado del todo. La abracé de nuevo y le di un beso en la cabeza. Por lo visto, estábamos otra vez en sintonía. Cuando nos separamos, la miré y la admiré.

—Gracias, cariño. Pero ¿estás segura? —pregunté cogiéndole las manos.

—Completamente. ¿Y tú?

Tomé aire para responder a esa pregunta.

—Yo no.

—Pues es hora de disfrutar y de que te regalen un sueño, mamá. Que te lo mereces, ¿vale? —Hizo una pausa—. Me voy a la cama. Y ya sabes, escríbele.

Se levantó del sillón y me dio un beso de buenas noches.

Ahora tocaba lo difícil, coger el móvil y mandarle un mensaje diciéndole que sí, que quedaría con él al día siguiente. Me mordí los labios mientras miraba al techo pensando qué podía decirle. No se me ocurría nada, seguro que Clare me lo habría escrito con una rapidez vertiginosa, pero, como ya dije antes, estaba totalmente oxidada en estos temas, y, para ser sincera, también estaba muerta de miedo.

Lo había pasado tan mal con Scott que me daba pavor que me volvieran a tratar de la misma forma. Así que, por un momento, pensé en no escribirle y dejar pasar el tiempo. Pero ¿por qué tenía que hacerlo si a mí me apetecía el plan?

«Venga, May, es solo un mensaje. No te estás comprometiendo a nada», me autoconvencí.

Cogí el móvil, lo desbloquéé y busqué el mensaje que le había enviado antes. Tragué saliva y comencé a escribir:

Hola, Cameron, perdona por las horas, es que al final he pensado que sí que podríamos comer juntos mañana, si es que sigue en pie la invitación. Ya me dices lo que sea, aún estaré levantada un rato. Hasta luego.

Iba a poner «un beso», pero me corté y decidí que «hasta luego» era suficiente como despedida. Dejé el teléfono sobre la mesa y me recosté en el sofá, nerviosa por su respuesta. Creo que pasaron dos minutos cuando noté que vibraba. Di un respingo para cogerlo y abrí el mensaje.

¡Genial, May! ¡No sabes cuánto me alegro! Claro que sigue en pie, de hecho, iba a estar insistiendo hasta que aceptaras. Soy un poco testarudo ;) Quedamos mañana a las once en el portal de tu casa, ¿te parece?

A lo que respondí:

Me parece. Hasta mañana.

Y él añadió:

Ah, otra cosa, te aconsejo que vengas con pantalones. El largo lo dejo a tu elección ;)

Curiosa, pregunté:

¿Pantalones?, ¿por qué?

Tras unos segundos, su respuesta apareció en mi pantalla:

Sorpresa. Mañana lo verás. Buenas noches, pequeña.

Cuando leí lo de mi atuendo, me vino una imagen de Scott diciéndome que solo debía llevar pantalones, nunca faldas, y se me revolvió algo por dentro.

Pero me dije a mí misma que Cameron no era Scott. Así que cerré lo ojos, cogí aire, lo solté imaginándome que sacaba de mi mente todos los malos recuerdos, y volví a leer el último mensaje, que provocó una media sonrisa en mis labios.

Me senté en el sofá a ver un rato la televisión mientras me preguntaba intrigada por qué tendría que llevar pantalones. Hacía mucho tiempo que ningún hombre me sorprendía, por lo que estaba muy nerviosa. Me acosté y al fin me dormí pensando qué me iba a deparar el día siguiente.

CAPÍTULO 16



Me desperté antes de que sonara el despertador. Estaba un poco alterada por el plan de aquel día. Era la primera vez que quedaba a comer con un chico después de mi separación. Durante esos cinco años había tenido algún esgarceo, pero nada que supusiera una promesa.

Hice café y, nada más bebérmelo —más rápido de lo habitual—, fui derecha a abrir el armario a ver qué iba a ponerme. «Tienen que ser pantalones», me repetía a mí misma. O al menos eso me había aconsejado Cameron la noche anterior. Aún sentía cierto resquemor debido a los comentarios que mi ex hacía constantemente sobre mi forma de vestir. Y lo primero que pensé fue ponerme unos vaqueros largos. Pero después de un rato dándole vueltas, me dije que a dónde iba en pleno mes de julio por la mañana con unos pantalones largos, iba a pasar mucho calor por tener todavía en la cabeza aquellos tóxicos mensajes de Scott. Con una fuerte inspiración para coger aire y fuerza al mismo tiempo, me puse un desgastado vaquero corto y una camiseta de tirantes roja. Tenía que aprender a vencer mis miedos.

Clare se levantó y acudió directa a mi habitación y, sin ni siquiera haberse lavado la cara, me miró traviesa.

—Buenos días, mami —dijo desde el umbral de la puerta.

Me volví sobresaltada porque no la había oído llegar.

—Hola, cariño —respondí acercándome a ella para darle un beso de buenos días—. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, ¿y tú?

—Bueno, bien. —Omití los nervios que tenía agarrados al estómago desde que confirmé la comida con Cameron.

—Veo que estás ya casi preparada para irte.

—Sí —dije mirándome al espejo de cuerpo entero del armario mientras alisaba las inexistentes arrugas de mi pantalón.

—Te ves muy guapa, mami. No estés nerviosa —dijo abrazándome por detrás, haciendo que las dos nos reflejáramos en el espejo.

—Gracias, mi niña.

—Eres preciosa, no dejes que nadie te diga lo contrario.

Me giré para tenerla frente a mí y la abracé. Las dos tratamos de ocultar la humedad de nuestras miradas.

Me arreglé un poco en el baño pintándome levemente los labios con un color rosa mate.

Mientras estaba metiendo las cosas en un pequeño bolso cruzado que llevaba, Clare me dijo que acababa de hablar con su amiga Amber y que su madre la había invitado a comer y pasar la tarde en la piscina con ellas. Que no me preocupara por nada y disfrutara del día.

La verdad es que me alivió saber que Clare no iba a quedarse sola en casa.

Me despedí con un beso y un abrazo. Quedamos en que estaríamos en contacto a través del móvil, y yo insistí en que me llamase si necesitaba cualquier cosa, que volvería con ella sin pensarlo.

A las once y dos minutos bajé las escaleras y salí al portal, nerviosa por si él no había llegado aún. En cuanto puse un pie en la calle, lo vi. Estaba sentado a horcajadas sobre una enorme moto negra y, al verme también, se le iluminó la cara con una sonrisa.

Me paré en seco al darme cuenta de que pretendía que yo, la mujer más miedosa del mundo, me montara en una moto. ¡Y una enorme, además! Así que no tardé en hacérselo ver.

—Estás de coña, ¿no? —dije apuntando hacia la causa de mis temores.

Cameron empezó a reírse mientras bajaba de aquel mastodonte y se acercaba a mí.

—Buenos días también a ti, May —contestó y me dio dos besos.

—Perdona, buenos días. Es que...

—Perdonada. A ver, ¿qué pasa? —dijo señalando la moto.

—Que no pienso ir a ninguna parte montada ahí. —Negué con la cabeza.

—Ahí..., ¿dónde? ¿En mi *preciosísima* moto, quieres decir? —preguntó con sorna—. Tranquila, de verdad, iré con cuidado —afirmó sin dejar de mirarme.

—Nunca he montado en una, me dan mucho respeto.

—May, confía en mí. Iré despacio. Y si quieres que pare en algún momento, solo tienes que pedírmelo.

Me lo decía con una sensibilidad que acabó de derretirme por dentro. Pero, de repente, empezó a reír a la vez que intentaba reprimirse.

—Joder, perdona, pero es que... lo que acabo de decirte, en otro contexto parecería otra cosa —dijo sin conseguirlo.

¡Estaba insinuando un contexto sexual! Aunque, pensándolo bien, tenía toda la razón: «Iré despacio, pero cuando me digas...». Madre mía, este hombre me provocaría un infarto como me siguieran subiendo las pulsaciones de esta manera.

Sentí que mi cara comenzaba a tornarse en un color rojo fuego y me la tapé instantáneamente. Eso hizo que Cameron dejara de controlar la risa y la dejara volar.

—Lo siento, lo siento —dijo poniendo su mano sobre mi hombro—. Pero es que no lo he podido evitar.

—Vale, vale. Tranquilo, no pasa nada —respondí sin poder mirarle a los ojos de la vergüenza que me daba.

Tras un silencio que hizo que nos relajásemos, Cameron recondujo la conversación.

—Bueno, entonces, ¿vamos en mi moto?

—Me puedo fiar, ¿no? —dije burlona.

—¿Dudas de que no vaya a cuidar de ti? —preguntó alzando las cejas.

—Dudo de que ese bicho con motor me mantenga sentada todo el camino.

—Tranquila, tú agárrate a mi cintura y no te pasará nada.

Y, al final, me convenció. Evidentemente, habría ido hasta en triciclo si hacía falta para comer con él, pero es que las motos me daban tanto repelús que siempre me mantuve lejos de ellas.

Primero se subió él y después me hizo un gesto para que yo lo imitase. Una vez arriba, me sentí reconfortada al tenerle tan cerca.

—¿Todo bien? —susurró girándose hacia mí.

—Todo bien —respondí con media sonrisa.

Me tendió un casco y me lo puse. Eso sí que me pareció superincómodo, notaba la cabeza embutida y aprisionada, y creí que las mejillas me iban a explotar. Él también se lo colocó y levantó un poco su cazadora con la mano derecha para que yo pasase las mías por debajo. Las deslicé con cuidado hasta cruzarlas sobre su abdomen. ¡Qué calores me entraron por todo el cuerpo! Luego apoyé la cabeza en su hombro y mi pecho se pegó a su espalda. Giró su cara para mirarme y, guiñándome un ojo, hizo que el motor rugiera con tal fuerza que me sobresaltó.

«Tranquila», leí en sus labios mientras posaba su mano sobre mis dedos entrelazados.

Después, me dejé llevar. Disfrutar del zigzag de la carretera, recrearse con el entorno, la naturaleza, los animales, el sol y, sobre todo, la compañía.

CAPÍTULO 17



Llegamos a un pueblo que se llamaba Flynn Springs. Por lo que él me había contado hacía unos días, vivía allí. Solo la entrada de aquel lugar me cautivó. Pero Cameron no se detuvo, salió del pueblo y paró a unos pocos kilómetros de distancia. Aparcó en una explanada ante la que había un cartel que decía: FLYNN SPRINGS LAKE.

Me quité el casco dispuesta a bajarme de la moto. Cameron puso la pata de cabra con un hábil movimiento y, en cuanto sus pies tocaron el suelo, me tendió su mano para ayudarme a hacer lo mismo. ¿Había dicho ya que soy un poco torpe para estas cosas? Acepté su ofrecimiento y nos quedamos el uno frente al otro.

—¿Estás bien? —me preguntó—. ¿Has pasado miedo? Porque había veces que pensaba que me ibas a dejar sin respiración —vaciló.

—Sí, claro, qué más quisieras tú que te hubiese apretado bien fuerte —respondí con sorna también.

Nos miramos a los ojos, sin decir nada, pero transmitiéndonos demasiado. En un intento de cortar la tensión sexual que flotaba en el aire, me giré y eché un vistazo a mi alrededor.

—Qué bonita zona...

—¿Te gusta?

—Sí, es un paisaje precioso.

—He hablado con un amigo que trabaja aquí —explicó—, y nos ha reservado dos entradas para visitar los alrededores del lago. ¿Te apetece?

—¡Claro! Me encantaría.

Dimos un paseo por la senda del lago, un lugar que me pareció lleno de magia. El camino discurría en paralelo a la orilla, y nos fueron mostrando los diferentes tipos de vegetación que había, los animales que allí habitaban...

Hicimos una parada en una pequeña cabaña donde nos dieron una charla sobre las curiosidades de la zona. Nos mirábamos de vez en cuando y nos sonreíamos mientras el guía continuaba con sus explicaciones.

Ya de regreso al punto de partida, me decidí a hablarle sobre algo que llevaba tiempo rondándome la cabeza. No pude encontrar antes el momento adecuado, pero este lo era.

—Cameron, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Me das miedo con ese comienzo —respondió con una sonrisa torcida y las manos en los bolsillos.

—Será fácil, tranquilo.

—A ver, házmela.

—¿Qué edad tienes? —pregunté entrecerrando los ojos.

—¿Me estás preguntando la edad? ¡Qué desfachatez! —Se llevó la mano al corazón con un gesto cómico.

Eso me hizo reír, y me gustó. Después, dejó de caminar y se detuvo frente a mí.

—Venga, va —dije tocándole suavemente en el hombro.

—De acuerdo, tengo veintiocho años recién cumplidos.

Lo miré sorprendida. ¡Yo era mayor que él! Por su aspecto, jamás le habría echado esa edad. Además, de haberlo sabido, quizá no estaría aquí ahora. Sí, es cierto, eso son prejuicios, pero es que siempre, no sé por qué, había preferido que fuese el hombre quien tuviera más años. No sé..., me sentía un poco asaltacunas. ¿Qué le íbamos a hacer? Era así de escéptica.

—Uy... —Alargó la última letra—. Menuda cara has puesto. ¿Eso significa que tienes más de los que creo? Tal vez..., ¿cuarenta y cinco?

—¡Eh! —Me quejé y me dispuse a darle un golpe en el pecho.

Con una rapidez vertiginosa, agarró mi mano y paró el ataque.

—¿Qué pasa? Tú no sabes con qué cara me has mirado..., me he acojonado, ¿eh? —dijo sin soltarme. Es más, consiguió hábilmente abrirme el puño y entrelazar sus dedos con los míos.

Yo me dejé hacer y no la retiré.

—¿Me vas a decir tu edad, o no? —preguntó.

—¿De verdad quieres saberlo? —respondí enarcando una ceja.

—Quiero saberlo todo de ti, pequeña —contestó simulando un tono de broma sin éxito.

Me reí, muerta de la vergüenza ante esa afirmación que, sinceramente, no me esperaba. Nos miramos con una tímida sonrisa mientras jugueteaba con su dedo pulgar sobre mi mano.

—Bueno, pues allá voy, ¿preparado?

—Supongo —bromeó otra vez—. Te juro que estoy pasando miedo.

—Tengo treinta y dos.

Soltó mi mano y se llevó las suyas a la boca con una mueca de diversión.

—¿Tantos?

—¡Vete por ahí! —respondí fingiéndome enfadada, y eché a andar.

Oí su risa a mis espaldas y, de repente, noté cómo me agarraba por la cintura desde atrás. Sentir su contacto me hizo estremecer. Avanzó con sus manos hasta rodearme por completo y apoyó la cabeza sobre mi hombro izquierdo.

No hubo que decir nada más. Nos volvimos para mirarnos, nos sonreímos y continuamos caminando por el parque, aunque, por un momento, creí que levitaba.

CAPÍTULO 18



Terminamos el paseo con una complicidad asombrosa, bromeando sobre el tema de la edad y hablando un poco de cómo se estaba adaptando Clare a nuestra nueva casa y a nuestro nuevo entorno. Yo estaba verdaderamente sorprendida de que estuviera tan contenta, y esperaba que se mantuviera así, no sabía si podría aguantar estar todos los días de malas.

Después, volvimos a coger la moto para ir a comer. Esta vez, cuando me subí, lo hice más decidida y segura de mí misma.

Me llevó a un restaurante donde almorzamos un menú espectacular acompañado de una copita de vino. Luego, tuvimos una larga sobremesa con un café y una conversación entre risas sinceras y flirteos camuflados.

Hablé un par de veces con Clare, me llamó para dejarme tranquila y decirme que regresase cuando quisiera, que estaría hasta la noche en casa de Amber. Parecía el mundo al revés, yo la hija y ella la madre...

Paseamos por el pueblo, y esa confianza que no había conseguido en muchísimo tiempo con un hombre seguía latente entre nosotros. Desde que me separé, me puse un escudo que muy poca gente podía traspasar si yo no se lo permitía, y Cameron estaba logrando derretirlo poco a poco, con cautela y buenas palabras.

Durante el viaje de vuelta, estuve menos nerviosa, me agarré a su cintura sin titubear y, sintiéndome libre después de muchos años, llegamos de nuevo a Lakeside.

Aparqué la moto frente a mi portal, en el mismo sitio donde lo había encontrado por la mañana. Paró el motor, nos bajamos y nos

acercamos a la puerta de entrada.

—Lo he pasado muy bien —dije.

—Yo también. ¿Te ha gustado entonces el lugar en el que vivo?

—Me ha encantado. La verdad es que en general es una zona con entornos muy bonitos.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado.

De repente, se me ocurrió la idea de invitarle a subir, aunque lo cierto es que me daba un poco de miedo y a la vez sentía timidez. Pero me apetecía terminar la noche charlando tranquilos en el salón de mi casa. Y si llegaba Clare, tampoco pasaría nada, porque no estaríamos haciendo nada malo. Venga, vale, me estaba autoconvenciendo...

—Cameron..., ¿te apetece subir a tomar algo?

Se le cambió el gesto risueño y pasó al de sorprendido.

—¿Eh? Sí, claro. Me encantaría.

Y con una sonrisa y muchos nervios por mi parte, nos dirigimos hacia el portal para subir hasta el tercer y último piso. Abrí con la llave y le cedí el paso.

—Adelante, es tu casa —dijo él.

—Por favor, tú primero —insistí.

Dejé las llaves en el recibidor y entramos directos al salón.

—Ponte cómodo. ¿Qué tal una cerveza?

—Claro, lo que tengas estará bien.

Volví de la cocina con una bandeja con dos latas de cerveza y un par de jarras heladas.

—Vaya..., qué bien te lo montas —se burló.

—Me gusta la cerveza fresquita, y más en el mes de julio.

Nos sentamos en el sofá girando nuestro cuerpo para quedar el uno frente al otro.

—¿Te importa si me quito las sandalias? —pregunté.

—No lo sé. ¿Te huelen los pies?

—¡¿Qué dices?! —

—Yo qué sé... —siguió bromeando.

Llevábamos ya tres cervezas cada uno cuando mi hija me llamó preguntándome si podía quedarse a dormir en casa de su amiga, que querían ver una película juntas. En ese momento, dudé, pero ¿por qué no? Me puso al teléfono con la madre de Amber y quedamos en que la

recogería a la mañana siguiente. Tras colgar, me levanté en busca de la cuarta ronda de cervezas y volví a sentarme de nuevo frente a él.

—Hay algo que me gustaría saber —dijo Cameron después de dar un largo trago a su bebida.

—Adelante.

—El otro día me dijiste que te gustaban las margaritas...

—Sí. ¿Por?

—Por el tatuaje que tienes bajo la clavícula. Es una margarita, ¿verdad?

—Sí —contesté rozando con mi dedo índice el dibujo.

—Y en el tallo hay algo escrito, pero no consigo verlo desde aquí. ¿Te importa que me acerque? —dijo en voz muy baja.

Negué con la cabeza con suavidad y con cierta sensualidad también.

—*Dream* —susurró cerca de mi cuello—. «Sueño». Lo mismo que el neón del bar.

—Debe de ser que me persiguen los sueños —musité sin dejar de mirarle.

Estábamos a escasos centímetros. Cameron había adelantado su cuerpo hasta quedar a un palmo del mío. Podía sentir su aliento, su aroma..., incluso su calor.

Mi respiración empezaba a agitarse, y comenzaron a arder partes de mi cuerpo por primera vez en mucho tiempo. Noté que él tragaba saliva, su nuez bajaba y subía con un movimiento sensual. Tenía la mirada fija en la mía, no éramos capaces de dejar de mirarnos como lo estábamos haciendo. Nos estábamos comiendo con los ojos.

—Así que hoy tu hija no duerme en casa —dijo con voz ronca.

—No.

—¿Y eso es bueno o no? —resopló.

—No lo sé. ¿Tú qué crees? —jadeé.

—Creo que es perfecto.

Y acto seguido, se avalanzó sobre mí, dejándome tumbada en el sofá con su cuerpo sobre el mío, mientras me devoraba la boca con una pasión desmedida. Mis manos empezaron a recorrer con prisa todo su cuerpo hasta que alcé su camiseta para acabar quitándosela. Él también me despojó de ella, y mi sujetador de encaje negro quedó a la

vista. Las cervezas estaban haciendo efecto y me sentía totalmente liberada.

Seguimos besándonos en la boca, en el cuello, en el pecho..., hasta que me levantó en brazos y me llevó directamente a mi habitación. Me tumbó sobre la cama y me desnudó del todo mientras yo hacía lo mismo con él.

Llevaba mucho tiempo sin hacer el amor con tanta pasión y tan desinhibida. Pero Cameron había conseguido que mi cuerpo respondiera de esa manera tan irracional, y yo se lo agradecía con ganas.

CAPÍTULO 19



Nos quedamos adormilados después de hacer el amor. Yo sobre su pecho, y él abrazándome. Me sentía tan relajada y segura a su lado que parecía que llevábamos así toda la vida.

—¿Qué significa para ti tu tatuaje? —susurró.

—Pensaba que dormías...

—Llevo un rato despierto.

—¿Cómo sabías que yo también lo estaba?

—Por tu respiración. Y por las cosquillas que me estabas haciendo en el pecho.

Sonreí.

—Soy amante de las margaritas. ¿Sabes lo que significan? —pregunté.

—No.

—Simbolizan la inocencia y la pureza.

—¿Te consideras inocente?

—Creo que lo he sido en demasiadas ocasiones. ¿Sabes? A lo largo de mi vida solo he tenido una relación seria, y fue con el padre de mi hija. Me mintió tantas veces que llegó un momento en el que perdí la cuenta. Y siempre le perdonaba, pero no lo hacía porque quisiera olvidar lo que había hecho. Lo hacía porque era tan ingenua que me creía todas sus excusas y pensaba que la gente quería hacerme daño al ponerme en su contra.

Mientras hablaba, Cameron me acariciaba el pelo con extrema suavidad.

—Hasta que, al final —continué—, me di cuenta de que no eran todos contra mí, sino que era Scott el que me estaba engañando.

—Hay que estar ciego para no darlo todo contigo.

—No sé... El caso es que un día, leyendo, descubrí que las margaritas simbolizan también un nuevo comienzo. Y eso era justo lo que yo quería. Volver a empezar dejando atrás todo lo que el padre de mi hija me había hecho. También estas flores representan el amor leal y la alegría.

—Entonces, entiendo que te gusten. Encajas perfectamente con lo que significan, además de ser tan hermosa como ellas.

Ruborizada, alcé mi cabeza para mirarle. Él me imitó. Entonces, con un rápido movimiento, me hizo rodar hasta colocarse encima de mí.

—No conozco de nada a tu ex. Pero hay que ser gilipollas para dejarte marchar.

Seguimos besándonos y volvimos a hacer el amor como dos poseídos.

Acabamos exhaustos y el sueño nos venció. Un rayo de sol me deslumbró y me desperté. Me tapé la cara con el brazo mientras me daba la vuelta. Cameron aún dormía. Su gesto era relajado y me quedé mirándolo pensando en qué había hecho. Yo nunca fui una mujer que en la primera cita se va a la cama con cualquiera. De hecho, estaba sorprendida de haberlo hecho con él después del poco tiempo que hacía que lo conocía. Pero me dejé llevar. Y, además, es que me sentía realmente bien.

La verdad es que era muy atractivo y sexi. La sábana lo cubría solo hasta la cintura y dejaba ver un torso definido y fibroso.

Miré el reloj: las ocho y media. Era pronto, pero me levanté para darme una ducha y dejarlo dormir. Mientras el agua resbalaba por mi cuerpo, me venían ráfagas de imágenes de la noche que había compartido con Cameron y percibí que me sonrojaba en más de una ocasión. Notar sus manos dibujando mi cuerpo o sentir el peso del suyo sobre el mío fue increíble, porque me trató con cariño, con delicadeza..., me respetó. Y eso era lo que al final de la relación con Scott no sentí. Los últimos meses hacíamos el amor por cumplir, al menos así era para mí, y solía ser brusco y breve. Sin ningún cuidado ni sentido.

Cuando salí del baño vi cómo empezaba a desperezarse. Abrió despacio los ojos mientras se estiraba y, al verme, una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Buenos días, pequeña.

—Buenos días.

—¿Por qué no me has despertado?

—Se te veía tan relajado que preferí dejarte dormir.

Se incorporó un poco y dio dos suaves golpes en el colchón.

—Ven aquí.

Me acerqué sonriendo. Solo llevaba la toalla cubriéndome el cuerpo y me sentía algo cohibida. Me senté en el extremo y él se acercó para darme un suave beso en los labios.

—Mmm..., qué bien hueles —susurró besándome ligeramente en el cuello.

Ese gesto me estremeció y un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal.

—Voy a vestirme, ¿vale?

—¿Es necesario? —bromeó.

—Creo que sí.

—Se me ocurren muchas más opciones antes de que lo hagas.

—Mejor me visto y desayunamos algo, ¿te parece?

Se tumbó en la cama y, poniéndose las manos bajo la nuca, observó cómo cogía la ropa del armario.

—¿Te vas a vestir aquí? —preguntó sin dejar de poner sus ojos sobre mi cuerpo.

—Pues... no. Pensaba hacerlo en el baño.

—Eres vergonzosa, ¿eh?

Que me definiera así hizo que me sintiera más tímida aún.

—A ver, Cameron. Estoy desentrenada en estas cosas, así que reconozco abiertamente que me da muchísima vergüenza que me veas tan... expuesta.

Cameron se levantó de la cama desnudo por completo con una sonrisa sensual y se acercó a mí para abrazarme por la cintura y pegarme a su cuerpo.

—No tienes nada que temer. Eres preciosa y tienes un cuerpo precioso. Ayer lo estudié de arriba abajo..., ¿no lo recuerdas?

Madre mía, este hombre era capaz de ponerme de cero a cien en milésimas de segundo. Mi primera reacción fue taparme la cara.

—Pero no me digas esas cosas, que todavía me da más corte...

Una carcajada espontánea emergió de su garganta, haciéndome reír a mí también.

—Si es que eres la hostia. ¿Dónde has estado todo este tiempo, pequeña?

Me besó con cautela, para, después, dar paso a besos más profundos y sensuales que nos llevaron de nuevo a la cama.

CAPÍTULO 20



Había pasado una semana desde que Cameron y yo nos habíamos acostado, y la cosa iba muy bien. Yo quería que fuéramos despacio, sobre todo por mi hija, pero me gustaba mucho y quería estar con él a todas horas.

Nos veíamos un rato por las tardes. O bien venía a mi piso o salíamos a tomar algo. No volvimos a pasar la noche juntos porque no quería que durmiera en casa estando mi hija. A ver, ella ciega no estaba, era más que evidente que había algo entre nosotros, y tampoco es que lo escondiéramos, pero decidí no contarle abiertamente que estábamos juntos hasta que nuestra relación no se definiera mejor.

Clare iba haciendo nuevas amistades con chicas y chicos del pueblo, y yo me sentía superaliviada al ver que, si al principio le pareció una condena vivir aquí, ahora se estaba convirtiendo en algo bueno.

En el trabajo estaba también bastante cómoda, a pesar de que algunos pacientes se resistían a venir a la consulta porque yo no era su médico de toda la vida. No podía evitar sentirme un poco mal por ello, pero Cameron me decía que no se lo tuviera en cuenta. Se trataba de gente mayor que llevaba con el mismo doctor desde siempre, era normal que les resultara un poco perturbador ser atendidos por una persona nueva. Me aconsejaba que les diera tiempo, y eso intentaba.

Era viernes, y Clare me había preguntado si podía ir a una fiesta que se celebraba en el pueblo de al lado. Le dije que sí, siempre y cuando yo la llevase y luego fuese a buscarla. Cameron me propuso ir nosotros también y así aprovechar el viaje.

—No sé... —respondí.

—¿No quieres que me vean salir con la doctora del pueblo? —Me abrazó por la cintura.

—Sabes que a mí eso no me importa.

—Entonces, vamos, nos tomamos algo, nos echamos unos bailes y nos volvemos los tres a casa prontito. ¿Te parece?

—Mmm..., bueno, vale...

Así que, dicho y hecho.

Mi hija había quedado con sus amigas a las diez donde tendría lugar la fiesta. Allí nos despediríamos y a la una nos veríamos de nuevo en el mismo sitio para irnos a casa.

Cameron nos llevó hasta allí, nosotras no conocíamos aquello y era mucho mejor que nos guiara. Tardamos como unos veinte minutos en llegar. Aparcamos a las afueras del pueblo y caminamos hasta la plaza. Al aproximarnos, un contagioso clima de festejo y animación nos envolvió por completo.

—Hemos quedado detrás del escenario —informó Clare.

—Es por aquí —respondió Cameron poniéndose delante de nosotras para conducirnos hasta allí, a la vez que me cogía de la mano.

Pasamos entre la gente y, cuando llegamos, vimos a tres chicos y cuatro chicas sentados.

—¡Ahí están! —dijo Clare—. Dame un beso, mamá, nos vemos luego.

Y, como por arte de magia, desapareció. No me gustó mucho la idea de que hubiera también chicos. Además, parecían mayores..., eso o es que estaban muy desarrollados. Me quedé mirando a ver cómo la saludaban, y uno de ellos la abrazó más de lo normal.

—Pero ¿has visto qué sueltcito es ese chico? —dije molesta.

—Anda, pequeña, vámonos y déjala que disfrute. —Sonrió.

Cameron tiraba de mi mano mientras yo caminaba sin dejar de mirar hacia atrás, hasta que perdí de vista a Clare entre la multitud.

—Yo creo que deberíamos quedarnos más cerca de ella —dije.

—A ver, May, relájate. —Puso las manos en mis mejillas para obligarme a centrar la vista en él—. ¿Tú nunca has tenido su edad? Siempre dices que tienes miedo de que no se adapte y, ahora que lo está haciendo, ¿quieres vigilarla?

—Es que me da miedo, Cameron, solo tiene catorce años...

—Lo sé, pero debes confiar en ella.

—Si confío en ella, pero en los chicos esos, no.

—Venga, vamos —se carcajeó—, que te invito a tomar algo.

Y nos dirigimos a una de las barras que estaban puestas en la plaza. Bailamos un rato y, por un momento, me sentí como una adolescente que queda por primera vez con el chico que le gusta.

No era nuestra primera cita, pero el hecho de estar ahí bailando los dos juntos, riéndonos, disfrutando como pareja..., eso hacía muchísimo tiempo que no lo experimentaba. Cameron era tan atento conmigo y tan cariñoso que, aunque me asustaba, era inevitable sentir por él algo más fuerte cada día.

De vez en cuando, miraba el móvil para comprobar si mi hija me había escrito, pero nada. Ni un mensaje, ni una llamada. Nada. Hasta que Cameron me quitó el teléfono y se lo guardó en su bolsillo trasero.

—Ya está... A disfrutar, cariño.

Era la primera vez que me llamaba así, y me puse hasta nerviosa.

—¿Cariño?

—Sí, cariño. ¿No te gusta?

—Me gusta. —Deslicé los brazos alrededor de su cuello y lo besé despacio.

—Mmm... ¿Cada vez que te llame así me vas a besar? —susurró con su frente sobre la mía.

—No lo sé... Puede...

—Entonces, te vas a cansar de escucharlo.

Y me besó.

CAPÍTULO 21



Poco antes de la hora acordada, Cameron y yo nos dirigimos detrás del escenario para encontrarnos con Clare. Aún había mucha gente bailando en la plaza, pero yo estaba nerviosa a la espera de que mi hija apareciese. No paraba de mirar el reloj, y parecía que el tiempo pasaba muy despacio.

—No viene —dije alterada.

—Sí viene —respondió Cameron en un tono conciliador—. Todavía quedan diez minutos para la una, y lo más probable es que los aproveche hasta el final. Así que estate tranquila, que llegará en seguida.

Continué mirando a todas partes en busca de Clare, pero cada vez había más personas por los alrededores, sobre todo gente joven, lo que hacía difícil localizarla.

—Ahí la tienes —afirmó Cameron alzando la mano en dirección a mi hija.

—¿Dónde?

—A tu derecha. Viene caminando por allí.

Me di la vuelta y la vi. Exhalé todo el aire que tenía contenido por los nervios que me había provocado la espera. Sana y salva..., ¡y con un chico! Es más, era el que antes la había abrazado con más intensidad que los otros.

—¡Pero si viene con un chico!

—Ya lo veo, no estoy ciego. Mira el lado bueno, la habrá acompañado, ella no conoce el pueblo.

Cuando llegó, intenté poner la mejor de las sonrisas. El chico seguía a su lado.

—Hola, mamá. Él es Brian, vive también en Lakeside.

—Encantada, Brian —respondí sin saber muy bien qué más decir o hacer.

—Yo soy Cameron —se presentó este tendiéndole su mano, gesto al que Brian correspondió.

—Bueno, Clare, yo me marchó ya —se despidió Brian después de mirarla con un punto de timidez.

—Gracias por acompañarme —respondió ella ruborizada.

—Sí, gracias por acompañarla —apunté yo.

Brian le dijo adiós con dos besos y desapareció entre la gente. Clare lo observó marcharse mientras yo intentaba asimilar que un chico le tiraba los tejos a mi hija, a mi *única* hija. Y eso era una nueva etapa que se mostraba ante nosotras y no sabía cómo enfrentarla.

—¿Nos vamos? —preguntó Cameron sacándome de mis pensamientos.

Saltaba a la vista que yo estaba algo molesta y descolocada. Mi hija ya quedaba con chicos, ¡y solo tenía catorce años! Si no le preguntaba ya quién era ese tal Brian, explotaría por dentro.

—Bueno, Clare, ¿y quién es ese chico?

Intenté parecer lo más tranquila posible, aunque me moría por decirle que tuviera mucho cuidado, que los hombres van a lo que van, totalmente influenciada por mi experiencia con su padre.

—Un chico de Lakeside —respondió distraída a la vez que escribía en el móvil.

—Ya..., eso ya me lo has dicho antes. Pero... es mayor que tú, ¿no? Mi voz ya empezaba a sonar trastornada.

—¿Eh?... Creo que sí.

—¿Crees?

—Sí, creo, mamá...

—¿Quieres dejar el móvil y prestarme atención?! —Se desató la bestia.

—May... —susurró Cameron cogiéndome la mano para ir hacia el coche.

—¡Mamá! ¡¿Se puede saber qué demonios te pasa?!

—¡Que me gustaría que me escucharas solo cinco minutos!

—A ver, ¿qué quieres saber?!

—¿Cuántos años tiene ese Brian?

—No lo sé, mamá, creo que dieciséis —dudó.

—¿Dieciséis? Pero ¿por qué vas con gente tan mayor?!

—¿Tan mayor? Mamá, se te está yendo la olla.

—¡No me hables así!

—¿Dieciséis años es ser mayor? Entonces, ¿tú qué eres?

Una rabia empezó a subir por mi cuerpo desde la punta de los dedos de los pies hasta el último pelo de la cabeza.

—¿Cómo dices? —pregunté enfurecida.

—Mirad, ya hemos llegado al coche —interrumpió Cameron.

—Menos mal —refunfuñó Clare.

Mi hija se metió la primera con un sonoro portazo y mascullando algo que no entendí. Cuando yo iba a seguirla, Cameron me agarró del brazo y me lo impidió.

—May, relájate, déjala que respire.

—¿Que me relaje?! ¡Ese chico tiene dieciséis años y las hormonas alborotadísimas! Ahora mismo, en mi hija solo ve tetas y...

—Shhh... Calla, que te va a oír Clare. Vamos a hacer una cosa. Respira y no hables con ella hasta que te hayas calmado, ¿entendido? Lo vas a agradecer, porque así lo único que vas a conseguir es que se enfade contigo y se cierre en banda.

Cameron me cogió la cara con sus manos y me besó en los labios. Me abrió la puerta y entré en el coche intentando seguir su consejo.

Fuimos todo el camino en silencio, con la música de la radio como fondo. De vez en cuando, miraba por el espejo retrovisor y veía a Clare escribir en el teléfono y leer la respuesta con una soñadora sonrisa en su precioso rostro. Y apostaba a que el causante de todo era el tal Brian.

Cameron tenía razón. Según avanzábamos, ya estaba más tranquila. Cogió mi mano y se la acercó a la boca para besarla. Luego me miró de soslayo y curvó los labios en un gesto de complicidad. Terminamos de hacer el trayecto cogidos de la mano. Aparcó frente al portal y Clare se bajó con rapidez. Era evidente que no tenía ganas de hablar. Nosotros nos bajamos justo después.

Sin embargo, cuando ya había atravesado la entrada, Clare se paró, se dio la vuelta y caminó hacia Cameron.

—Buenas noches, Cameron.

Y al acercarse para darle dos besos, le susurró al oído un «gracias» que pude escuchar a duras penas.

—Buenas noches. Descansa.

Clare voló hacia la puerta y la perdimos de vista.

—¿Ves? A mí ni me mira —me quejé.

—¿Y qué esperabas? Cariño, pienso que has sido un poco directa con ella, ¿no crees?

—¿Pero la has oído? ¡Dieciséis años!

—Sí, la he oído, a ella y a ti. Solo la ha acompañado para que no viniera sola. Por favor, no te agobies con eso. Piensa que le queda mucha adolescencia por vivir aún...

—Es que es la primera vez que sale sola... —añadí.

—Me lo imaginaba. Y es totalmente normal que la quieras proteger, es tu hija. Pero tienes que dejarle dar sus propios pasos, porque, si no, ambas lo vais a pasar muy mal.

En el fondo, sabía que Cameron estaba en lo cierto, pero la experiencia con mi ex había sido tan nefasta que no quería que a ella también le hicieran daño. Con solo imaginar que la pudieran herir de la misma forma, me daban ganas de encerrarla en casa bajo llave y así neutralizar cualquier peligro.

—De acuerdo, a lo mejor me he pasado un poco. Debería subir a casa y hablar con ella.

—Me parece muy buena idea.

Nos abrazamos y nos despedimos con un beso que hizo temblar hasta los cimientos del pueblo. Cuando subí a nuestro piso, Clare ya estaba en su habitación. Se había puesto el pijama y estaba recostada en su cama manipulando el teléfono.

—¿Puedo pasar?

—Ya estás dentro, ¿no?

Ella dejó el móvil a un lado mientras yo me sentaba en el borde de la cama.

—Lo siento, cariño. Perdóname por haber sido una paranoica esta noche contigo. Creía que estaba preparada para dejarte salir con tus amigas por la noche, pero me he dado cuenta de que no —resoplé—. Y ya ni te cuento cuando he visto que Brian te abrazaba nada más llegar.

—Mamá, no pasa nada. Entiendo que te preocupes, pero tienes que confiar en mí.

—Sabes que ese no es el problema, tesoro, son los demás los que me preocupan.

—A ver, mamá. Sé que papá te hizo mucho daño porque lo viví, y entiendo que no es fácil para ti. —Hizo una pausa—. Yo también te pido perdón por haberte hablado así antes. Me he sentido muy atacada sin saber por qué.

—Lo siento.

—Menos mal que estaba ahí Cameron para mediar, que, si no, ¡me matas! —se carcajeó—. Me gusta mucho ese hombre para ti, mamá.

—¿Porque te defiende? —bromeé.

—Porque te hace feliz.

Me acerqué y la abracé. Mi hija tenía razón, por partida doble. Si Cameron no hubiese estado a mi lado, yo habría perdido los nervios sin remedio. Y sí, me hacía muy feliz.

CAPÍTULO 22



El lunes por la mañana me dormí y llegué un poco justa al trabajo. Por suerte, vivía cerca. Había cogido la costumbre de pasarme antes a comprar el pan y tomarme un café en una panadería que había muy cerca del centro de salud, regentada por una señora llamada Rose que siempre te recibía con una sonrisa y algo de conversación. Pero hoy no me había dado tiempo y había tenido que irme directa al trabajo.

—Buenos días —saludé a los recepcionistas pasando de largo para abrir la consulta.

—Espera, May —dijo Jackson.

Me di la vuelta.

—Acaban de traer esto para ti.

Y ante mis ojos apareció un gran ramo de margaritas.

—¿Para mí? —contesté sorprendida.

—Sí, al menos, eso dijo el repartidor —bromeó.

Me quedé de piedra. ¿Me habían enviado flores? No sé por qué me daba que sabía de quién eran. Me acerqué hasta el mostrador y cogí el ramo mientras aspiraba el agradable aroma que desprendía.

—¿Algún admirador? —preguntó Jackson.

—¿Eh? No sé... —No supe muy bien qué responder, sobre todo porque aún no había visto la tarjeta y no quería aventurarme.

—Seguro que sí —dijo él por mí.

—Muchas gracias. Voy a ponerlas en agua y a colocarlas en el despacho.

Con una sonrisa de oreja a oreja, las preparé y las puse sobre una mesa auxiliar justo al lado de la ventana. Ahí tendrían luz durante casi

todo el día. Y después, me senté a leer la tarjeta: «Gracias por enseñarme que en la vida hay segundas oportunidades. Me muero por volver a pasar otra noche contigo. Cameron».

Sonreí y me sonrojé al mismo tiempo. Cameron estaba consiguiendo que poco a poco me olvidara, dentro de lo que mis recuerdos me permitían, de algunos de los malos momentos por los que había pasado.

Apenas quedaban cinco minutos para que empezara la consulta y, como no me daba tiempo a llamarle, decidí mandarle un mensaje:

¡Acabo de recibir las flores! Pero ¿por qué lo has hecho? Son preciosas, de verdad. Gracias a ti por todo lo que estás haciendo por mí y por mi hija. Y respecto a la noche juntos..., algo se nos ocurrirá. Déjame que piense en ello. Un beso muy fuerte.

Y lo envié. Así daba gusto comenzar a trabajar.

La mañana pasó relativamente rápido. Poco a poco, los pacientes me iban conociendo y yo a ellos. Al ser un pueblo, casi siempre atendía a la misma gente, y eso hacía que todo fuera un poco más fácil y fuera fluyendo.

Entre un paciente y otro, releía la tarjeta que acompañaba al ramo de flores sin poder evitar que una sonrisa bailara en mi boca. Cameron me gustaba, y mucho. Era un chico que solo con una mirada me regalaba un sueño. Mi sueño. Me abrazaba y me hacía sentir que nada podría hacerme daño nunca más. Además, tenía una manera de tratar a mi hija que hacía que me gustara aún más.

No es fácil comunicarse con una adolescente, y menos cuando de la noche a la mañana le comunicas que tiene que cambiarse de casa y de ciudad. Y a todo ello, le sumamos que su madre acaba de iniciar una relación amorosa, por lo que no puede estar con ella siempre que lo necesite.

Acabé mi jornada, cogí el maletín y salí de la consulta mientras me despedía de mis compañeros. Abrí la puerta que daba acceso directo a la calle y allí estaba él. Apoyado en la pared, con una de las piernas flexionada y el pie sobre el muro. Su sonrisa me recibió.

Iba a acercarme cuando escuché que alguien salía tras de mí.

—¡May!

—Jackson —respondí al verle—. ¿Me he dejado algo?

—En realidad no, solo quería proponerte tomar un café juntos algún día —ofreció nervioso—. Si tú quieres, claro.

Noté la mirada de Cameron en mi nuca. Me dio un gran apuro tener a Jackson delante pidiéndome quedar a tomar algo cuando tenía justo detrás al chico que me tenía enganchada desde hacía un tiempo...

—Te lo agradezco, Jackson, pero...

—No. —Alzó la palma de la mano—. No digas nada, no hay problema.

—Es que...

—Tranquila —me interrumpió—. Mañana nos vemos en el trabajo. Hasta mañana, Cameron.

—Adiós, Jackson.

Y desapareció de mi vista sin darme tiempo a despedirme.

—Le gustas. —Escuché a Cameron a mis espaldas.

Caminé hacia él con cierta vergüenza y emocionada hasta las trancas.

—¿Qué haces aquí...?

—Me moría de ganas por verte. Aunque no esperaba encontrarme semejante escena. —Me besó—. ¿Te gustaron las flores?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé, dímelo tú.

—Me han encantado. Cuando me las dieron esta mañana pensé que se habían equivocado. ¿Quién me iba a enviar un ramo de flores al trabajo, si apenas nadie me conoce por aquí?

—Pues mira, sí que era para ti. Y ese alguien era yo.

—Gracias.

—No hay de qué. Te enviaría flores todos los días solo por ver la cara de felicidad que tienes ahora.

—¿Crees que esta cara es solo por las flores?

—Sorpréndeme.

—Tienes mucho que ver en esta sonrisa, y lo sabes.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y tú sabes que eres la primera chica a la que envió flores al trabajo?

—¡Oh! Entonces, me siento más agradecida aún...

Parecíamos dos adolescentes a la puerta del instituto, con una conversación cargada de mensajes encubiertos y sonrisas acompañadas de confeti. Nos besamos repetidas veces durante el camino a casa, me sentía como en una nube.

Ya en el portal, le invité a subir para tomar un café, yo no había comido todavía, pero así me acompañaba.

—¿Y Clare? —preguntó.

—Supongo que en casa —dije mientras abría la puerta.

Al mismo tiempo que dejaba el maletín en el salón, mi hija salía de su habitación con un bikini, además de un pequeño pareo y la bolsa de la piscina.

—¡Hola, mami! ¿Qué tal, Cameron, cómo estás?

Se acercó a darme dos besos e hizo lo mismo con él.

—Me voy a la piscina con mis amigas. He quedado en la plaza con ellas. ¡Luego nos vemos!

—Pero...

—¡Pasad buena tarde! ¡Adiós, Cameron!

—¡Adiós, Clare!

Y me dio un abrazo rápido antes de salir de casa. Según se escucharon los pasos bajando las escaleras del portal, vi a Cameron acercarse sigilosamente, mirándome de forma canalla.

—¿Dónde vas? —Sonreí.

—¿Tú qué crees?

—No he comido aún.

—Te puedo ofrecer un buen menú...

—¿Sí?

Cameron asintió con una sonrisa traviesa en sus labios.

—Pues adelante.

Y nos adentramos en la habitación cerrando la puerta tras nosotros.

CAPÍTULO 23



Al cabo de dos meses, Cameron y yo estábamos todavía más unidos. Casi todas las tardes las pasábamos juntos, y también alguna noche en la que mi hija dormía en casa de sus amigas.

Ya se acercaba el mes de septiembre. No hacía frío, aunque se notaban las noches más frescas. Ese fin de semana iban a celebrarse las segundas fiestas patronales del año. Eran más cortas y vendría menos gente, pero planeamos salir a tomarnos algo.

Mi hija Clare y sus amigos habían decidido que se reunirían en una especie de local que el padre de uno de ellos les dejaba para la ocasión. Me daba miedo, porque estaba segura de que allí habría alcohol y, aunque mi hija me había demostrado ser una niña responsable, no dejaba de tener catorce años, y yo no dejaba de ser una madre un poco histérica.

Quedé con Cameron sobre las diez para ir a dar una vuelta y quedarnos en la plaza bailando un rato. Pero él se presentó antes en casa.

—Hola, cariño —dijo al abrirle la puerta.

—Hola —respondí dándole un beso en los labios—. No te esperaba tan pronto.

—Es que he venido a traer unas cosas a mi abuelo y ya he aprovechado —dijo dándome un abrazo—. ¿Te parece mal?

—Sabes que me encanta que estes aquí...

Nos sentamos en el sofá y nos pusimos a ver un poco la tele. Clare ya se había marchado. Dijo que tenían que preparar el local y que eso les llevaría varias horas. Qué relativo es el tiempo para los jóvenes.

Pero estaba superilusionada con el plan, y también porque yo le había ampliado un poco el toque de queda solo por ese fin de semana de fiestas.

Acabamos saliendo a tomar algo en la plaza. La verdad es que se notaba ambiente. A diferencia de las fiestas de agosto, en septiembre el escenario lo situaban en otra parte del pueblo.

Mi hija y sus amigos estaban en primera fila. Disfruté viéndola sonreír, bailar y pasarlo bien.

Brian estaba también en el grupo, era algo más alto que ella, con el pelo rapado y un poco de cresta en el flequillo. Brincaba a la vez que todos. De vez en cuando, él la miraba de reojo y ella hacía lo mismo, era más que evidente que entre ellos había algo, pero a mí me daba pánico solo pensarlo.

Mi gesto no le pasó desapercibido a Cameron. Me cogió de la mano y me hizo volverme. Luego me besó en la frente y me habló en voz baja.

—Déjala a su aire.

—Sí, pero...

—Pero nada. Venga, ven, vamos a dar una vuelta por la feria. — Casi tuvo que arrastrarme calle abajo.

Continuamos paseando cogidos de la mano. En un puesto de manzanas dulces, Cameron compró una y la compartimos.

—Hacía un montón que no me comía una de estas —dije chupándome los dedos.

—Ya he visto que te gustan, casi te comes el palo —bromeó.

—¡¿Pero qué dices?! —Le di un suave golpe en el hombro al que respondió con una carcajada.

—Me encanta que la hayas disfrutado tanto.

—¿Sabes qué pasa? —Suspiré.

—Dime, pequeña.

—Que últimamente me siento como una adolescente.

—¿Sí? —Me dio un beso en la sien—. Pues a mí me pasa lo mismo. Estoy loco por verte a todas horas, igual que un quinceañero.

—Yo me entusiasmo con cosas como esta —dije señalando la manzana—, como si jamás hubiese probado una.

—Y yo me muero por besarte a cada rato.

—¿Lo ves? Somos como dos adolescentes.

—¿Sabes cómo se llama eso? —Se detuvo y me cogió ambas manos.

—¿Cómo? —Lo miré embelesada.

—Amor.

—¿Tú crees? —Remoloneé.

—Estoy seguro —respondió acercándose a mi cuello para depositar un suave beso en él.

—Pues entonces me gusta esto del amor —afirmé con los ojos cerrados.

—No dejemos que se vaya nunca —musitó.

Y volvió a darme pequeños besos en el cuello hasta crear un recorrido invisible que terminó en mis labios.

A eso de las tres, yo tenía los pies molidos, me apetecía irme ya a casa, y Cameron me acompañó. Ya en el portal, nos despedimos.

—¿A qué hora tiene que volver Clare? —me preguntó.

—A las tres y media. Prefiero estar aquí cuando llegue.

—No creo que te sorprenda nada de lo que te cuente, porque has estado toda la noche vigilándola.

—¿Qué dices?

—Nada, imaginaciones mías —ironizó.

—Llevo mal estas cosas, necesito tiempo.

—Sí..., y ella también, cariño. Piensa que, para Clare, también todo esto es nuevo.

—Lo sé...

—Bueno, estoy seguro de que cuando llegue lo harás genial, así que, tranquila, ¿vale? Cualquier cosa, me llamas.

—Ten mucho cuidado con la moto.

—Que síí —bromeó.

—¡Te lo digo en serio! Es muy tarde, la gente bebe...

—Tendré cuidado, pequeña, no te preocupes.

—Mándame un mensaje cuando puedas, ¿vale?

—Hecho.

Y cogiéndome la cara con las dos manos, me dio un beso que me hizo temblar hasta las pestañas. Me mordió despacio el labio inferior y creí morir, era todo tan perfecto que daba hasta miedo. Le acaricié el cuello con delicadeza, pero con ganas de atraerlo hacia mí y que no se separara nunca.

—Eres lo mejor que me ha pasado —susurró.

Me quedé sin aire, era una declaración en toda regla, y no podía ni debía quedarme callada. Quería que supiera que él también se había convertido en alguien importante en mi vida.

—Solo puedo decir lo mismo. Gracias por regalarme el sueño que nunca me ofrecieron.

—Tú eres mi sueño hecho realidad.

Y volvimos a besarnos.

—No te vayas mañana... —lloriqueé.

Él sonrió.

—Tengo que hacer un papeleo para mi abuelo, no creo que me lleve más de dos días.

—Jo...

—¿Estás haciendo pucheros? —Ladeó la cara para mirarme.

—Sí.

Una carcajada salió de su boca, contagiándomela al instante.

—Eres increíble —me dijo.

—¿Me llamarás?

—No. —Sonrió.

—¿No?

—No. No voy a parar de hacerlo. Pienso ponerme muy pesado.

—Lo mismo dejo de cogerte el teléfono —dije melosa.

—Insistiría toda la vida hasta que respondieras.

«Que alguien me ponga un babero, que se me está cayendo la baba por litros. ¡Este chico es perfecto!», exclamé para mis adentros.

Nos costó unos quince minutitos despedirnos, pero es que parecía que teníamos imanes, me era imposible dejarlo ir. Cuando por fin se subió a la moto, me miró y me lanzó un guiño. Yo no pude reprimirme y volví a besarle.

—Porque tu hija está a punto de llegar, que, si no, te subía a casa ahora mismo y no te dejaba escapar —me susurró al oído.

Me carcajeé.

—No me digas eso —murmuré mientras sentía sus labios en mi cuello.

—¿Por qué?

—Sabes perfectamente por qué.

—Dímelo.

—No.
—Dímelo —repitió.
—Porque me pongo mala.
—¿Mala? ¿De qué?
—Cameron..., no me provoques —dije separándome despacio de él
—. Creo que me voy a ir a casa.
Me re Coloqué el pelo, la ropa, cogí aire y lo solté con fuerza.
—Me vas a matar —me dijo suspirando.
—No es mi intención..., pero se me ocurren muchas maneras de matarte...
—¿Sí?
—Sí...
—¿Cómo?
Me acerqué para hablarle al oído.
—A besos, a caricias...
—Para, para..., joder. Me marchó, que al final te acorralo en el portal y te aseguro que me va a dar igual que entre alguien.
—Vale, vale —reí—. Lo pillo. Me voy. Nos vemos en un par de días.
—Cuídate, cariño. Y dale un poco de rienda a Clare. Te lo agradecerá, y tú a ti misma también.

CAPÍTULO 24



Cameron pasaría el domingo y el lunes fuera arreglando los papeles de su abuelo. Me explicó que había reservado un hotel en Ensenada. Así que, por desgracia, hasta el lunes por la noche, o el martes, no nos volveríamos a ver.

El domingo me levanté sin haber puesto el despertador. Después de desayunar, me fui de compras y aproveché para ver unos juegos que se celebraban en la calle principal con motivo de las fiestas.

Ya de regreso a casa, me crucé en el portal con el señor Cooper, el abuelo de Cameron.

—Buenas tardes —dije.

—¡Hombre! ¡La galena! —respondió con su característica voz grave.

—¿Qué tal? ¿Cómo va?

—Bueno, hija, ahí vamos. A dar un paseo.

—El no verle por la consulta es buena señal.

—Sí, estoy hecho un roble.

Me sacó una sonrisa.

—A ver si vuelve pronto mi nieto, no imagina cómo noto que se ha ido —dijo el anciano.

«Si usted supiera lo que le echo ya de menos...», pensé. Prácticamente, se acababa de marchar.

—Mañana o pasado ya lo tiene usted aquí, de todas formas, para cualquier cosa, mi casa está al lado, me llama y le ayudo en lo que haga falta. —Me ofrecí.

—Muchas gracias, mujer, él me lo ha dejado todo preparado para que no tenga que hacer nada, ni cocinar, ni lavar..., nada de nada. Es muy previsor.

—Es muy buen chico —apunté intentando que no viera que estaba sonrojada.

—Lo es..., yo no sé qué haría sin él —suspiró—. A ver cómo le van estos dos días, espero que esté tranquilo.

—¿Tranquilo? ¿Por qué? —pregunté inocentemente.

—Pues hija, por lo que va a hacer allí. No es nada agradable.

Empecé a sentirme descolocada.

—Iba a arreglar unos papeles, ¿verdad?

—Claro. Pero menudos papeles... —Miró al cielo.

—Creo que no le estoy entendiendo. —Fruncí el ceño.

—Los repartos no son buenos, y menos cuando uno de los dos falta.

A la que empezaba a faltarle el aire era a mí. No comprendía nada y comenzaba a agobiarme.

—¿A qué repartos se refiere?

—Mi nieto no le ha hablado de ello, ¿verdad? —Negó con la cabeza.

—Por lo que veo, no. —Intenté parecer serena.

—En el fondo, lo entiendo. No es un tema que le guste recordar. Lo pasó muy mal, ¿sabe? Fue duro verlo así... Pero bueno, creo que lo mejor es que se lo cuente él mismo. No estaría bien que yo lo hiciera.

Y el señor Cooper comenzó a caminar anteponiendo su bastón a las piernas.

—Espere, por favor —le pedí nerviosa con mi mano en su hombro—. No puede dejarme así.

—Lo siento, doctora. No debí mencionarlo, creo que he dicho más de la cuenta. Pregúntele a mi nieto por Helena. Pero le voy a pedir un favor, espere antes a que regrese.

Me quedé paralizada viendo cómo Morgan salía del portal y me dejaba sola con un sentimiento de vacío increíble que se apoderó de todo mi cuerpo. ¿A qué había ido en realidad? ¿Por qué me había mentado al asegurarme que el viaje era por temas de su abuelo? ¿Quién era Helena? Estaba entre perpleja y enfadada, sin entender

qué era lo que pasaba ni lo que el abuelo de Cameron me había insinuado.

Llegué a casa subiendo las escaleras como si mis pies fuesen de plomo. Abrí la puerta y Clare salió a recibirme.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal el día?

—Bien —susurré al tiempo que me sentaba en el sofá.

—Uy..., ¿qué te pasa, mamá? No tienes buena cara.

—Nada, cariño.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Todo bien con Cameron?

—Sí, tranquila. De verdad, es solo cansancio acumulado.

—Bueno..., te iba a preguntar si podía pasar la noche en casa de Amber. Sus padres me han invitado.

—No sé, Clare... Siempre vas tú, ¿qué van a pensar sus padres? ¿Por qué no la invitas a ella aquí?

—Porque su casa es el doble que esta..., iy tiene un pedazo de pantalla de televisión en la que podemos ver las pelis como si estuviéramos en el cine! Además, la próxima semana empezamos el instituto y tenemos que aprovechar... *Porfi, porfi, porfi...*

—Está bien. Pero esta noche te llamo —señalé.

—Sí, mamá, no te preocupes. ¡Gracias! ¡Te quiero! —Y me dio un sonoro beso antes de correr a su habitación a preparar las cosas que se iba a llevar.

No me levanté del sofá hasta que mi hija salió rumbo a casa de su amiga. No solo es que fuera a dormir allí, es que iba a pasar la tarde y la noche. Yo estaría el resto del día sola, dándole vueltas a todo lo que el señor Cooper me había dicho y yo no conseguía descifrar. Y en mi cabeza no hacía más que retumbar el nombre de Helena.

Me dirigí a la cocina a prepararme una infusión, estaba nerviosa, y el estómago se me había cerrado. No quise comer nada, pero al estar algo revuelto pensé que la infusión me vendría bien.

Puse la taza humeante sobre la mesa baja del salón y fui a mi cuarto a cambiarme de ropa y ponerme cómoda. Sustituí los pantalones largos por unas mallas negras y la blusa por una camiseta ancha de manga larga.

Volví al sofá, me tumbé en él con la taza entre mis manos y soplé antes de beber. Mi mirada estaba fija en la televisión apagada. ¿A qué había ido Cameron realmente a Ensenada? Según su abuelo, no era para cosas suyas, era un tema de reparto, pero ¿de qué clase? ¿Qué sería tan importante y tan duro a la vez?

Pensé que estábamos bien y que no había necesidad de mentirnos, aunque, por lo visto, algo se me había escapado.

Cuando nos despedimos el sábado, no le vi mal, ¿o se me pasó algo por alto? No lo sé, pero tenía una sensación de dolor y enfado que no era capaz de gestionar. Se me estaba yendo de las manos. El tema de los papeles me preocupaba, pero escuchar el nombre de otra mujer en boca del señor Cooper hizo que los celos irrumpieran en mí.

En ese instante, mi móvil empezó a sonar. Dejé la taza y me levanté a coger el bolso. Saqué el teléfono y tragué saliva al ver el nombre que aparecía en la pantalla. Era él. Me temblaba el pulso. ¿Qué hacía? ¿Cogerlo como si nada? ¿O descolgaba y me ponía hecha una furia pidiendo explicaciones? No, lo mejor era no contestar. No me sentía preparada. Ciertamente era que Cameron no me había hecho nada, pero no lograba comprender por qué no había sido sincero conmigo. Creí que teníamos la suficiente confianza el uno en el otro como para decírnoslo todo. Pero qué equivocada estaba...

Volvió a sonar una segunda vez y tampoco respondí. No sabía cómo aparentar indiferencia, yo era bastante transparente, me costaba fingir emociones que no fueran las que sentía en el momento. No podía coger el teléfono y empezar a contarle mi día sin acabar preguntándole quién era Helena y qué estaba haciendo allí.

Después, me llegó un mensaje.

¿Todo bien? No consigo hablar contigo.

Evidentemente, era Cameron quien escribía. Ahora sí que tenía que mentirle. Por escrito me pareció que sería menos difícil que hacerlo cara a cara.

Perdona, es que lo tenía en silencio.

Si me conocía un poco, se daría cuenta de que algo me pasaba. Nunca le había enviado mensajes tan escuetos.

¿Entonces puedo llamarte ahora? Te echo mucho de menos, pequeña.

Volví a sentir un escalofrío. No quería que me llamara. Ahora no era el momento.

No. Voy a ducharme. Luego te llamo yo.

¿Seguro que está todo bien? Te noto rara.

Sí, sí, tranquilo. Es cansancio, nada más. ¿Qué tal tus gestiones?

Bien. Mañana por la noche ya estaré de vuelta.

Y para despedirme escribí:

Genial.

¿Genial? Por una parte, me moría de ganas de verlo, pero, por otra, me daba mucho miedo enfrentarme a la situación de tener que mirarlo a los ojos y pedirle explicaciones.

Bueno, pues hablamos luego.

Y respondí con un escueto:

Vale.

Estaba claro que se había dado cuenta de que algo iba mal. No me sentía bien porque Cameron no estaba al tanto de lo que su abuelo me había dicho y estaría totalmente desconcertado, y con razón. Pero no supe ni pude disimular. Algo dentro de mí me lo impedía, evidentemente, yo sabía la causa y, hasta que no hablara con él y lo aclarásemos todo, no podría volver a comportarme igual que siempre.

CAPÍTULO 25



Al final, el domingo no lo llamé, es más, dejé el móvil en silencio mientras dejaba pasar las horas tendida en el sofá. Intenté ver alguna película, pero no era capaz de concentrarme, las imágenes pasaban ante mí como si yo no estuviera allí.

Hablé con mi hija por la noche para comprobar que estaba con su amiga y que todo iba bien. También se puso su madre y charlamos un rato, le dije que, cuando quisieran nuestras hijas, podrían dormir aquí juntas, que parecía que Clare no tenía casa.

Simona, que así se llamaba, me cayó bien. El hablar con alguien, aunque no estuviera directamente metida en el tema, me ayudó a despejarme un poco. De hecho, quedamos en que podríamos tomarnos un café algún día.

Recibí varios mensajes más de Cameron, pero me excusé con que tenía una jaqueca tremenda y que mañana hablaríamos. No sé si lo creyó, pero lo cierto es que dejó de escribirme.

Me quedé dormida en el salón, en la misma postura en la que había estado durante toda la tarde. No paraba de darle vueltas a la razón por la que Cameron había tenido que ir a Ensenada, y el nombre de Helena no dejaba de resonar en mi cabeza. Malditos celos y maldito pasado, que me hacía comparar historias que nada tenían que ver la una con la otra. Me imaginaba a Cameron con una espectacular chica llamada Helena, cenando en un restaurante, cogidos de la mano y acaramelados, y sentía encogerse mi corazón. Sabía que esto no podía salir bien. Era demasiado perfecto para ser real.

Scott me hizo tanto daño que no pude evitar encontrar la semejanza entre ambas situaciones. Y era consciente de que no era justo, al fin y al cabo, ellos no tenían absolutamente nada en común, pero el miedo a que me volvieran a engañar pudo más, y mi escudo se endureció de tal manera que me era imposible ver a través de él.

Cuando me desperté, eran las cuatro de la madrugada. Me puse una chaqueta y salí a la terraza. El silencio reinaba en la calle. Me abracé a mí misma porque a esas horas refrescaba y me apoyé en la barandilla. Respiré profundamente. Se agradecía vivir allí y poder disfrutar del aire puro.

Hacía tiempo que no me sentía así, quizá fuera porque desde que Scott y yo nos habíamos separado no había iniciado una relación medianamente seria con nadie. Me había encerrado a cuidar de mi hija, a prepararme laboralmente, y el tema «hombres» lo tenía en un segundo plano. Salí demasiado escaldada de esa relación como para dejar que otra persona pudiera volver a hacernos daño a Clare y a mí.

¿En qué momento decidí lanzarme a vivir una historia de amor con Cameron? ¿En qué puñetero momento me dije que todo iría bien? Ahora estaba hecha una piltrafa pensando cosas raras que no hacían más que martillearme la cabeza.

Me acosté de nuevo y, después de estar unos quince minutos mirando al horizonte, conseguí dormirme. Al fin y al cabo, tenía que levantarme sobre las siete y media para prepararme e ir a trabajar.

A la mañana siguiente, me hizo falta más tiempo de lo habitual para adecentarme después de la noche que había pasado.

Tras darme una larga ducha y aplicarme una capa extra de antiojeras, me fui a trabajar. Para colmo, hoy tenía la consulta llena. Se trataba de mi trabajo, pero habría sido un detalle del destino que la jornada no se presentase tan intensa. Pero bueno, había que hacerlo, y yo estaba allí para eso.

Al final, me vino bien el estar entretenida todo el día, no tuve tiempo ni de mirar el teléfono, cosa que agradecí.

Cuando salí, me dirigí directamente a casa. Clare estaba tumbada en el sofá viendo la tele.

—¡Hola, mami! —dijo sin moverse un ápice.

—Hola, cariño. ¿Qué tal la mañana? —respondí dejando el maletín junto a la mesa del comedor.

—Bien, tranquila. ¿Y tú? Tienes cara de cansada.

—He dormido un poco mal, pero nada que no se solucione viendo una peli esta tarde con mi hija y unas sabrosas palomitas.

—Eso está hecho.

—¿Qué tal la noche en casa de Amber? ¿Lo pasasteis bien?

—¡Sí! Vimos una peli y nos pasamos media noche hablando de nuestras cosas.

Me miró ilusionada con una tímida sonrisa.

—¿Y puedo saber qué son «vuestras cosas»? —Le guiñé un ojo.

—Pues no, mamá. Si son nuestras, no te las voy a decir.

Lógica aplastante, sí, señor.

Esa noche llegaría Cameron, y yo no tenía ni idea de cómo reaccionaría cuando lo tuviese en frente. Había conseguido, o al menos eso creía, escaparme de hablar con él por teléfono. Había respondido esquivando a sus mensajes, y era más que evidente que algo se estaría oliendo. Su abuelo me pidió que esperase a aclararlo a su regreso para no hacerle sufrir más, así que eso fue lo que hice.

Me había enviado un mensaje diciéndome que vendría directamente a mi casa..., sabía que algo me pasaba, y no podía soportar saber que algo ocurría y no acudir a hablarlo.

No tenía ni la menor idea de cómo afrontar esto. Él había decidido no contarme el motivo de su viaje, y era comprensible que yo me sintiera mal, darme cuenta de que no confiaba en mí plenamente me hizo tener muchas dudas. Además, ya no éramos unos niños como para estar echándonos cosas en cara. Aunque, realmente, no habíamos estado tanto tiempo juntos como para tener recuerdos que reprocharnos.

—Mamá, ¿qué ocurre? No estás bien y, por mucho que intentes disimularlo, está claro que Cameron tiene algo que ver en todo esto —dijo Clare girándose en el sofá hasta quedarse frente a mí.

Cogí aire y resoplé. Me parecía mentira estar hablando con mi hija de temas sentimentales, hacía nada, era una niña pequeña a la que le daban asco los besos que salían en la televisión. Y ahora, me escudriñaba con el ceño fruncido esperando una respuesta.

Me acerqué a ella y le acaricié la mejilla con el dorso de mi mano.

—Estate tranquila. No pasa nada.

—Venga ya, mamá. Tú siempre me dices que si tengo algún problema lo comparta contigo y se convertirá en un problema más pequeño. Así que aplícate el cuento y empieza a hablar, que he quedado en veinte minutos. —Guiñó un ojo.

Su comentario me hizo esbozar una sonrisa, y juro que fue la más sincera desde que el señor Cooper me dijo lo de Helena.

—Verás, cariño..., no sé..., yo... —titubeé.

—Arranca, mamá, seguro que no es tan difícil.

—¿Recuerdas que te dije que Cameron se iba un par de días a solucionar un papeleo?

—Sí.

—¿Y que ese papeleo estaba relacionado con su abuelo?

Asintió atenta a mis preguntas.

—Pues me lo encontré el otro día y, bueno..., por lo visto, lo que iba a hacer en Ensenada no era lo que su nieto me había dicho.

Mi hija apretó los labios.

—El señor Cooper insinuó que se trataba de algo muy delicado —continué—, pero que no tenía nada que ver con él.

—¿Entonces?

—No lo sé, cariño.

—A ver, mamá, por lo poco que conozco a Cameron, no me parece un capullo.

—¡Clare!

—Perdón, perdón, pero es que no sabía cómo explicarme. Estoy segura de que tenía una razón para no decirte la verdad, y apuesto a que pronto te la contará. No adelantes acontecimientos, déjale que se explique.

—No me puedo creer que me estés dando consejos amorosos. — Me toqué la frente nerviosa.

—Algún día tenía que crecer, mamá, ¿no crees?

—Sí, pero el tiempo ha pasado tan rápido, cariño...

—Antes de que te pongas sentimental y empieces a soltar la lagrimilla, quiero que sepas que me puedes contar lo que sea, ¿vale? Que ya casi tengo quince años y en algo podré ayudarte.

—Lo mismo te digo, mi niña, me tienes aquí para lo que necesites, aunque a veces sea una paranoica y vea fantasmas donde no los hay. Tú solo dame tiempo para relajarme y después hablamos, ¿te parece?

—Me parece.

Y nos fundimos en un fuerte abrazo que hacía siglos que no nos dábamos..., tan sentido, tan completo, tan entero.

—¿Cuándo viene? —preguntó Clare mientras se levantaba del asiento.

—¿Quién?

—Cameron.

—No lo sé, sobre las nueve, supongo.

—Pues mejor, porque yo me voy a ir, que he quedado, y hasta las doce o así no volveré, así que hablad tranquilos aquí en casa, sin que nadie os interrumpa.

Y se marchó a su habitación. Desde allí, dijo entre risas:

—Llamaré antes de entrar, por si acaso...

Alcé las cejas sorprendida, mi hija hablando abiertamente de sexo, y no solo de sexo, isino de que yo lo mantuviera con Cameron! Me dejó tan perpleja que lo primero que se me ocurrió fue coger un cojín y lanzárselo a la puerta de su habitación, a lo que respondió con una carcajada aún más sonora.

CAPÍTULO 26



Tan pronto como Clare se marchó, fui a darme una ducha. Necesitaba despejarme y desentumecer los músculos que tenía agarrotados por la tensión. Pensé en muchas maneras de recibir a Cameron, pero estaba convencida de que, al final, nada de lo que hubiera ensayado saldría como lo hubiera planeado; así que, en definitiva, decidí que lo mejor sería dejarme llevar y que ocurriera lo que tuviera que suceder.

Después, me senté de nuevo en el sofá y cogí el último libro que estaba leyendo, pero me resultó imposible concentrarme. ¿A quién quería engañar? No podía centrar mi atención en nada. Me tumbé mirando al techo y, cuando estaba a millones de kilómetros de aquí, dieron tres pequeños toques a la puerta.

El corazón me dio un vuelco y me incorporé de un salto. Me quedé mirando hacia el pomo, sin poder moverme. Era él, estaba segura. Esa era su manera de llamar.

Conseguí levantarme, me estiré como pude el jersey, me atusé el pelo, me humedecí los labios y me dirigí a abrir. Cuando puse la mano en el pomo, me sorprendí temblando, ¿en qué momento esto se había convertido en algo tan profundo para mí? Lo giré despacio, alcé la vista y allí estaba él, con su cazadora de cuero y una mirada difícil de descifrar, pero con grandes trazas de melancolía. ¿Qué demonios habría pasado en Ensenada?

—Hola —dijo con las manos en los bolsillos.

—Hola —respondí sin saber muy bien qué hacer con las mías.

—¿Puedo pasar?

—Claro, adelante.

Dio el primer paso y yo me eché hacia atrás para dejarle espacio. Entró al salón y yo cerré la puerta tras de mí con un suspiro.

—¿Qué ocurre, May? —preguntó directo clavándome la mirada.

—Yo... —Me toqué la frente—. Cameron, ¿confías en mí?

Mi pregunta pareció sorprenderle.

—Joder, claro que sí, May. —Se acercó y me cogió las manos—. No lo dudes nunca.

—Entonces, ¿por qué no me has dicho la verdadera razón por la que has estado fuera estos dos días? —El tacto nunca había sido una de mis grandes virtudes.

Me soltó las manos como si le quemaran, dio un paso atrás y su rostro comenzó a palidecer. Ahora sí que estaba claro que había más cosas que contar que callar.

—No entiendo cómo... —titubeó.

—Tranquilo. —Alcé la mano—. No sé a lo que has ido. Tu abuelo me dijo que era un viaje doloroso y me dio a entender que se trataba de algo muy personal.

—Joder —suspiró poniéndose la mano en la nuca sin dejar de mirarme.

—Verás, yo... —comencé.

—Espera. —Me puso el dedo sobre los labios—. Lo primero que quiero decirte es que lo siento, no quería mentirte, pero... es muy complicado, May.

—¿Estás con otra mujer? ¿Es eso?

—¡No! ¡Claro que no! Tú eres la única persona con la que quiero estar, créeme. No tiene nada que ver con eso.

—¿Entonces?

—Perdóname, May. —Hizo una pausa—. Pero ahora no me siento preparado para contártelo. Lo siento.

El mundo se me vino abajo, ¿qué sería tan especial como para ocultármelo? De repente, me entró miedo, un pánico horrible a volver a sufrir por una relación. No me podía permitir otra recaída como la que había tenido tras separarme de Scott.

Si es que la culpa era mía, me había encaprichado y, encima, de alguien más joven que yo. Con lo bien que estaba yo sola. Era un fracaso anunciado a los cuatro vientos desde el primer día que lo vi,

tenía que habérmelo imaginado y no dejarme llevar como lo había hecho. Al final, siempre acababa sufriendo.

—Te juro que no tiene nada que ver contigo. Son... —Se revolvió el pelo nervioso—. Son fantasmas de mi pasado. Y es tan jodidamente difícil hablar de ello... No puedo hacerlo, no aún...

—Cameron, no quiero forzarte a que me cuentes nada si no quieres, pero entiéndeme a mí, de repente, me entero de que has ido a otra cosa —dije entrecomillando con los dedos— totalmente diferente a lo que me habías dicho. ¿Tú sabes lo estúpida que me siento? No comprendo absolutamente nada, y hace mucho que me juré que no volvería a sufrir por un hombre.

Los ojos se me empañaron. Cameron abrió los suyos como platos y reaccionó en seguida cogiéndome de nuevo las manos.

—May, lo siento, lo siento muchísimo, de verdad —dijo abatido—. Solo te pido algo de tiempo para intentar, al menos, prepararme para hablarte de ello. —Hizo una pausa sosteniéndome la mirada y musitó —: Por favor.

Me solté y caminé hacia la ventana. Miré a través de los cristales mientras los ojos se me humedecían cada vez más sin poder controlarlo. No quería llorar delante de él, eso no, no podía permitir que me viera tan vulnerable. Así que lo mejor —o, al menos, lo que creí mejor en ese momento— fue pedirle que se marchara.

—Pero... —dijo acercándose a mi espalda. Al notarlo, levanté la mano para indicarle que se detuviera.

—Por favor, Cameron. Necesito estar sola.

Escuché un suspiro de abatimiento y, segundos después, oí que la puerta se abría y se cerraba seguidamente. Ahí fue cuando rompí a llorar, sin miedo a ser vista por nadie. No quería volver a sufrir, pero ya lo estaba haciendo.

Aunque no quise hacerle daño al pedirle que se marchara, no soportaba estar a su lado sintiéndome tan insegura. Él tampoco se lo merecía. No era fácil saber que había algo que le atormentaba tanto y que yo no podía hacer nada para ayudarlo. No quería pensar que fuera falta de confianza hacia mí, sin embargo, esa sospecha me estaba atenazando.

Decidí meterme en la cama sin esperar a que mi hija llegara. No tenía fuerzas ni ganas de contarle lo sucedido, así que le envié un

escueto mensaje al móvil.

Diez minutos después, oí el ruido de la puerta. Clare se asomó a mi habitación y fingí estar dormida para no preocuparla más con mis historias. Mañana sería otro día.

CAPÍTULO 27



A la mañana siguiente tenía un mensaje de Cameron, que debió de enviarme nada más quedarme dormida. Dudé entre leerlo o no, había pasado una noche repleta de pesadillas y no me encontraba demasiado bien para otra mala noticia.

Pero ¡qué demonios! Me moría de ganas de saber qué me decía. Así que acerqué la mano al móvil y lo cogí, para volver a tumbarme después y poner la pantalla frente a mí.

Pequeña, no sé cómo hacer esto bien, de verdad que lo intento, pero te juro que no es fácil. No olvides que te quiero, por favor.

Dejé el teléfono de nuevo en la mesilla y me froté la cara con las manos, buscando una solución a algo que no estaba segura de que la tuviera. Me sentía perdida, no sabía si acercarme a él sería malo o si separarme sería peor. Yo le quería, eso no podía negarlo, y por más que intentara engañarme a mí misma, era imposible hacerlo. Me había enamorado, Cameron me había hecho sentir cosas que hacía tiempo que no sentía, y me atrevería a decir que con Scott nunca llegué a sentir las. Había sido el primer hombre que había conseguido derretirme la armadura.

Cuando me marché a trabajar, dejé a Clare durmiendo, hice el menor ruido posible para no despertarla y, también, egoístamente, por no tener que dar explicaciones para las que no estaba preparada.

El fin de semana llegó rápido, y lo agradecí, porque la semana se me hizo eterna entre mañanas de pacientes, tardes de sofá y darle vueltas a la cabeza.

Cameron me escribió todos los días. Yo le respondía siempre, pero se veía a las claras que algo no iba bien. Así que decidimos que nos daríamos una semana de plazo sin vernos para aclarar nuestras ideas. Más las mías que las suyas, muy a mi pesar.

Le dije que no quería en ningún caso que se sintiera presionado por contarme lo que ocurrió, pero que entendiera que había sufrido mucho por amor, y no me atrevía a exponerme tanto de nuevo y sentirme como al borde de un precipicio a punto de caer. El escudo que poco a poco Cameron había conseguido derretir se había regenerado por arte de magia, haciendo que fuera difícil volver a acceder a mí.

Casi rozábamos el mes de octubre, el frío empezaba a hacer acto de presencia, y el sábado se me antojó de manta, peli y calcetines gruesos. Clare iba a pasar el fin de semana en casa de su amiga y casi me alegré, no me apetecía tener que fingir una sonrisa que en esos momentos solo emergería de manera irreal.

Después de comer, me quedé dormida en el sofá y me sobresalté al escuchar que llamaban al timbre. Era raro, no había quedado con nadie —ni solía tener visitas—, mi hija llevaba llaves y Cameron tenía su forma particular de llamar.

Me froté los ojos y retiré la manta para levantarme. Me puse las zapatillas de andar por casa y, sin prisa, me acerqué a la puerta. Cuando abrí, se me heló la sangre. No podía ser verdad.

—Scott —susurré con el cuerpo tenso.

—Hola, May.

El corazón me empezó a ir a mil por hora, no podía ser cierto. Mi expareja, la que tanto me había hecho sufrir, estaba allí, delante de mí, como un fantasma del pasado.

Un remolino de recuerdos empezó a girar en mi cabeza de manera apabullante, tuve que ponerme la mano en la frente para intentar frenarlo, mientras él estaba allí de pie, impávido, mirándome fijamente. ¿Cómo demonios me había encontrado? Y lo peor de todo, ¿para qué?

—¿Qué haces aquí? —Me atreví a preguntar sin un atisbo de amabilidad, a la vez que intentaba que el temblor de mis piernas no me hiciera caer de bruces contra el suelo.

—He venido a veros —dijo solemne.

Moví la cabeza y resoplé incrédula.

—Estarás de broma, ¿verdad?

Tragó saliva y respondió con decisión.

—No. Quiero ver a Clare.

¿Cómo? ¿Que quería ver a Clare? Esta situación era de locos. Mi estado empezaba a transformarse, pasando de los nervios a la impotencia.

—¿Ahora quieres verla? ¿Después de cuántos años, Scott?

—Eso no importa.

—¿Cómo que no importa? ¡Claro que importa! —Elevé el tono de voz—. Te marchaste de su vida hace cinco años y ahora, de la noche a la mañana, ¿quieres que ella corra a tus brazos? Esto es una jodida pesadilla —susurré.

—¿Puedo pasar y hablamos de esto tranquilamente?

—No. No vas a pasar ni vamos a hablar de nada tú y yo. Ya lo hicimos hace años y lo que decidiste fue abandonarnos.

—Déjame entrar. —Intentó dar un paso adelante y me cuadré frente a él prohibiéndole avanzar.

—He dicho que no.

—Venga, May, no seas así... —Movié su mano para agarrar la mía, pero la retiré de inmediato—. Fuimos muy felices.

—Fuimos, tú lo has dicho. Las cosas han cambiado mucho, ¿no crees? ¿O tengo que recordártelo?

—Pequeña...

—No soy tu pequeña —negué apretando los dientes. Quería decirle que, a día de hoy, solo un hombre podía llamarme así, y no era él, precisamente—. Ahora vete, y espero que no vuelvas a aparecer por aquí.

Y cerré de un portazo sin darme cuenta de la fuerza y la rabia con las que lo había hecho. El cuerpo me temblaba, los ojos se me humedecieron, no podía entender nada. Todo me daba vueltas, ¿cómo nos había localizado?

Su presencia me había mareado, revuelto, girado del revés como si el mundo se hubiera puesto patas arriba. Tuve que sentarme para coger aire, apoyé los codos en las rodillas y me tapé el rostro con las manos haciendo un verdadero esfuerzo por no derrumbarme.

En un atisbo de lucidez pensé en que el siguiente paso de Scott era buscar a Clare por su cuenta, así que corrí a por el móvil y, temblando, marqué su número para confirmar que estaba bien.

—¡Hola, mamá! —respondió en seguida—. ¿Qué tal?

—Bien, cariño. —Intenté sonar tranquila—. ¿Cómo va el día?

—¡Muy bien! Ahora íbamos a ver una peli.

—Me alegro mucho.

—Mamá, ¿estás bien?

No debía de estar sonando muy convincente.

—Sí, cariño.

—¿Seguro?

—Solo quería saludarte.

—¡Vaaale! —dijo arrastrando la primera sílaba—. ¡Te dejo, que empieza la peli!

—Disfruta, hablamos mañana.

—¡Un besazo, mami!

—Otro para ti, mi niña.

Y colgamos.

Nada más hacerlo, volví a sentarme abatida en el sofá, me cubrí de nuevo el rostro con las manos y me puse a llorar de manera descontrolada, con hipo e hiperventilando. El *shock* de encontrarme a Scott, después de lo que vivimos, me había dejado fuera de juego.

Y ahora, ¿qué iba a pasar? ¡Sabía dónde vivíamos y quería ver a su hija! Y, no sé por qué, me daba que insistiría hasta conseguirlo.

Lo que me había quedado claro durante el tiempo que habíamos estado juntos era que siempre lograba su objetivo, por ejemplo, anularme como persona... Eso se le dio demasiado bien.

CAPÍTULO 28



Treinta minutos después de que Scott se hubiera presentado en mi casa, volvieron a llamar a la puerta.

Yo estaba en mi habitación, tumbada en la cama intentando asimilar lo ocurrido. Al escuchar el timbre, empecé a temblar. «Otra vez no», me dije a mí misma. Dudé en abrir, no quería encontrarme de nuevo al indeseable de mi expareja.

Insistieron una segunda vez y tragué saliva. ¿Quién podría ser? Me levanté despacio y me acerqué hasta la puerta, no tenía mirilla y apoyé la cabeza en la madera por si lograba escuchar algo. Y, efectivamente, lo escuché.

—Abuelo, no te preocupes, no tardo.

Era Cameron, mi Cameron. Al oír su voz, solté todo el aire que tenía contenido en los pulmones. Suspiré con fuerza y abrí despacio. Cameron estaba mirando hacia un lado, con las manos en los bolsillos. Cuando me vio al girarse, el gesto se le transformó.

—Eh, May, ¿qué ha pasado? ¿Estás llorando? —preguntó preocupado poniendo las manos en mis hombros—. ¿Ha ocurrido algo?

—Tranquilo, estoy bien —respondí cabizbaja. Me aparté para que pasara y cerré la puerta. Nos quedamos de pie en el salón.

—May, ¿por qué lloras? —repitió.

Evidentemente, mi cara debía de ser un cuadro, con los ojos hinchados y rojos. Disimularlo era prácticamente imposible, pero tenía un nudo en la garganta que me impedía decir una sola palabra.

—Ven, siéntate. —Me cogió de la mano y nos dirigimos al sofá.

Sentir su mano sobre la mía me provocó cosquillas en el estómago y una descarga que me recorrió toda la espina dorsal. Una vez sentados, lo miré pensando si debería contarle que mi ex había aparecido en la puerta de mi casa, y no con buenas intenciones. Pero ¿cómo podía pedirle sinceridad, si yo misma no se la mostraba? No era justo.

Cameron me miraba preocupado, esperando que le dijera cuál era la razón por la que estaba tan compungida. Al fin, decidí contárselo, no sin antes coger aire y soltarlo lentamente manteniéndole la mirada.

—Scott ha vuelto.

Frunció el ceño y ladeó la cara como si no entendiera lo que había querido decir.

—Un momento —dijo cabeceando—. Scott, ¿tu ex?

—Sí.

—¿El padre de Clare?

Asentí sorbiendo por la nariz.

Se mordió el labio y alzó las cejas visiblemente contrariado.

—¿No te habrá hecho nada? —preguntó con dureza.

—No.

—¿Seguro?

—No ha hecho falta, con sus palabras ha sido suficiente. —Miré al suelo.

—¿Qué te ha dicho?

—Bueno..., dice que... —Me toqué el pelo nerviosa—. Quiere ver a Clare, y yo..., no sé..., es que... —dudé.

—Eh, cariño, ven aquí. —Y me abrazó con la firmeza que yo necesitaba en ese momento—. Tranquila.

Apoyó su cabeza sobre la mía y me besó la coronilla. No pude evitar romperme y comenzar a llorar de nuevo.

—No sé cómo me ha localizado —sollocé—. Me da miedo que vaya a buscarla y la encuentre cuando esté sola.

—Eso no va a pasar.

—¡Claro que puede pasar! —Me separé secándome las lágrimas con el dorso de la mano—. ¡Imagina que va a esperarla a la salida del instituto! ¡No puedo estar pegada a ella las veinticuatro horas del día!

—Relájate, por favor.

—¡No puedo relajarme, Cameron! ¡Estamos hablando de mi hija!

—Lo sé, lo sé... ¿Dónde está Clare ahora?

—En casa de Amber.

—¿Quieres que vaya a comprobarlo?

—Ya lo he hecho, he hablado con ella hace poco más de quince minutos, y estaba a punto de ver una película.

—¿A qué hora vuelve? Puedo ir a buscarla a la misma puerta y traerla.

—Se va a quedar a dormir.

—Entonces, no creo que se presente en casa de Amber. Su madre te llamaría si apareciera por allí, ¿no te parece?

—Supongo que sí. —Puse mi mano en la frente—. Tengo un dolor de cabeza horrible, ya no sé qué pensar.

—Espera. —Y se levantó camino de la cocina.

Me recosté en el respaldo del sofá y cerré los ojos. Esto no me podía estar pasando, se suponía que ya había desaparecido de mi vida, ¡¿por qué diablos tenía que volver?! Había conseguido aislar de mi mente la pesadilla que viví con él los últimos meses que estuvimos juntos, y ahora todo se había revuelto para tenerla de nuevo más que presente en mi cabeza.

Pocos minutos después, Cameron apareció con una humeante tila que dejó en la mesilla que había frente al sofá.

—Te sentará bien —dijo tras darme un beso en la frente.

—Gracias.

La cogí con las dos manos y, con la mirada perdida en la nada, le di el primer sorbo. Después, la volví a dejar en la mesa y miré a Cameron, que no había dejado de observarme.

—Lo siento —me disculpé.

Me dirigió un gesto de confusión.

—Siento haberte puesto entre la espada y la pared para que me contaras lo que había ocurrido —expliqué—. No he sido justa separándome de ti.

—No tienes que disculparte, entiendo que puedas sentirte mal. De verdad que te entiendo. Pero no hablemos de eso, lo haremos en otro momento.

Y volvimos a recostarnos en el sofá, con su brazo en mi hombro y mi cabeza sobre su pecho, en silencio.

CAPÍTULO 29



El sonido de su móvil nos sobresaltó.

—Sí, abuelo, ya voy —respondió Cameron después de escuchar lo que le decían al otro lado del auricular.

Por lo visto, el señor Cooper quería cenar y necesitaba la ayuda de su nieto, así que este le dijo que le diera cinco minutos. Al fin y al cabo, solo tenía que salir y cruzar el descansillo.

Nos levantamos y Cameron se aproximó despacio asiéndome de las manos.

—Tengo que irme —dijo en voz baja.

—Lo sé, no te preocupes.

—¿Estás un poco más tranquila?

—Sí.

—Voy a dormir esta noche en casa de mi abuelo, estaré aquí al lado. Cualquier cosa, ¿me oyes?, lo que sea, llámame.

—Vale —asentí con una sonrisa triste.

—No te preocupes por nada, pequeña, voy a estar contigo.

Y se fue acercando con cautela hasta juntar su frente con la mía. Nuestras respiraciones se aceleraron al notar el contacto, y cerré los ojos.

—Joder, May, te echo tanto de menos —susurró.

Pude sentir su aliento acariciando mis labios y me estremecí. Yo también lo echaba mucho de menos, demasiado, y por puro egoísmo lo había alejado de mí.

—Y yo —respondí con el mismo tono.

Torció levemente su rostro, posó sus labios sobre mi boca y presionó con delicadeza. Su lengua empezó a buscar la entrada y no dudé en abrirle paso para que la mía también se uniera al baile.

Ambas se enredaron hasta mezclarse acelerando su fricción. Cameron cogió mi rostro con ambas manos y yo le acaricié el pelo, estaba claro que no queríamos separarnos.

—Déjame pasar la noche contigo —dijo sin despegar apenas sus labios de los míos.

Estaba tan entregada que mi respuesta no tardó en llegar.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí.

Y los besos se transformaron en más sexuales, nos estábamos devorando, y ninguno de los dos quería parar. Pero Cameron tenía que irse a casa de su abuelo y, si seguíamos así, sería yo la que no lo dejaría marcharse.

Puse las manos en su pecho para poner espacio entre nosotros, y él se mesó el pelo.

—Tienes que irte —dije con la respiración entrecortada.

—Joder, no quiero —respondió. Sus labios estaban algo hinchados y sonrojados.

—Si no lo haces, creo que tu abuelo aparecerá aquí, y es muy capaz de tirar la puerta abajo.

Mi comentario le hizo sonreír.

—Tienes razón. Pero que sepas que, en cuanto lo deje todo preparado, volveré y terminaremos lo que hemos empezado —dijo con voz ronca.

Y volvió a besarme con pasión, luego se separó con dificultad y se marchó antes de que el señor Cooper llamara de nuevo.

En cuanto cerró la puerta, me apoyé de espaldas a ella, respiré hondo y me recompuse, me había dejado algo trastocada.

Me acerqué a la mesa del salón y decidí mandarle un mensaje a Clare, quería asegurarme de que seguía en casa de su amiga.

Hola, mi niña, ¿qué tal la peli? Oye, ¿sabes dónde está mi bolso marrón de flores? Creo que me dejé dentro unas llaves.

Mentira, sabía perfectamente dónde estaba el bolso marrón y tenía localizadas las llaves, pero no quería preocuparla preguntándole directamente si estaba en casa de su amiga o habían salido a dar una vuelta.

No tardó nada en responder.

¡Hola, mamá! ¡La peli, bien! Aún no ha terminado. El bolso creo que está en el altillo de tu armario. Mira a ver.

Efectivamente, el bolso estaba en el altillo. Desde muy pequeña, Clare tenía una memoria fotográfica increíble y siempre sabía dónde estaban las cosas.

El saber que seguía en casa de Amber me relajó, y su actitud al responderme también. No había sabido nada de su padre. Seguro.

Después, recibí otro mensaje. Lo abrí pensando que sería de mi hija, pero me equivoqué, era de Cameron.

Ceno con mi abuelo y voy.

Tranquilo, no tengas prisa.

Sí, pequeña, sí tengo prisa.

No me voy a mover de aquí.

Ni yo de tu lado.

¿Nunca?

Nunca.

Entonces, te espero.

No tardaré.

Voy a cenar algo mientras.

No comas mucho, que luego te llevo el postre.

Ja, ja, ja, tranquilo, que no me empacharé.

Nos vemos ahora, pequeña.

Vale.

Ya te echo de menos, y eso que te acabo de ver.

Yo también a ti.

Añadió muchos emoticonos de besos y corazones y le respondí de la misma manera. A estas alturas, yo sabía que estaba enamorada de Cameron, y que esperaría pacientemente hasta que estuviera preparado para contarme sus fantasmas del pasado.

CAPÍTULO 30



En menos de quince minutos, estaba llamando a mi puerta con sus tres toques característicos. Lo recibí con una sonrisa en mis labios.

Nada más abrir, se abalanzó sobre ellos, me levantó del suelo hasta enroscar mis piernas en su cintura y me llevó directa a la habitación sin despegar su boca de la mía.

Hicimos el amor con prisas, como si no tuviéramos tiempo, nos habíamos echado tanto de menos que nos deseábamos sin remedio.

Se quedó a dormir y me desperté sobre las siete de la mañana. No había descansado demasiado bien imaginándome que Scott pudiera encontrar a Clare y hacerle algo.

Fui al baño y luego me senté de nuevo en la cama para ver si tenía algún mensaje de mi hija en el teléfono.

Ninguno. Se suponía que eso era buena señal. Su última conexión al WhatsApp había sido a la una de la mañana. Dudé en mandarle un mensaje de buenos días, pero podría sospechar que algo me pasaba si le escribía a esas horas.

Cameron debió de oírme, porque empezó a moverse despacio hasta que noté que me abrazaba por detrás.

—¿Estás bien? —susurró soñoliento.

—Sí —respondí girándome levemente para mirarlo.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Ven aquí, túmbate conmigo.

Se apartó dejándome un hueco, pero me coloqué sobre su torso desnudo y me relajé mientras él me acariciaba el pelo con delicadeza.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—No mucho, he tenido alguna pesadilla.

—¿Por qué no duermes un poco más? Iré a ver a mi abuelo por si necesita algo. Es muy madrugador, ¿sabes?

—Vale, me vendrá bien descansar otro ratito.

En un movimiento rápido, Cameron se giró y yo quedé debajo de él. Apoyándose en los codos, me miró con ternura.

—¿Qué estás haciendo conmigo, May? —murmuró.

La confesión en forma de pregunta me cogió por sorpresa, juro que no me esperaba algo así.

—Me estás volviendo loco —continuó.

Inclinó su cabeza y depositó un dulce beso en mis labios.

—Te quiero, pequeña.

Fui a responderle, pero me tapó la boca con más besos, con caricias, con todo su ser, y terminamos haciendo el amor de nuevo, pero esta vez lentamente, disfrutando de cada centímetro de nuestro cuerpo.

Su abuelo le pidió que le llevase a una residencia de ancianos de un pueblo cercano, a ver a un amigo de toda la vida. «El mejor compañero de cartas que he conocido nunca», como Cameron me explicó que solía llamarlo. Así que decidí que sería un buen momento para dar un paseo por la senda del lago y asimilar lo que había pasado la tarde anterior, cuando Scott apareció en mi casa después de tanto tiempo. Había hablado durante el día con Clare, y estaba claro que su padre, de momento, no había intentado ponerse en contacto con ella, lo cual era un gran alivio.

Cuando llevaba como una hora caminando, el móvil comenzó a sonar. Lo saqué del bolsillo del abrigo y vi un número en la pantalla que no pertenecía a ninguno de mis contactos, cosa que me inquietó. Aun así, descolgué.

—¿Dígame?

—Hola, May.

Su voz era totalmente reconocible, de nuevo era él, Scott.

—¡Maldita sea! ¡¿Qué quieres?!
—¡Espera, no me cuelgues!

Parecía que me había leído el pensamiento, porque estuve a punto de hacerlo. Pero esperé en silencio a ver qué quería.

—¿Sigues ahí? —preguntó.

—Dime qué quieres o cuelgo de inmediato —respondí entre nerviosa y cabreada.

—Quiero ver a mi hija.

—Ya te dije ayer que no. Ni se te ocurra buscarla.

—Es tan mía como tuya, lo mires por donde lo mires.

—Pero ¡¿cómo puedes ser tan cabrón?! ¡La abandonaste hace cinco años! Y ahora, de repente, ¿pretendes que le diga que quieres verla y que se tire a tus brazos?

—Venga, May, podemos volver a ser una familia.

—¿Cómo?

Ahora sí que me había descolocado, no solo quería recuperar a su hija..., ¡también a mí! Esto era de locos.

—Lo que has oído. ¿Por qué no hablamos tranquilamente, May? Sigo sintiendo algo por ti, no he podido olvidarte en estos años, es más, nunca he dejado de...

Y colgué cerrando los ojos con fuerza. No estaba dispuesta a escuchar más sandeces. Pero ¿de qué iba? ¿En serio ahora me venía con esas? Ni en mis malditas pesadillas las cosas se desarrollaban así.

Cogí una piedra y la lancé con todas mis fuerzas hacia el lago. El impacto provocó que el agua salpicara en varias direcciones. Estaba tan enfadada que, de haberlo tenido delante, no sé si habría vencido la tentación de abofetearlo.

¿Cómo podía, después de cinco años, aparecer como si nada y encima querer recuperarnos a las dos? Esto era una jodida alucinación. Jamás podría perdonarle que me tratara como me trató, los insultos que me dirigió, su violencia verbal, sus amenazas y su infidelidad. Si metía todo eso en una coctelera, probablemente, explotaría conmigo detrás.

Necesitaba relajarme, así no solucionaría nada. Cogí aire y espiré varias veces con los ojos cerrados, al menos eso me enseñaron en las clases de yoga a las que había acudido hacía un tiempo, para controlar la respiración.

Busqué un lugar donde poder descansar que no estuviera húmedo por el frío que empezaba a hacer ya en esas fechas, y encontré una roca bastante cerca del agua. Me senté en ella y, con la mirada perdida en el horizonte, se me pasó la tarde sin darme cuenta.

CAPÍTULO 31



Cuando me dirigía de regreso a casa, recibí una nueva llamada al móvil. Lo saqué del bolsillo y suspiré. Era Cameron.

—Hola —dije con un hilo de voz.

—Hola, pequeña. —Hizo una pausa—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Dónde estás?

—Acabo de dejar a mi abuelo en su casa y he llamado a tu puerta, pero no estabas.

—Ya... estoy volviendo. He ido a dar un paseo por la senda del lago.

—Tu voz no suena bien, dime, ¿qué ocurre?

Me pasé la mano por la frente sin saber muy bien qué contestar. No era nada fácil asimilar que Scott había aparecido de nuevo en mi vida como un ciclón para arrastrarlo todo con sus palabras. Cuando parecía que las heridas empezaban a cicatrizar, volvía a hurgar en ellas haciéndolas sangrar.

—No estoy bien, Cameron —suspiré con los ojos cerrados.

—Dime dónde estás.

—En el camino del lago.

—Voy para allá. Tranquila, pequeña, ahora hablamos.

Y colgué. Cuando me quise dar cuenta, las lágrimas resbalaban por mis mejillas y me dejé caer abatida en un banco que quedaba a la derecha del camino.

No habían pasado ni cinco minutos cuando vi a Cameron caminar en mi dirección a grandes pasos y con gesto preocupado. Alcé la mirada y, al verme, aceleró su marcha. Al llegar al banco en el que

estaba sentada, tiró de mí para que me pusiera en pie y me abrazó con fuerza. Ese gesto hizo que me derrumbara de nuevo sobre su hombro y lloré sin miedo a que me oyera sollozar.

No sé el tiempo que pasamos así, mi llanto nervioso dio paso a un estado de relajación total, me sentía tan protegida a su lado... Fue un abrazo de esos que te reconfortan, te reparan, te hacen crecer, te unen.

Caminamos cogidos de la mano y en silencio hasta mi piso, solo acompañados por el sonido de nuestras respiraciones.

Entramos en mi casa y fuimos a sentarnos en el sofá tras dejar el abrigo y el bolso colgados en el perchero de la entrada.

—Ha vuelto, ¿verdad? —preguntó Cameron sin titubear.

—Sí... —Mi voz era casi inaudible.

—Joder. —Se revolvió el pelo—. Y ahora, ¿qué coño quiere?

—Ver a Clare y... recuperarme a mí.

Los ojos se le abrieron como platos y negó con la cabeza mientras intentaba decir algo.

—¿Ese tío es gilipollas o qué? ¿Cree que puede venir a buscarte después de cinco años como si nada? —dijo enfadado.

—Cameron. —Intenté calmarlo.

—Es que esto es acojonante —bufó levantándose del sientto.

—Cameron —alcé un poco la voz—. Eso mismo le he dicho yo.

Me levanté y fui hacia él.

—Cameron, lo que menos necesito es que reacciones así. Para mí es algo increíble tener que lidiar de nuevo con una situación que creía superada. Necesito tu apoyo, no tu enfado.

Cameron, con las manos apoyadas en las caderas, cogió aire y lo soltó varias veces. Me miraba, pero yo no era capaz de descifrar lo que quería decirme. Hasta que alzó sus manos para posarlas en mis mejillas y pegar su frente con la mía.

—Tienes razón, pequeña, tienes razón. Lo siento, pero es que me arde la sangre al saber que el tipo que te trató tan mal ha vuelto con la intención de recuperaros.

—No tienes por qué preocuparte, cariño. Estoy contigo, y eso ni él ni nadie lo va a cambiar. Te lo prometo.

Me besó con delicadeza y volvimos a sentarnos. Le conté el contenido de la llamada y, tras mucho hablar, pensamos que quizá era «bueno» que le dijese a Clare que su padre había vuelto y quería verla.

Ahora, con casi quince años, ella podría decidir si quería volver a verlo o no.

La idea no me gustaba nada, pero lo que sí tenía claro, en el caso de que mi hija decidiera volver a verlo, era que yo también estaría delante. No pensaba, ni por un segundo, dejarla a solas con él. Así que, como esa noche vendría a casa a dormir, hablaría con ella, y que fuera lo que tuviera que ser.

Cameron me dijo que hasta que ese *malnacido* —como lo llamó— no volviera a marcharse de nuestras vidas, estaría durmiendo en casa de su abuelo, por lo que pudiera pasar.

CAPÍTULO 32



Esperé a Clare sentada en el salón, con la televisión encendida, pero sin ser capaz de concentrarme en nada. Estaba muy nerviosa por saber cómo reaccionaría ante la tremenda noticia que le iba a dar.

—¡Hola, mamá! —dijo sonriente dejando la mochila en el suelo y acercándose a darme un beso.

—¡Hola, cariño!

—Uy, mamá, no tienes buena cara. ¿Pasa algo?

Suspiré fingiendo una sonrisa.

—Ven, siéntate, tenemos que hablar.

Arrugó el ceño y se sentó a mi lado. Acto seguido, me cogió de la mano.

—Mamá, me estás asustando.

Miré al techo para intentar relajarme y coger todas las fuerzas posibles. Bajé la mirada hasta la suya y al fin hablé.

—Verás..., ayer..., es que...

—Mamá, sin rodeos, por favor.

—Vale, perdona. Sin rodeos. Allá voy. Tu padre ha vuelto.

El gesto se le congeló, incluso podría afirmar que palideció. Por supuesto, no era algo que se esperara. Le apreté la mano para que supiese que estaba con ella.

Transcurrió casi un minuto hasta que dijo algo. Nadie sabe lo que sufrí en esos segundos. ¿Qué estaría pensando? ¿Qué estaría pasando por su cabeza en ese momento?

—¿Y para qué ha venido? —dijo inexpresiva.

—Quiere verte. —Decidí omitir la segunda parte de querer recuperarnos a las dos.

—¿A mí? ¿Ahora?

—Sí.

—Pues que se vaya a la mierda.

Escuchar su respuesta me alivió, me habría sido muy difícil responder a algo como: «Qué bien, ¿cuándo puedo verle?».

—Se portó muy mal con nosotras, mamá, no quiero saber nada de él. —Su tono seguía siendo frío como el hielo.

—Yo no te voy a obligar ni a una cosa ni a la otra. Si quieres verle, lo harás, pero, eso sí, yo estaría presente. Si, por el contrario, no quieres, yo se lo haré saber.

—Ahora entiendo por qué estabas así, mamá —declaró abrazándome con fuerza—. Pero puedes estar tranquila, ahora ya no podrá hacernos más daño. Aquí estamos bien, cuando le digas que no le queremos en nuestras vidas, se irá.

«Ojalá eso sea cierto», pensé para mí. «Ojalá sea tan fácil hacerle desaparecer de nuevo».

—Tenía miedo de tu reacción —dije.

—Estoy muy enfadada con él, ¿sabes? No fue nada justo cómo se portó contigo, con nosotras... Nos dejó marcadas y se marchó. Y ahora, cinco años después, vuelve. No lo entiendo.

—Ni yo, cariño, ni yo.

Nos quedamos las dos relajadas en el sofá más de diez minutos, en silencio, hombro con hombro, hasta que Clare se levantó como un resorte.

—Mamá, llámale y dile que quiero verle.

Creo que se me paró el corazón en ese mismo momento. ¿De veras quería? No entendía nada.

—Pero... yo...

—Mamá, mamá... —Debió de ver mi gesto de pánico, porque se volvió a sentar a mi lado y me cogió de las manos—. Tranquila, no es que haya cambiado de opinión respecto a lo que te he dicho antes. Es que creo que no es justo que, si se va, lo haga de rositas. Quiero verle y decirle a la cara todo lo que siento y lo que me hizo sentir cuando tan solo tenía nueve años. Tiene que saberlo. Y yo tengo que soltarlo. Necesito decírselo para que nosotras no seamos las únicas marcadas.

Debe saber que lo hizo mal y que le guardo mucho rencor por ello, demasiado, y que, por eso, nos ha perdido para siempre.

Esta vez fui yo quien la abrazó con fuerza, sin poder evitar que las lágrimas surgieran espontáneamente. Y las mías no fueron las únicas.

Después, vimos una peli con muchas palomitas y un par de refrescos hasta quedarnos dormidas frente al televisor. No sabía qué hora era cuando abrí los ojos. Me despejé un poco y, como pude, la espabilé lo suficiente para acompañarla hasta la cama.

Hacía mucho tiempo que no la arropaba como hice esa noche, y me di cuenta de que mi niña no era tan pequeña como yo quería pensar. Tenía demasiadas cosas que sacar y me alegraba de que empezara a hacerlo. Si no, quedarían enquistadas para siempre.

CAPÍTULO 33



—No vas a venir, Cameron —respondí asertiva.

—Quiero estar con vosotras.

—Ya te he dicho antes que no hace falta. Te lo agradecemos, pero es una conversación que debemos tener los tres.

—No voy a permitir que os toque un pelo.

—No lo hará.

Le oí suspirar por el teléfono, llevábamos un rato hablando, envueltos en una espiral que no llevaba a ninguna parte. Él insistía en acompañarnos, y yo intentaba hacerle ver de todas las formas posibles que no era necesario, que era un asunto en el que solo debíamos intervenir Clare, Scott y yo. Quizá así cerraríamos de una maldita vez una etapa de nuestra vida que se había quedado atascada.

—Id a un sitio público. No os quedéis a solas con él.

—Vale.

—Muy a mi pesar, prefiero que no me digas dónde vais a encontraros, así evitaré la tentación de presentarme allí y darle su merecido.

—Estate tranquilo.

—Sabes que no puedo.

—Inténtalo, así me ayudarás más.

—De acuerdo, pero no te prometo nada. ¿Nos vemos esta tarde?

—Claro. Hoy es el primer día de instituto de Clare y estaré en casa esperándola a ver qué tal le ha ido.

—¿Tú estás bien, pequeña?

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Entonces me pasaré después, ¿vale? Voy a seguir trabajando.

—Yo también. Hoy tenía pocos pacientes, he terminado pronto.

—¿Quieres que finja que estoy enfermo y me presento allí en urgencias para que me pongas una inyección? —dijo travieso.

Me hizo sonreír. Cameron tenía el poder de sacarme una sonrisa a pesar de sentirme en el centro de un huracán del que no sabía cómo ni cuándo iba a salir.

—Lo peor es que sé que serías capaz —musité.

—Sabes que sí.

—Pues déjalo para otro momento, no creo que esté bien visto que la nueva doctora del pueblo se lo monte en el despacho con un enfermo.

—Si estuviera allí, te acabaría convenciendo. Lo sé —susurró.

—No me lées. —Me sonrojé—. Sigue trabajando y nos vemos esta tarde.

Lo escuché reír al otro lado del teléfono.

—Vale, te echo de menos, pequeña.

—Y yo.

Y colgué con una sonrisa en los labios.

Habíamos quedado con Scott el jueves a las cinco, y pensé que lo mejor sería no darle demasiadas comodidades y confianzas, por ejemplo, no quedando en un bar como una familia feliz.

Así que, tras hablarlo con mi hija, decidimos que vernos junto a nuestro portal sería lo suficientemente incómodo como para que no permaneciera ahí mucho tiempo.

Ni siquiera lo llamé para decirle que su hija quería verle. Solo escuchar su voz me hacía evocar situaciones pasadas que me revolvían el estómago y los recuerdos. Así que opté por lo más fácil, enviarle un mensaje con el lugar y la hora de la cita. Recalqué que yo también estaría, porque me negaba a dejarlo solo con nuestra hija.

Contestó a las dos horas con un escueto «vale». Teniendo en cuenta lo que tardó en decirnos algo y la *amplitud* de su respuesta, no es que mostrara demasiado entusiasmo, lo cual, egoístamente, agradecí.

No le conté nada a Cameron. Me cercioré de que él pasaría el día fuera haciendo trámites de su trabajo y que no llegaría a casa de su abuelo hasta la hora de la cena.

A las cinco menos diez, Clare daba vueltas por la sala de estar como un león enjaulado.

—Tranquila, mi niña, todo va a salir bien. —Intenté calmarla.

Lo que ella no sabía era que yo estaba igual o peor, pero debía simular una calma que no sentía para que ella no estuviera tan agobiada. Qué ganas tenía de que pasara todo esto...

—Vamos, mamá, no aguanto más aquí —dijo Clare a menos cinco.

Bajó la escalera con rapidez, como si se deslizara. Yo la seguí un poco más despacio, hasta que, en el último tramo, la vi frenar su carrera. Era evidente que él ya estaba allí.

Pasé por delante de ella y salí a la calle. Scott esperaba apoyado en la pared de enfrente fumándose un cigarrillo. No tenía buen aspecto, no iba bien aseado y llevaba unos días sin afeitarse.

Se acercó a mí y, cuando iba a darme dos besos, alcé la mano para impedirselo.

—Aquí no estamos para demostraciones de nada, ¿vale? Si nuestra hija ha venido, es porque le pregunté si quería verte y dijo que sí. —Insinuó una sonrisa de suficiencia mientras exhalaba el humo hacia un lado—. No vamos a estar más de diez minutos, así que no pienses que esto es un paso hacia una reconciliación, más bien, todo lo contrario. Es un paso para que de una vez por todas desaparezcas de nuestras vidas. ¿Te ha quedado claro? —dije sin dejar de sostenerle la mirada.

—Como el agua —respondió con soberbia.

Mientras yo hablaba, Clare se mantuvo detrás de mí. Cuando terminé, se situó a mi lado.

—Hija... —Scott avanzó hacia ella con los brazos abiertos.

—Ni te muevas, y mucho menos intentes tocarme —dijo Clare en tono gélido y sin inmutarse.

Scott no lo esperaba. Su gesto se contrajo y se detuvo a medio camino.

—Cariño... —insistió—. Acércate y hablemos.

—Si he accedido a este encuentro, es única y exclusivamente porque quiero decirte que sigas al margen de nuestras vidas. Fuiste

malvado con mamá por muchos motivos, y lo fuiste conmigo al abandonarme hace cinco años. No quiero volver a verte nunca más.

—Pero...

—Déjame terminar. No sé qué quieres conseguir ni lo que pretendes buscando mi cercanía, pero, desde este mismo instante, te digo que no tienes nada que hacer. Puedes irte por donde has venido.

—Tu madre quiere ponerte en mi contra, ¿no te das cuenta? —dijo sin dejar de lado la soberbia.

—Mi madre no me abandonó como tú. Ha estado a mi lado desde que nací hasta hoy. Ni se te ocurra decir nada malo de ella.

—Bueno, creo que ya es suficiente —intervine—. Clare, cariño, sube a casa, ahora voy yo.

—Pero, mamá...

—Por favor. —La miré pidiéndole que lo hiciera.

—¿Estarás bien? —susurró en mi oído.

—Sí, necesito terminar con esto de una vez por todas.

Y me dio un beso en la mejilla antes de perderse en el interior del portal.

CAPÍTULO 34



Scott y yo nos quedamos a solas frente al portal de casa. De momento, las cosas estaban saliendo bien. Clare había sido categórica, me había sorprendido su contundencia..., estaba claro que esto lo llevaba dentro y necesitaba que saliera.

Ahora, solo faltaba rematar la faena y dar carpetazo a esta historia que aún coleaba sin yo saberlo.

—Lo has conseguido, ¿eh? —dijo con chulería.

—¿Qué he conseguido? —pregunté rotunda.

—Indisponerla contra mí y que diga todas esas sandeces que ni sabe lo que significan.

—Vete a la mierda, Scott. Clare lo pasó muy mal, pero tú estabas tan concentrado en insultarme y meterte entre las piernas de otras que no te dabas cuenta.

—¡A mí no me hables así! ¡¿Me oyes?! ¿Quién te crees que eres para dirigirte a mí de esa manera?

Se acercó un poco más, pero no me retiré ni un centímetro, ya no. Ya no iba a tenerle miedo, ahora estábamos en igualdad de condiciones, porque mi temor se había ido por el mismo sitio que el amor que sentí por él.

—La verdad duele, ¿eh? ¿Pues sabes qué te digo? Que te aguantes, que asumas que has perdido a nuestra hija.

Negó con la cabeza con una sonrisa sarcástica.

—Es una pena, porque, cuando follábamos, bien que decías mi nombre.

El cuerpo se me revolvió, eso no me lo esperaba.

—Eres un hijo de...

En ese momento, alguien se interpuso entre Scott y yo, y no pude terminar la frase.

—Vete de aquí inmediatamente o llamaré a la policía.

Cameron apareció de la nada para poner fin a una conversación que estaba entrando en derroteros muy complicados.

—Y si no, ¿qué? —se envalentonó Scott.

—Si no, serás tú quien grite mi nombre para que pare de darte hostias y no te mate aquí mismo.

Scott se quedó inmóvil, no respondió a la amenaza. Yo me mantenía al lado de Cameron esperando a que mi ex, por su bien, le hiciera caso y se largara.

—De acuerdo, me voy, pero que sepas que...

—Cuidado con lo que vas a decir —advirtió Cameron.

—¡Bah! Da igual. —Encendió otro cigarrillo y comenzó a caminar en dirección contraria a nosotros.

Al verlo marcharse, no pude evitar gritarle:

—¡Scott!

Se dio la vuelta y me sostuvo la mirada serio.

—No vuelvas a aparecer por aquí, porque si regresas y vuelves a hacernos daño, te denunciaré. Esta vez sí que lo haré.

Jamás me había sentido tan segura al pronunciar esas palabras. En el pasado, temía denunciarlo por posibles represalias, pero me había empoderado y ya no le tenía miedo. Le veía de otra manera, era evidente que no había cambiado, seguía siendo un monstruo, pero uno al que podía enfrentarme.

Dibujó una sonrisa torcida, se dio la vuelta y se marchó.

Cameron observaba tenso cómo Scott desaparecía entre las calles. Cuando lo perdimos de vista, se giró hacia mí y, poniéndome las manos en las mejillas, dijo con voz calmada:

—¿Estás bien, pequeña?

—Abrazame, por favor.

Y me hundí entre sus brazos dejando salir toda la tensión contenida.

—Ya está, tranquila. Ya se ha ido.

Puse las manos en su pecho para separarme de él, pero sin dejar de tener contacto con su cuerpo.

—¿Dónde está Clare? —preguntó.

—Arriba. Acababa de irse cuando has aparecido.

—Yo... —Se tocó la frente nervioso—. Siento mi reacción. Escuché lo que te decía y...

—Cameron, tranquilo. No pasa nada.

—Te juro que he tenido ganas de lanzarme sobre él cuando le he oído decirte eso.

—Lo sé. —Emití una sonrisa triste—. Yo también.

—Lo siento.

—No tengo que perdonarte nada. No has hecho nada malo.

Suspiró y se quedó mirándome en silencio.

—¿Por qué me miras así? —Medio sonreí.

—Te amo, May.

Era la primera vez que nos decíamos estas palabras, ambos habíamos sido muy cuidadosos de no precipitarnos para no romper el encanto de lo que estábamos viviendo.

Lo dijo con gesto algo desconcertado, como confundido, con el ceño fruncido.

—Te quiero —repitió.

—Yo también te quiero, Cameron.

Y nos envolvimos en un beso que dejó claro que lo que ambos sentíamos era real.

CAPÍTULO 35



Nos despedimos en la puerta de casa, Clare y yo teníamos una conversación pendiente sobre lo que acababa de ocurrir abajo, y nos la debíamos a solas.

Cameron me contó que al final acabó pronto los trámites, y que vino porque su abuelo le dijo que necesitaba un par de cosas. Cuando llegó, se dio de bruces con la escena.

La charla con mi hija se prolongó hasta la noche. Afirmó que se sentía liberada al haberle dicho por fin a Scott todo lo que tenía guardado. Que, en el fondo, hasta se alegraba de que hubiese venido a buscarnos. Entonces le confesé que su padre quería recuperarme, y lo primero que dijo fue:

—Mamá, nadie de su calaña se merece que estés con él.

—Gracias, cariño.

Hablamos de Cameron y también de cómo iban las cosas. Me confió que le gustaba un poco un chico del pueblo, el que vimos en la fiesta, Brian. Por lo visto, no me había equivocado. Se habían mirado de una forma muy especial, lo que en aquel momento me hizo enfadar muchísimo.

Pero ahora sí que tenía que ser consciente —sobre todo, después de lo madura que se había mostrado ante la incómoda situación con su padre— de que era toda una adolescente, y aceptar que el tiempo pasa para todos. No solo para mí.

Por suerte, los días transcurrieron con rapidez y en seguida nos plantamos en el fin de semana. Clare me dijo que el chico que le

gustaba la había invitado a una fiesta que daba en su casa, y que si la dejaba volver tarde.

Esperó a que Cameron llegase para preguntármelo, porque sabía de sobra que era su aliado y que la ayudaría a convencerme. Habían congeniado muy bien desde el principio, y cierto era que Cameron me hacía ver las cosas desde otra perspectiva, empujándome a salir del cascarón de madre protectora y posesiva que se niega a romper el cordón umbilical con su hija.

—Mami, *porfa, porfa, porfa* —rogaba entre pucheros exagerados.

—No te vas a quedar hasta que acabe la fiesta, cariño.

—Vale, pero ¿hasta las dos?

—Las doce.

—¡Mis amigas se quedan hasta la una!

—Sus amigas se quedan hasta la una... —susurró Cameron en mi oído.

—¿Y si tus amigas se tiran por un puente, tú también?

¡Demonios! Me había salido la misma frase de madre que siempre odiaba en la mía y que, de adolescente, me prometí no decir nunca a mis hijos.

Cameron ahogó una risa mirando hacia otro lado.

—Además, luego, la madre de Amber me traerá a casa. Mamá, por favor...

Suspiré, miré a Cameron, que seguía con una expresión divertida, y luego a Clare, con sus manos unidas en gesto de súplica. Estaba perdida, mirara donde mirara, me tenían ganada.

—Bueno, está bien, pero hablaremos a lo largo de la noche. Ten el móvil con sonido, vibración y neones, si hace falta, para cuando te llame. Y, por supuesto, cargado de batería a tope.

—¡Sí! ¡Gracias, *mamiii!* —Y se abalanzó sobre mí besuqueándome sin parar—. ¡Voy a prepararme!

Luego salió disparada, literalmente, hacia su habitación. Cuando cerró la puerta de esta, giré la cara. Cameron me observaba sin dejar de sonreír y con esa mirada que me derretía día tras día.

—¿Se puede saber qué miras? —dije fingiendo estar molesta.

—A ti. ¿No puedo?

—No. Ahora no. Tengo un dilema moral.

—Ven aquí, pequeña. —Me agarró para recostarme en su pecho—. Lo estás haciendo muy bien. Es normal que te preocupe su primera fiesta, pero intenta recordar cuando tú tenías su edad.

—No quiero que le pase nada.

—No le va a pasar. Van a casa de los Taylor, aquí nos conocemos todos, y Brian es un buen chico. Además, si tanto te preocupa, me puedo disfrazar de adolescente y meterme en la fiesta a cotillear. —Me guiñó un ojo.

Me reí ante su comentario y me senté para quedar frente a él.

—Gracias —dije.

—¿Por qué?

—Por hacerme esto más fácil.

—Eres tú la que lo estás haciendo sencillo.

—Creo que Clare tiene mucho que ver en eso, y tú también —alegué.

—Es muy buena chica —dijo colocándome un mechón detrás de la oreja—, como su madre —declaró en un tono que me encogió el estómago.

Había algo en sus palabras que no lograba descifrar, también me ocurrió lo mismo la primera vez que me dijo que me amaba. No conseguí ver a través de sus ojos. Había algo que lo atormentaba, y yo empezaba a pensar que tenía relación con aquello que no estaba preparado para contarme.

CAPÍTULO 36



Después de que Clare se marchara al cumpleaños de Brian, Cameron y yo nos quedamos en mi casa viendo una peli, pero, antes de que terminara, sentí cómo mi novio empezaba a acariciarme el cuello con el dedo pulgar, comenzando a darme pequeños mordisquitos en él.

—¿Qué haces? —Sonreí.

—No sé..., ¿tú qué crees?

—Mmm..., ¿ver la película?

—Digamos que ahora mismo estoy en otra película —susurró en mi oído—. Aún le queda un rato a Clare para volver, y lo mismo podríamos aprovechar el tiempo...

—¿Se te ocurre algo?

—¿Qué tal la encimera de la cocina? —dijo mientras se levantaba. Acto seguido, me alzó y sujetó mis piernas alrededor de su cintura.

—¿Quieres satisfacer alguna fantasía sexual o qué?

—Puede... —ronroneó.

—Sabes lo que dicen, ¿no? —Lo besé fugazmente—. Que si las fantasías sexuales se cumplen, los resultados siempre son mucho menores de lo esperado.

—¿Lo dices por experiencia propia? —bromeó sentándome sobre la encimera.

—Leo muchas revistas.

Empezamos a besarnos con pasión y a desnudarnos rápidamente hasta que el sonido de mi móvil nos interrumpió. Me separé de sus labios y traté de localizar mi teléfono con la mirada.

—Déjalo... —murmuró pegando su boca a la mía con fiereza.

—¿Y si es Clare? —jadeé.

—Seguro que está bien.

El teléfono dejó de sonar, pero, a los pocos segundos, volvió a hacerlo de nuevo.

—Tengo que cogerlo —le dije a Cameron. Me bajé de la encimera de la cocina y me cubrí con una camiseta. Una vez en el salón, encontré el móvil sobre la mesa de centro, no dejaba de vibrar. Cuando vi quién llamaba, tragué saliva.

—¿Clare? ¿Todo bien? —pregunté a bocajarro.

—Hola, señora Anderson, no soy Clare, soy su amiga Amber.

—¿Amber? Pero ¿por qué tienes su teléfono? ¿Dónde está ella? ¿Se encuentra bien?

Noté que Cameron se acercaba a mí solo con los vaqueros puestos y el torso al aire. Me miraba preocupado, esperando a que le contara qué pasaba.

—Tranquila, señora Anderson, Clare esta aquí a mi lado, pero no se puede poner y por eso la llamo yo.

—¿Y por qué no se puede poner? ¿Qué le ocurre?

—Es que... creo que ha bebido demasiado, y pensé que sería buena idea que viniera a buscarla.

Creo que dejé de respirar.

—¿Está borracha? —alcé la voz—. Pero ¿cómo...? ¿Por qué...?

Cameron movió las manos para pedirme que me calmara.

—Amber, muchas gracias, voy para allá ahora mismo.

Colgué y me vestí a toda prisa mientras Cameron hacía lo mismo.

—¡Si es que no debí dejarla ir! ¡Te lo he dicho antes!

—Por Dios, May, ¡tiene casi quince años! ¿Qué esperabas? ¿Que en la primera fiesta a la que va y, además, en casa del chico que le gusta, no iba a probar el alcohol?

—¡Es que no tenía que haber alcohol! —Me giré indignada hacia él.

—Cariño, probablemente haya tomado un chupito y, al no haberlo probado en su vida, le haya sentado mal. Clare es responsable.

—Ya lo veo —respondí abriendo la puerta para irnos.

La recogimos en el porche de los Taylor. Estaba sentada en un balancín, entre Brian y Amber.

El camino de vuelta fue presidido por una calma tensa. Cuando llegamos a casa, Clare se metió en la cama sin decir nada.

Me despedí de Cameron en la puerta, todavía muy alterada sabiendo que mi hija estaba durmiendo, a pocos metros de mí, su primera borrachera.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Cameron.

—No... —Esquivé sus ojos.

—No lo parece.

—Es que...

—Cariño, antes de que digas nada, lo siento si crees que debería haberte animado a prohibirle ir a la fiesta. Pero pienso que, si no era en esta, bebería en la siguiente. Sé que es joven para beber alcohol, muy joven, la verdad, pero intenta no ser muy dura con ella, ¿vale?

Sus palabras me relajaron un poco, era cierto que la culpa no la tenía Cameron, pero me sentía tan impotente ante lo que había ocurrido que no podía fingir una sonrisa que no saldría por sí misma.

—Vale —respondí.

—Ven aquí, anda —me pidió al tiempo que me agarraba de las caderas y me acercaba a él.

—La crianza no es nada fácil —murmuré.

—Lo sé, no debe de serlo. Pero solo quiero ayudarte.

—Lo haces. De verdad. Y te lo agradezco, pero a veces tendrás que soportar mis enfados por situaciones como esta. —Sonreí con esfuerzo.

—Eso está hecho. —Cameron posó sus labios sobre los míos, sellando así la paz.

—¿Nos vemos mañana?

—¿Lo dudabas?

—Hasta mañana, pequeño.

—Buenas noches, pequeña.

Y tras otro beso y un cálido abrazo, nos despedimos.

Decidí no hablar con Clare hasta el día siguiente, pero no por falta de ganas, sino porque por la mañana sería más consciente de todo lo que necesitaba decirle.

CAPÍTULO 37



El domingo me levanté temprano para hacer limpieza en casa. Los días laborables hacía lo que podía, pero los fines de semana tenía que dedicar algo de tiempo a dar una buena pasada al piso.

Dejé que Clare durmiera lo que necesitara. Ya hablaríamos tranquilamente cuando estuviese bien despierta y descansada.

Cameron me envió un mensaje de buenos días y me dijo que se iba a caminar un rato con su abuelo, que se pasaría por casa cuando volviera. Lo hizo sobre las once, estuvo un rato y charlamos mientras nos tomábamos un café en la cocina.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó.

—Bien.

—¿Seguro? Mira que te conozco un poco y sé que, cuando algo te preocupa, das muchas vueltas, a la cabeza y en la cama.

Suspiré y miré hacia otro lado. A veces, me reprocho a mí misma ser tan transparente.

—¿Lo ves? —Sonrió.

—A ver..., no he descansado todo lo que hubiera querido, pero me he levantado bien, de verdad.

Cameron se puso en pie y colocó su silla justo al lado de la mía. Después, se sentó y me dio un beso suave en los labios.

—¿Sabes ya qué vas a decirle a Clare? ¿Has decidido cuál será su condena? —Se burló.

—¡No bromees! —Correspondí a su sonrisa a la vez que le daba un ligero golpe en el brazo.

Se me quedó mirando con una mueca divertida y yo hice lo mismo. Nos sostuvimos la mirada sin hablar durante unos segundos, diciéndonos mucho sin palabras de por medio...

—Eres tan bonita... —Acarició mi barbilla con el dedo pulgar.

Continué sin decir nada, disfrutaba de ese momento, de esa mirada, de esa caricia.

—Buenos días. —Escuchamos a nuestras espaldas.

Cameron se apartó como si mi proximidad quemara y reprimí una sonrisa que no le pasó desapercibida. Me guiñó un ojo y, tras un casto beso en la mejilla, se despidió de nosotras con la excusa de que tenía que hacer cosas con su abuelo.

Agradecí su tacto para dejarnos solas en nuestra primera conversación sobre lo que ocurre cuando bebes.

Invité a Clare a sentarse mientras le hacía algo para desayunar. Ella asintió expectante.

—¿Cómo te encuentras? —dije colocando el pan en el tostador.

—Me duele un poco la cabeza, pero bien.

—Es normal. —Me limité a responder.

Nos mantuvimos en silencio hasta que terminé de prepararle el desayuno. Una vez que se lo llevé a la mesa, me senté frente a ella.

—Mamá, por favor, habla o moriré a la espera de tu reprimenda.

Curvé los labios. Sabía que estaba arrepentida, y no podía crucificarla por lo ocurrido. En dos semanas tendría quince años y, después de pensarlo mucho —pero mucho mucho—, creí que lo mejor que podría hacer era abordar el tema con serenidad en lugar de enviarla a su habitación castigada a todo de por vida, opción que barajé después de recibir la llamada de su amiga Amber.

—Clare, ¿qué pasó anoche? Prefiero que me lo cuentes antes de sacar mis propias conclusiones.

—Fueron dos cervezas, mamá, te lo prometo. Solo dos. Pero te juro que si hubiese sabido que me iba a marear tanto y a encontrarme tan mal, lo habría pensado dos veces.

Continué mirándola en silencio, esperando a que prosiguiera su explicación.

—Y antes de que digas nada, que sé que lo estás pensando..., nadie me obligó a hacerlo, fui yo solita la que se metió en este lío. Te prometo que no sabía que iba a haber alcohol en la fiesta, pero, cuando

llegamos, nos pusimos a bailar y..., bueno..., Amber y yo decidimos tomarnos una cerveza entre las dos. El final... ya lo sabes.

Me mordí el labio. No se me ocurría qué decir, no quería ser dura, porque todos hemos tenido una primera vez con el alcohol, y mi intención era mostrarme empática, pero también asertiva.

—Clare... —Me toqué la nuca—. Esto no es fácil para mí, y quiero que sepas que cuando anoche recibí la llamada de Amber, casi me da algo. Te imaginaba tirada en una cama, etílica y a saber qué cosas más. —Omití decir *forzada a otro tipo de cosas*—. Reconozco que cuando llegué y te vi sentada, erguida, consciente y, sobre todo, físicamente bien, me relajé un poco.

Me miraba con arrepentimiento en sus ojos, la conocía y sabía que si ella hubiera sospechado que le iba a sentar tan mal, no habría bebido en absoluto.

—Cariño, todos hemos tenido una primera borrachera, no te voy a regañar ni a castigar, solo quiero que seas sensata y evalúes por ti misma lo que te puede ocurrir si algo se te va de las manos. Y no me refiero solo a marearte o vomitar... No sé si me explico...

—Lo entiendo. Pero Amber y Brian no se separaron de mí en ningún momento.

—Lo sé, y no te imaginas cuánto se lo agradezco, pero, en otra ocasión, puede que ellos no estén para acompañarte hasta que yo llegue. ¿Me entiendes ahora?

—Sí.

—Ayer me enfadé muchísimo, y ahora sigo estándolo, aunque no tanto. Tampoco quiero que pienses que no le doy mucha importancia, porque la tiene. Espero que no haya una próxima vez.

—No la habrá.

Claro que la habría, y no solo una, estaba segura, pero tenía que decírselo. Una madre hace eso, ¿no?

—Bueno, y... ¿qué tal con Brian?

Se le abrieron los ojos como platos, esa pregunta no se la esperaba.

—¿Con Brian? ¿Eeh? Pues... bien..., como con Amber... Bien..., todo bien.

No pude evitar reírme ante su reacción, creo que yo tuve la misma cuando me preguntó por Cameron.

—¡Mamá, no te rías! —Me tiró una servilleta que cacé al vuelo.

—¡Perdona, perdona! Es que me recuerdas a mí hace unos meses.

Me contó que, efectivamente, Brian le gustaba, iba un curso más adelantado que ella y estaba repitiendo, cosa que no me gustó. Al ver mi cara, cambió de tema y me empezó a hablar de que tenía una casa muy bonita, bastante grande y con un amplio jardín.

—¿Vas a salir hoy a alguna parte? —me preguntó.

—En principio, no, ¿y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú —repetí.

—Pensaba que no me dejarías salir hasta dentro de muchos años.

—¿Tan mala soy? —Me reí.

—No, pero... para una vez que bebo, lo he hecho a lo grande. —
Miró al suelo.

—Bueno, si hoy quieres ir a dar una vuelta, hazlo, pero a las siete en casa, que mañana hay clase y ya anochece muy pronto.

—¿Sí? ¿Puedo? ¿En serio?

—Sí.

Y se levantó como un resorte para darme un fuerte abrazo y un sonoro beso. Después, corrió en busca de su móvil para quedar con sus amigas por la tarde.

CAPÍTULO 38



Clare llevaba un par de semanas de instituto y, aunque me decía que lo llevaba bien, yo no terminaba de verla contenta. Algo le ocurría, y no sé por qué me daba que tenía que ver con mal de amores.

Aquel viernes me dijo que iría a casa de Amber a estudiar, que había algunas cosas que no entendía de matemáticas y que pasaría allí la tarde. No le di demasiada importancia, ya que estaba a principio de curso y me parecía bien que resolviera sus dudas con sus compañeros.

No habíamos vuelto a saber nada de Scott desde aquel día en que Cameron intervino y Clare le dejó las cosas claras. Pero aún me sentía bastante inquieta porque tenía la sensación de que en cualquier momento volvería a aparecer para intentarlo de nuevo. Si una cosa tenía clara sobre Scott, era que hasta que no conseguía las cosas, no se rendía.

Esa mañana, Cameron me llamó al trabajo y me preguntó que por qué no nos íbamos con la moto a la zona donde vivía para dar un paseo. Siempre nos veíamos en mi casa, y comentó que le apetecía que tomáramos algo por allí.

En el tiempo que llevábamos juntos, no habíamos estado en su apartamento más de diez minutos seguidos, solo habíamos pasado a por algo que se le había olvidado y, la mayoría de las veces, yo me quedaba esperándolo fuera. Así que el plan me parecía perfecto.

Se lo dije a Clare y prometió llamarme en cuanto llegara a casa.

Quedamos junto al portal a las seis de la tarde. A menos diez, bajé y lo vi aparecer en su moto justo en ese momento. Aparcó frente a mí, se quitó el casco y me dedicó una sonrisa de película.

—¿Nos vamos?

Me acerqué y lo besé en los labios.

—Nos vamos.

Zigzagueamos por las curvas de la carretera, sintiendo el aire fresco en mis manos, que se agarraban con firmeza a su cintura. Sonreí al recordar la primera vez que subí en la moto, tenía tanto miedo..., pero pudieron más las ganas de estar con él que el temor.

Poco menos de veinte minutos después, estábamos frente a su casa. Era pleno mes de octubre y hacía frío, el vaho salía de nuestros labios como si fuese el humo de un cigarrillo.

Nos bajamos de la moto y Cameron abrió la puerta para dejarme pasar primero.

—Entra, cariño, debes de estar helada.

Un placentero olor a leña inundó mis fosas nasales nada más adentrarme en el salón. Estaba oscuro, pero el fuego de la chimenea teñía de colores cálidos la estancia. Su crepitar daba a la habitación una magia especial.

—Qué calentito se está aquí... —Me abracé a mí misma.

Cameron me rodeó con sus brazos por detrás y posó sus labios en mi cuello.

—Encendí la chimenea antes de salir para caldear la sala y darle un toque más romántico. —Intuí una sonrisa en su boca.

—Pues lo has conseguido.

Me soltó la cintura para cogerme de la mano y conducirme hasta el sofá que quedaba frente al fuego.

—¿Qué te gustaría tomar? —preguntó añadiendo otro leño a la lumbre.

—Lo que tengas estará bien.

—¿Te preparo un chocolate caliente?

—Mmm, me encantaría.

—Pues eso está hecho. —Se levantó, me besó en los labios y se dirigió a la cocina.

—¿Quieres que te ayude?

—No, tranquila. Quédate aquí sentada, no tardo.

Y eso hice, me quité las zapatillas y me acomodé en el mullido sofá de cuero marrón para mirar el fuego. El vaivén de sus llamas me parecía hipnotizador, podría contemplarlo sin cansarme durante

horas. En uno de los reposabrazos, vi una pequeña manta de cuadros rojos y tostados y no dudé en cogerla para taparme las piernas. Estaba tan a gusto...

—¿Qué tal la preparación del cumpleaños de Clare? —escuché que me preguntaba desde la cocina.

—¡Uf! No me hables. Está tan nerviosa que no sabe ni lo que quiere.

—¿Ni dónde lo va a celebrar?

—No, duda entre dos sitios, así que dejaré que lo decida ella y que me cuente. Aunque su cumpleaños es el lunes, lo hará el viernes, todavía tiene tiempo para pensárselo.

Oí pasos y Cameron apareció ante mí sujetando una bandeja con dos tazas blancas y un plato con galletitas. El aroma a chocolate me embriagó.

—Mmm..., qué bien huele.

Me lanzó una sonrisa de satisfacción y puso la bandeja en la mesa baja que quedaba frente a mí.

—Veo que te has puesto cómoda —dijo al sentarse poniendo la mano sobre mi rodilla.

—Sí, me he tomado confianzas.

—Puedes tomarte las que quieras, pequeña. —Y volvió a regalarme uno de sus mágicos besos.

Tomamos el chocolate mientras charlábamos. Me dijo que notaba especialmente rara a Clare esos días, y me aconsejó que hablara con ella, así saldría de dudas. Pero yo prefería esperar a que ella decidiera contármelo por sí misma.

—Yo creo que es un tema de chicos, pero no quiero atosigarla, le daré un tiempo prudencial. Si no viene en mi busca, entonces seré yo quien lo plantee.

Disfrutamos de la bebida, y después, entre besos y caricias, terminamos haciendo el amor en la cama de su habitación.

No me fijé mucho en los detalles del cuarto, porque entré en volandas mientras me regalaba besos por el cuello y el escote, pero lo poco que pude ver me gustó.

La casa estaba decorada de manera rústica, con vigas de madera en el techo y muebles de pino. Los tonos tierra presidían el hogar.

Estábamos tumbados, desnudos y relajados después de hacer el amor. Cameron me acariciaba el pelo haciendo pequeños tirabuzones imaginarios con su dedo. Yo deslicé mi mano por su pecho con suavidad.

—¿Por qué no vienes el lunes a cenar a casa? —le pregunté—. Es el cumpleaños de Clare, y así soplamos las velas con ella.

—¿Crees que a ella le apetecerá?

—¡Claro! Aunque puedo preguntárselo si quieres.

—A ver, nos llevamos bien, pero lo mismo quiere estar a solas con su madre.

—No lo creo, pero de todas formas se lo consultaré, ¿te parece?

—Sí.

—Oye..., otra cosa...

—Dime —respondió soltándome el pelo para pasar a acariciarme el hombro.

—Te va a parecer una chorrada...

—Así, mal empiezas. —Sonrió.

—Es que... estaba pensando... ¿Sigue sin importarte la diferencia de edad?

Se removió en la cama hasta quedar frente a mí apoyado sobre el codo.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —preguntó frunciendo el ceño.

—La cuestión es que...

—Espera. —Tapó mis labios con su dedo—. ¿Por qué me preguntas esto? ¿En algún momento te he hecho dudar?

—No, pero... tienes veintiocho años, yo, treinta y dos..., y solo hay que mirarte para saber que podrías estar con cualquier chica... más joven.

—¿Te van a entrar las inseguridades ahora, pequeña? —susurró.

—No..., o sí... Da igual, déjalo.

Y me dejé caer boca arriba cubriéndome la cara con las manos.

—No, no lo voy a dejar —afirmó colocándose sobre mí—. Mírame, May, por favor.

Retiré las manos. Él se apoyo en sus antebrazos y me dirigió una mirada lobuna.

—¿Crees que si no me gustaras estaría contigo? ¿Crees que si no me atraieras me pasaría las veinticuatro horas del día deseando

hacerte el amor? May, no pienses en eso, por favor. Me da exactamente igual la edad que tengas. Además —añadió con una sonrisa—, lo dices de una forma que parece que nos llevemos veinte años.

—Perdóname, si es que...

—Si es que nada. Me encanta que me cuentes lo que pasa por esa cabecita tuya.

Volvió a besarme. A mí también me encantó saber que tenía ganas de repetir la escena que habíamos practicado antes. Y yo me dejé llevar y me dejé querer...

CAPÍTULO 39



Nos quedamos un rato más en la cama y acabamos durmiéndonos. Un mensaje en mi móvil me sobresaltó y me desperté un poco desorientada. Alcancé el teléfono intentando hacer el menor ruido posible y vi que se trataba de Clare. Me decía que ya estaba en casa, eran las siete menos diez, por lo visto, no quería empeorar las cosas y había decidido llegar antes del toque de queda.

Cameron seguía durmiendo. Me levanté, cogí mi ropa y me dirigí al baño. Estaba decorado en tonos marrones, con el mismo estilo rústico del resto de la casa. La madera le daba un recogimiento especial que te envolvía con solo mirarla.

Tenía el baño perfectamente ordenado y limpio, cosa que me esperaba, Cameron era muy organizado. Sobre el lavabo había un espejo con un pequeño cajón debajo, me miré en él y sonreí, las cosas en casa iban bien, la relación con Cameron también, el trabajo me hacía sentir realizada... ¿Qué más podía pedir?

Me lavé las manos y la cara y me vestí. Eché un último vistazo al baño antes de salir y, sin saber por qué, me sentí tentada de abrir el cajoncito que quedaba bajo el espejo. Sentí curiosidad por saber más de Cameron.

Y eso hice, lo abrí y encontré una cuchilla de afeitar, unas pinzas, algunas cremas, pañuelos de papel..., todo perfectamente dispuesto... También había una cajita. Estaba en una esquina del cajón, era cuadrada y de plástico, sin ninguna marca o señal. ¿Y ahora qué hacía yo? ¿La abría? Estaba metiendo demasiado las narices donde nadie me

llamaba, pero el hecho de ver una caja cerrada siempre empuja a querer abrirla.

Dudé unos segundos entre averiguar lo que contenía —si es que era el caso—, o dejar de ser tan curiosa. Y, tras meditarlo, pudo más la primera opción. Entorné la puerta del baño para asegurarme de que Cameron seguía dormido, y así era, descansaba a pierna suelta. Cerré de nuevo y me acerqué hasta el cajón, algo inquieta, la verdad. Cogí la cajita con dos dedos y la posé sobre la palma de mi mano. Algo se movió en su interior.

Presioné un poco con los dedos para abrirla y dentro vi una alianza de oro. Me quedé paralizada. El corazón comenzó a bombearme a mil por hora. ¿Y ese anillo? Lo cogí temblorosa y se me heló la sangre cuando distinguí un nombre grabado, un nombre que no era nuevo para mí: Helena. Y, a continuación, una fecha que databa de hacía dos años.

La respiración se me aceleró por momentos... ¡¿Quién era Helena?! ¿Cameron estaba casado? ¿Qué demonios estaba pasando? Guardé con prisas y torpeza la alianza en la caja, la dejé en el mismo lugar y, nada más cerrar el cajón, sonaron dos toques en la puerta.

—Pequeña, ¿estás ahí?

Respiré hondo mientras las primeras lágrimas empezaban a resbalar por mi rostro.

—¿May? ¿Estás bien?

Abrí la puerta despacio, con los nervios totalmente descontrolados. Cuando Cameron me vio, el gesto se le transformó.

—Eh, cariño, ¿qué te ocurre?

Intentó poner las manos sobre mis hombros, pero las retiré sin dudarle, acción que aún le hizo entender menos lo que ocurría.

—¿Quién diablos es Helena? —pregunté con un hilo de voz.

—May...

—¡¿Que quién es Helena?! —grité—. ¡¿Y por qué hay una alianza con su nombre grabado en el cajón de tu baño?!

Palideció. Su pecho empezó a moverse más rápido, estaba claro que lo había pillado desprevenido. Se tapó la cara con las dos manos y miró al techo.

A los pocos segundos, las retiró y me miró con el ceño fruncido y negando con la cabeza.

—May..., yo...

—¿Estás casado? ¡Dime! ¡¿Estás casado?!

Cogió aire y lo exhaló con fuerza, mordiéndose el labio, visiblemente nervioso.

—No es fácil... —acertó a decir tocándose la nuca.

—¡¿Que si estás casado?! ¡Es una pregunta con una respuesta muy fácil! ¡¿Sí o no?!

Le sostuve la mirada y estaba segura de que desprendía ira, rabia, desesperación...

Tragó saliva, se frotó las manos y respondió.

—Sí.

El mundo se paró a mi alrededor, el tiempo dejó de correr y hasta llegué a escuchar mi corazón crujir. Me desinflé. El cuerpo empezó a pesarme como si sujetara toneladas sobre mis hombros.

—No vuelvas a acercarte a mí en la vida, ¿me oyes? En la vida —susurré en un tono solemne.

Y me fui de allí dando un portazo y escuchando a mis espaldas un «puedo explicártelo».

Eché a correr por las calles totalmente desconocidas para mí. Cameron salió de su casa y me llamó a gritos.

—¡May! ¡Espera! ¡Déjame al menos que te lleve a casa!

Pero no me giré, porque el hacerlo solo habría supuesto sufrir más. Lo único que quería era huir de allí y no volver a verlo nunca.

Llamé a un taxi y en poco tiempo estaba subiendo las escaleras de mi casa. Traté de poner buena cara para que mi hija no me hiciera preguntas. Pero me daba que la cosa iba a estar complicada. Dolía tanto que disimular era un suplicio.

CAPÍTULO 40



Por la mañana, después de una noche verdaderamente horrible, me levanté pronto para irme a tomar un café a la panadería de Rose, me distraería un poco antes de ir a trabajar y también me despejaría.

En la puerta, me crucé con una señora que salía de comprar el pan, le di los buenos días y me adentré en el establecimiento. No había nadie, solo Rose detrás del mostrador, que me recibió con una sonrisa.

—Buenos días, May, ¿qué tal comienza la semana? —preguntó mientras pasaba un trapo por la superficie de cristal.

—¿Te miento o te digo la verdad?

—Oh, cariño, eso no suena nada bien.

—Ponme un café solo, cargadito, por favor.

—Cuéntame, ¿qué te ocurre?

Suspiré, Rose era una mujer encantadora que me había acogido muy bien desde el principio y con la que sabía que podía hablar. Solo le dije que Cameron y yo habíamos discutido, no quise entrar en detalles, porque en los pueblos todo el mundo conoce la vida de todos, y quería protegerme y no volver a escuchar de su boca que, efectivamente, Cameron estaba casado.

Me sirvió el café y me lo llevé a la mesa en una esquina, en la que solía sentarme y leer un poco el periódico en el teléfono.

Se acercó con un trozo de tarta que no había pedido y me dio un beso en la coronilla.

—Come algo, te sentará bien. Es tarta de zanahoria, está recién hecha.

Empezó a llegar gente a desayunar y yo me mantuve con las gafas de sol puestas para intentar pasar lo más desapercibida posible, pero se me paró el corazón al ver quién entraba por la puerta. No podía ser. Scott. Otra vez.

Hizo un barrido con la mirada hasta que me encontró y, con paso tranquilo, se acercó a mi mesa y se sentó.

—¿Qué haces aquí? —dije con dureza.

—Buenos días.

—No estoy para tonterías, Scott, pensé que ya estaba todo dicho. Lárgate.

—Déjame hablar. Dame un minuto. Solo uno.

Respiré hondo, cansada ya de tantas cosas, estaba saturada y me costaba incluso que me entrara el aire.

—Un minuto y desapareces. Pero no de aquí, sino de nuestras vidas. Para siempre.

—Necesito dinero. Estoy metido en un lío —soltó a bocajarro.

—¿Cómo? —Esto sí que era el no va más—. Pero ¿de qué vas, Scott? ¡¿Aún tienes la poca vergüenza de presentarte aquí a pedirme dinero?!

—Solo son tres mil dólares, May, por favor —insistió con gesto desesperado.

—¡Fuera! —grité.

Me levanté y Rose, al verme, se fue derecha hacia él. Sin ningún miramiento, le dijo que si no abandonaba el local, llamaría a la policía. Entonces, Scott me lanzó una mirada violenta —la misma que, por desgracia, conocí en su día—, y se marchó.

—¿Quién era ese? May, ¿estás bien? —preguntó Rose sujetándome por los hombros.

Me apoyé en la pared, porque empecé a sentir sudores fríos, no podía decir ni una palabra, me costaba respirar, las piernas me temblaban...

—May, estás muy pálida, ven, siéntate.

Pero, cuando iba a hacerlo, se me nubló la vista y caí desplomada al suelo.

CAPÍTULO 41



Cuando desperté, estaba tumbada en el suelo, Rose me daba aire con un periódico y una colega del trabajo, la doctora Middleton, comprobaba mi estado dirigiendo una luz hacia mis pupilas.

—¿May? ¿Puedes oírme? —preguntó.

Me sentía algo aturdida y notaba dolor en un lateral de la frente. Al tocarme, palpé una especie de vendaje, un apósito que me cubría parte de la zona.

—Estoy bien, estoy bien —respondí incorporándome.

Me ayudaron a levantarme y me sentaron para después ofrecerme un vaso de agua.

—¿Cómo te encuentras, hija? ¡Me has asustado! —dijo Rose inquieta.

—Bien..., habrá sido por el estrés —contesté todavía mareada.

—Vamos al centro de salud a curarte la herida que te has hecho en la frente —dijo mi compañera—. Aún te sangra, y te he puesto lo primero que hemos encontrado por aquí.

—Suerte que apareció la doctora a tomar un café, justo nada más desmayarte —aclaró Rose apurada—. Yo no sabía qué hacer.

—No te preocupes. —La abracé—. Gracias por todo.

Entramos las dos directamente a la enfermería. Por lo visto, me había golpeado contra una silla al caer.

—Deberías irte a casa a descansar —dijo mi compañera mientras me ponía un par de puntos de aproximación.

—De eso nada.

—May, te acabas de desmayar, no te preocupes, yo te cubriré el turno, pero hazme el favor de irte a casa —insistió.

—¡He dicho que no! —respondí más alto de lo que me habría gustado.

Lisa me miró perpleja, asombrada por el tono de mi voz.

—Perdóname, no quería responderte así, lo siento.

—No pasa nada. —Continuó con su tarea.

—Es que estoy nerviosa y...

—May —me interrumpió—, no tienes que darme explicaciones. De verdad. Me tienes aquí para lo que necesites, espero que lo sepas.

—Lo sé.

Estuvimos un par de minutos en silencio esperando a que terminara de curarme para luego irme a la consulta.

—Bueno, esto ya está —dijo.

—Muchas gracias, de verdad.

—No me las des y relájate, ¿vale? Si necesitas algo, pasa a verme en seguida. No quieras hacerte la fuerte, ¿de acuerdo?

—Vale. —Sonreí.

Al llegar, ya había un par de pacientes esperando. Miré el reloj, tenía que haber comenzado mi consulta hacía diez minutos. Me puse en acción rápidamente para así, de alguna manera, tratar de olvidar lo que había ocurrido en la panadería con Scott.

Habían pasado cuatro personas y estaba leyendo el siguiente historial sentada frente al ordenador, cuando alguien irrumpió en el despacho sin llamar y con contundencia.

—Por el amor de Dios, May, ¿estás bien?

Era Cameron, que había entrado como un huracán en la consulta con el rostro desencajado.

—¿Qué coño ha pasado? —preguntó.

Y yo me preguntaba cómo se habría enterado.

—Vete de aquí, Cameron, estoy trabajando —respondí, fría como el hielo, levantándome para ir hacia la puerta y llamar al siguiente paciente.

—No sin antes saber que estás bien. —Se interpuso ante mí.

Tuve que tragar saliva para no ponerme a pegarle y a gritarle que por qué había sido tan cabrón conmigo. Pero conseguí templar mis nervios, al menos, por fuera.

—¿Y tú precisamente me preguntas eso? —dije con un hilo de voz.

—Joder, May, ite has desmayado! ¡Quiero saber si estás bien y quién era ese tío que te alteró tanto en la panadería! ¿No sería Scott, verdad?

Lo mire incrédula, ¿cómo sabía todo lo que me había pasado, si apenas había transcurrido media hora? Debió de leer mi gesto, pues en seguida me sacó de dudas.

—He ido a tomar un café y Rose me lo ha contado todo.

Miré al techo y suspiré.

—No tengo que darte ninguna explicación, y ahora, vete.

—May...

—Cameron, ayer me quedaron claras muchas cosas, entre ellas, que no eres quien yo pensaba. Así que no me obligues a que ahora te cuente todo como si no hubiera pasado nada.

—Pero...

—No —le interrumpí—. Te pido por favor que te marches de aquí y que no me lo pongas más difícil.

Aguanté lo imposible para no ponerme a llorar, aunque tenía los ojos totalmente anegados. Cameron se metió las manos en los bolsillos, agachó la cabeza y después me miró con tristeza, como intentando decir algo que no llegaba a salir de sus labios en forma de palabras.

—Está bien —dijo al fin—. Me voy. Yo... solo quería saber si estabas bien y creí que..., bueno, da igual.

No respondí, me limité a quedarme de pie, frente a él, intentando que no se notara mucho que estaba totalmente destrozada, pero creo que no lo conseguí.

Se giró hacia la puerta con paso lento, la abrió, y después cerró sin volver la vista atrás.

Entonces fue cuando solté todo el aire contenido en mis pulmones y una lágrima resbaló en soledad por mi mejilla.

Clare y yo pasamos esa tarde en casa, tranquilas, después de contarle todo lo que me había pasado durante el día, omitiendo, evidentemente, que mi desmayo lo había provocado su padre al haberse presentado por sorpresa para pedirme dinero.

Mi hija sabía lo de Cameron, pero no que me había confirmado a bocajarro que estaba casado, solo le dije que habíamos discutido y que preferíamos darnos un tiempo. No quería preocuparla en exceso, pero alguna explicación tenía que dar a mi estado de ánimo y a mi brecha en la frente.

Vimos un par de películas, comimos palomitas y regalices de fresa, aunque nada de eso consiguió que la imagen de Cameron afirmándome que había alguien más en su vida dejara de taladrarme.

CAPÍTULO 42



Había pasado una semana desde el desmayo, y no había vuelto a saber nada ni de Cameron, ni de Scott.

El no tener noticias de mi ex no es que me relajara, sino todo lo contrario, lo conocía perfectamente, tanto como para estar segura de que tarde o temprano volvería.

La ausencia de Cameron me producía una doble sensación. Por un lado, debió de entender que necesitaba espacio, y me lo dio. No habíamos vuelto a coincidir en el portal, ni tampoco en el centro de salud. Una mañana, vi en la lista de pacientes el nombre de su abuelo y me dio un vuelco el corazón. No podría soportar tenerlo en la consulta y actuar como si no hubiese ocurrido nada. Según iba acercándose el turno del señor Cooper, mis nervios y mis pulsaciones comenzaron a desbocarse.

Por fin, alguien dio dos toques en la puerta y, con el corazón a punto de pararse, dije que pasara el siguiente. La puerta se abrió y el anciano entró seguido de una mujer. Cameron no venía con él. Suspiré de alivio. Y también —¿por qué no reconocerlo?— de lástima. Jodidos sentimientos encontrados.

Por lo visto, era una vecina del pueblo la que ese día lo acompañaba. El señor Cooper dijo que su nieto tenía que trabajar, pero ambos sabíamos que no era así y que la cosa iba más allá.

Una parte de mí sentía rabia ante la idea de que Cameron no luchase por lo nuestro. Me cabreaba que hubiera tirado la toalla, por mucho que yo fuese quien le dijo que lo hiciera. Sí, lo sé, suena totalmente contradictorio, pero así es como me sentía.

Alguna tarde escuchaba la moto mientras aparcaba frente al portal y me asomaba tímidamente y a escondidas para verlo. Podía estar dolida, enfadada, destrozada..., pero lo quería. Eso no podía desvanecerse de un plumazo.

Clare no pasaba mucho tiempo en casa, celebraría su cumpleaños la semana próxima, estaba emocionada con los preparativos, y yo no iba a quitarle esa ilusión.

Parecía estar más animada. Una noche, llegó a contarme que había pasado una mala racha con Brian, pero que creía que las cosas habían vuelto a su cauce. No me reconoció en ningún momento que estuvieran saliendo, pero el brillo de sus ojos hablaba por sí solo.

Paseé mucho por la zona del lago, pensé, le di muchas vueltas a todo y, aunque seguía sin entender cómo Cameron me podía haber ocultado durante tanto tiempo que estaba casado con una tal Helena, no verlo me vino relativamente bien para poner tierra de por medio y calmar algo mi ansiedad.

Jackson, el administrativo del centro de salud, intentó acercarse más a mí al conocer que Cameron y yo ya no estábamos juntos. Incluso vino un par de veces a casa a traerme unos dulces, para animarme, según decía. El primer día lo invité a pasar y tomamos un chocolate charlando de temas relacionados con el trabajo, pero la segunda vez, cuando se marchaba, intentó besarme..., debí imaginar que eso pasaría. Le hablé con claridad y le dije que me sentía tremendamente halagada, pero que no le correspondía. Después de esto, empezó a estar algo distante en el trabajo, y lo entiendo, yo también lo estaba. Pero no podía darle esperanzas a algo que sabía que no tendría futuro.

Una mañana, como otras tantas, me fui a desayunar a la panadería, y me senté en *mi* mesa para hacer lo de siempre, leer las noticias. Pero Rose se acomodó a mi lado, con un trozo de pastel de zanahoria. Alcé la mirada y ahí estaba, mirándome después de dejar el plato sobre la mesa.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—¿Cómo estás? No tienes buen aspecto.

—Estoy bien, es solo cansancio acumulado.

—No puedo decir que te conozca mucho, pero, por lo poco que sé, es evidente que no lo estás... Y Cameron, tampoco.

Abrí los ojos como platos, ahí me había pillado, acababa de tocar mi talón de Aquiles.

—Verás, Rose, es algo complicado. —Me revolví en la silla.

—Lo sé. ¿En la vida hay algo que no lo sea?

—Ojalá fuera todo más fácil. A veces, la vida te pone obstáculos y... nuestra relación tiene uno demasiado alto.

—No soy quién para meterme donde no me llaman, pero las cosas no son siempre como creemos.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede que una conversación dé respuesta a muchas de tus preguntas.

—Háblame claro, por favor.

—No puedo decirte más, cariño —respondió mientras se levantaba.

—No, espera, no me dejes así, necesito saber... —supliqué cogiéndola de la muñeca.

—Tesoro, no me corresponde a mí explicártelo. Solo te digo que habléis.

Y así, dejándome totalmente descolocada, volvió al mostrador a atender a unos niños que entraron corriendo a por *muffins* de chocolate.

CAPÍTULO 43



Era viernes, y Clare, como la mayoría de las últimas tardes, había quedado para seguir organizando su gran fiesta de cumpleaños. Quedaban pocos días para la celebración y quería que todo estuviese perfecto. Me ofrecí a ayudarla, pero me dijo que prefería hacerlo con sus amigas, que eran más modernas que yo, palabras textuales.

Por lo visto, mi parte era la de comprar las bebidas y preparar los aperitivos juntas. Al final, lo iba a celebrar en un local vacío que era de los padres de una de sus amigas. Fui a verlo con ella cuando me lo contó, y nos pareció un sitio bastante agradable.

Mientras estaba en la cocina haciéndome un café para merendar, escuché a Clare acercarse hasta allí.

—Mamá —dijo desde el quicio de la puerta.

—Dime —respondí a la vez que ponía azúcar al café.

—¿Te importa que antes de llegar vaya a casa de Cameron para darle las gracias?

En seguida me giré, tengo que decir que bastante sorprendida.

—¿Las gracias? ¿Por qué?

—Antes de ayer pasó por delante del local y nosotras estábamos fuera hablando, lo saludé y le enseñé cómo iban los preparativos. El caso es que le dije que nos faltaba un equipo de música, que estábamos buscando alguno y que, si sabía de alguien, que nos avisara. Y ayer por la tarde, cuando llegué, había una caja en la puerta del local. ¡Era un equipazo de música, mamá! Y tenía una nota que decía: «Disfruta de tu día. Cameron».

Un escalofrío me subió por toda la espina dorsal, así era muy difícil olvidarme de él. Si tenía esos gestos con mi hija, era como si los tuviese conmigo.

—¿Eh...? —Me había quedado sin palabras—. Bueno, claro, ve a agradecerse. —Y le di un sorbo a la bebida.

—Iré cuando vuelva, ¿vale? Me he asomado y no está la moto.

—Como quieras, cariño.

Clare se acercó a mí y me dio un abrazo tan fuerte que casi me tira el café.

—Te quiero, mamá, luego nos vemos.

—Y yo también. ¡Ten cuidado!

Y según terminaba de decir la frase, oí que la puerta se cerraba.

Me quedé viendo la televisión un rato hasta que caí dormida sin enterarme, estaba bastante cansada, sobre todo, emocionalmente. Llevaba varios días que me costaba concentrarme y no sabía por dónde tirar.

Cuando me desperté, acerqué el brazo a la mesa de centro para coger el móvil y mirar la hora. Con los ojos entrecerrados, vi que eran más de las diez de la noche y me sobresalté. Clare tenía que estar en casa a las diez, y solía ser bastante puntual.

Fui a su habitación, pero no estaba, así que decidí llamarla por teléfono. Dieron varios tonos hasta que saltó el buzón de voz. Pensé que tal vez no lo había oído e insistí. Pero a la tercera llamada sin obtener respuesta, empecé a ponerme nerviosa.

Miré por la ventana por si la veía venir, pero las calles estaban totalmente desiertas, faltaba poco para noviembre, el hecho de estar en plena montaña, y el frío, hacía que la gente buscara el refugio de sus casas.

Esperé unos quince minutos más paseándome nerviosa por el salón, alternando entre mirar el móvil y la calle, pero nada. No había ninguna señal ni de un lado ni de otro, y decidí llamar a su amiga, Amber.

—¿Dígame?

—Hola, Amber, soy May, la madre de Clare.

—¡Ah! Hola, señora Anderson.

—Mira..., quería saber si Clare está contigo —dije asustada por si la respuesta era negativa.

—¿Clare? No. Hace casi una hora que nos despedimos en la puerta del local.

El corazón se me paró y unos sudores fríos recorrieron todo mi cuerpo.

—¿Cómo? ¿Casi una hora?

—¿Ocurre algo, señora Anderson?

—Es que... —Mi voz se quebraba por momentos—. No ha vuelto aún.

—¿No? Pero...

—Amber, ¿puedes hablar con Brian o alguna amiga que pudiera estar con ella, por favor? —supliqué.

—Claro, deme un minuto para hacer unas llamadas y ahora me pongo en contacto con usted.

—Gracias, Amber.

Colgué y me desplomé en el sillón con las manos en el rostro. ¿Dónde estaba Clare? ¿Le habría pasado algo? Mis manos temblaban y apenas atinaba a limpiarme las lágrimas. Esto no podía ser real, esto no podía estar pasando.

Al cabo de un par de minutos que me parecieron horas, el teléfono empezó a sonar, en la pantalla se leía «Amber». Lo cogí casi en el primer tono.

—Amber —respondí con desesperación.

—Lo siento, señora Anderson, pero... nadie sabe dónde está.

CAPÍTULO 44



Cuando Amber me confirmó que nadie sabía el paradero de mi hija, tuve que agarrarme a la encimera de la cocina para no caerme redonda al suelo. ¿Y ahora qué hacía? ¡¿Llamaba a la policía?!

Empecé a sudar, sentí que me ahogaba, y lo primero que se me ocurrió fue salir y llamar a la puerta del señor Cooper. Me frotaba las manos con la ropa sin poder parar, estaba muerta de miedo y con un pánico atroz a que algo le hubiera ocurrido.

En seguida abrieron la puerta, y fue Cameron quien lo hizo. En cuanto me vio, se sorprendió, pero cambió en seguida su gesto a uno de preocupación, supongo que por la cara que tenía yo.

—Cameron... —dije con un hilo de voz.

—May, ¿qué ocurre? —dijo poniendo las manos sobre mis hombros—. Estás temblando, ¿qué pasa? ¿Es Clare?

—Sí. —Y rompí a llorar—. No hay rastro de ella. No ha venido, no me coge el teléfono, sus amigos no saben dónde está... —expliqué atropellada.

—Espera, tranquila, pasa, siéntate.

Entramos en casa de su abuelo, que estaba en la terraza ajeno a lo que ocurría.

—¿Hace mucho que debería haber llegado? —dijo sentándose a mi lado muy preocupado.

—Una hora, más o menos...

—¿Y no te coge el móvil?

—No, la he llamado muchas veces y nada... Cameron, ¡¿le habrán hecho algo?!

Mi voz sonó desesperada.

—A ver. —Suspiró—. ¿Amber no sabe nada?

—No.

—¿Y Brian?

—Tampoco.

No podía estar sentada, así que me levanté y comencé a dar vueltas en el salón con las manos en la nuca, intentando pensar, pero, con el estado de nervios en el que estaba sumida, era totalmente imposible.

—¡Clare no se iría así como así! ¡Algo le ha ocurrido! —estallé.

En ese momento, el señor Cooper entró en la sala. Al verme en ese estado, preguntó qué ocurría y Cameron le contó que mi hija había desaparecido. El anciano se quedó pensativo, mirándome, como si intentara recordar algo.

—¿Qué ocurre, abuelo? —preguntó Cameron.

—Yo creo que la he visto —dijo.

Los ojos se me abrieron como platos y la respiración se me cortó.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? —Me acerqué a él de un salto, suplicándole con la mirada una respuesta.

—Abuelo, si no estás seguro, no digas nada, esto es serio.

—¡No me trates como si fuera bobo!

—¡Déjalo hablar! —increpé a Cameron.

—Hace un rato, salí a la terraza a tomar el aire —continuó—, y la vi llegar con un chico, uno jovencito como ella.

—¡Brian! —dije sin dejarlo terminar.

—No sé... —negó con la cabeza—. El chico la acompañó al portal y después se fue. Pero apareció un coche, oscuro, creo. Un hombre se bajó y se acercó a Clare. Intercambiaron unas palabras, luego ella lo acompañó al vehículo y se marcharon juntos.

El jarro de agua fría cayó sobre mí como el cemento.

—¡Un hombre! ¡Un hombre! —repetí muerta de pánico—. ¡¿Qué hombre?! ¡¿Cómo era?! ¡Mi hija, Cameron! ¡Mi hija!

—Abuelo, intenta recordar, ¿hacia dónde fue el coche?

—Pues... giró en dirección al centro de salud. Pensé que quizá era un colega de May...

En menos de un minuto conseguí hablar con una de las personas a cargo de la recepción, quien me aseguró que mi hija no había

aparecido por allí. Ni ella, ni Jackson. Un estremecimiento me sacudió por dentro, mezclándose como un cóctel de incredulidad y sentimiento de culpa. ¿Habría sido capaz? No, era descabellado... Colgué el teléfono no sin antes pedirle a la empleada que me llamase si sabía algo de Clare.

—No está allí —informé al borde de un *shock*.

Cameron palideció de repente. Se volvió hacia mí, apretó los labios y cogió su cazadora y las llaves de la moto.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté sin entender.

—Esa carretera es la misma que lleva al antiguo camino del lago.

—¿Crees que...? ¡La caseta abandonada! —exclamé con horror.

—Si alguien quiere esconderse, es el lugar perfecto.

—¡Voy contigo! —Lo seguí.

—No. —Me interceptó—. Puede ser peligroso. Tú llama a la policía.

—¿Estás de broma?! ¡Ni muerta me quedo aquí esperando! Me voy contigo, sí o sí, en tu moto o en mi coche, pero pienso ir ahora mismo —respondí asertiva.

Cameron se me quedó mirando confuso, hasta que asintió.

—Está bien, iremos en la moto. Abuelo, si hay cualquier novedad, me llamas al móvil.

—Sí, hijo, marchaos rápido..., y lo siento..., yo no sabía..., no le di mayor importancia...

—No se preocupe, señor Cooper. Se lo agradezco de veras.

Y salimos corriendo como alma que lleva el diablo.

CAPÍTULO 45



Cameron arrancó a toda prisa y el acelerón me golpeó en el pecho y en todo mi cuerpo. Serpenteó con pericia a través de las calles y dejamos atrás los últimos edificios. A medida que el trayecto se fue haciendo más abrupto, lleno de piedras y baches, tuvo que aminorar la velocidad, hasta que la presencia de un enorme terraplén le obligó a detenerse.

—Agárrate bien, a partir de aquí es un camino de cabras cuesta abajo —dijo apretando mis manos sobre su cintura.

De pronto, mi móvil sonó en el bolsillo exterior de mi chaqueta. Él se volvió hacia mí, expectante. Lo saqué y desbloqueé la pantalla. Era un mensaje de la recepcionista del centro de salud:

Le escribo para decirle que no hay ninguna novedad. Jackson acaba de llegar y ambos estamos muy preocupados. Por favor, infórmenos si hay noticias de Clare.

Una idea aterradora me vino a la cabeza y se me clavó como un puñal en el corazón.

—¡Ha sido Scott! —grité a través del casco sin visera—. ¡Tiene que haber sido él!

Cameron, al escucharme, apagó el motor. Me quité el casco como una exhalación y me bajé con una agilidad sorprendente.

—¡Ha sido él! —repetí.

—¿Cómo? ¿Por qué haría eso?

—Porque hace unos días me pidió dinero, me dijo que se había metido en líos y necesitaba efectivo. Yo me negué en redondo y después sufrí el desmayo en la cafetería.

Cameron me miraba incrédulo, con la respiración desacompasada y los brazos en jarras.

—Maldito hijo de puta —murmuró mirando al cielo.

—Si oye el ruido de la moto puede cometer una locura. Debemos llegar allí sin ponerlo en alerta.

Ambos nos quedamos pensativos, buscando la forma de hacerlo. Probablemente, si notase que nos acercábamos, escondería a mi hija o se esconderían los dos. O sabe Dios qué más podría pasar. Teníamos que aproximarnos con sigilo.

—Ya sé cómo hacerlo —dijo Cameron al fin—. Iremos en moto un poco más, aparcaremos a una distancia prudencial y luego continuaremos a pie.

—Me parece bien.

Me dispuse a subir de nuevo en la moto con el rostro bañado en lágrimas, pero Cameron me lo impidió. Cogió mi mano y me atrajo hacia él. Cuando estuvimos el uno frente al otro, me abrazó con fuerza sin darme tiempo a reaccionar.

—Tranquila, todo irá bien. Te lo prometo.

Lo miré agradecida. No creo que hubiese tardado mucho más en derrumbarme.

—Gracias, Cameron. Por todo.

Me regaló un suave beso en la frente que recibí con los ojos cerrados, y después nos separamos para poner rumbo a esa caseta abandonada donde sospechábamos que podría estar mi hija.

Hicimos lo que Cameron había planeado y aparcamos a pocos metros de la casa, que ya asomaba al fondo del camino. Efectivamente, había una luz encendida en el interior. Estaba claro que había alguien dentro.

Dejamos los cascos en la moto y Cameron me cogió de la mano. Se me iba a salir el corazón por la boca de lo nerviosa que estaba, pero nunca sabemos la fuerza que tenemos hasta que nos vemos enfrentados a situaciones límite como esta.

Caminamos hasta llegar allí, me paré en seco y la sangre se me heló al ver el coche de mi expareja aparcado en un lateral de la casa.

¡¿Cómo podía hacernos eso?!

—¿Estás bien? —susurró Cameron.

—Ese es su coche —dije en el mismo tono, y con los dientes apretados maldije—: Sucio canalla.

Cameron sujetó mi mano con fuerza para tranquilizarme. En ese momento, habría entrado en la casa a matarlo con mis propias manos.

—Vamos a hacer las cosas de la mejor manera, May, sé que ahora mismo es imposible pensar en frío, pero déjame ayudarte.

Lo miré y asentí con lágrimas en los ojos.

Dimos la vuelta a la cabaña, medio agachados para poder mirar por una de las ventanas. La luz que provenía del interior parecía ser de un farol o algo así, era una construcción muy vieja, medio derruida, sin agua corriente ni suministro eléctrico.

Elegimos una ventana de la parte trasera. Cuando asomé mínimamente la cabeza, la vi, sentada en el suelo, mientras el malnacido de su padre intentaba explicarle algo con demasiados aspavientos. No sabía de qué podía tratarse, pero se mostraba muy alterado.

Clare estaba asustada, su gesto la delataba, tenía el pelo algo despeinado y movía la pierna como hacía siempre que estaba nerviosa.

—¡Está ahí! —dije.

Cameron me tapó instintivamente la boca para evitar que Scott nos oyera.

—Shhh. Debemos pillarle de improviso.

—La tiene él. —Lloré desconsolada—. Lo voy a matar.

Cameron volvió a cogerme la mano y dimos de nuevo la vuelta a la casa, hasta quedar frente a la puerta de entrada.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Hay que avisar a la policía, ya sabemos dónde está Clare y quién la tiene. Voy a llamar ahora mismo.

Nos escondimos detrás de un arbusto para hacer la llamada. En cuanto Cameron colgó, me cogió de ambas manos y me miró con condescendencia.

—¿Qué ocurre? —pregunté asustada.

—Ahora te vas a quedar aquí. Voy a dar una patada a la puerta y sacaré a tu hija de ahí.

—No, no, no..., yo iré también.

—May, escúchame, tengo que reducir a ese hijo de puta y tú vas a esperarme hasta que todo termine.

Nos quedamos mirando en silencio, diciéndonos con los ojos lo que no nos atrevíamos a decir con palabras. Hasta que comencé a negar con la cabeza.

—Lo siento, Cameron, pero no puedo permanecer sin hacer nada. ¿Y si le pasa algo a Clare? No me lo perdonaría jamás en la vida. Voy a ir contigo, tienes que entenderme.

Le supliqué con la mirada, pero tenía claro que iría de todas formas, aunque él insistiera en que no era lo más adecuado. Así que, sin decirnos nada más, nos levantamos y nos acercamos los dos a la entrada de la caseta.

—Apártate, contaré hasta tres —dijo Cameron en voz baja.

Me eché a un lado y lo miré con un pánico que jamás había sentido antes. No sabía qué pasaría en cuanto esa puerta se abriera, pero no me iba a permitir flaquear. No. Por mi hija debía estar al cien por cien.

Observé a Cameron mientras me indicaba la cuenta atrás con los dedos. Tres..., dos..., uno... Descargó toda su rabia sobre la puerta de madera, que se abrió sin apenas resistencia.

Me adelanté a Cameron y corrí hacia el interior. Scott me clavó sus ojos inyectados de odio y volví la cabeza hacia mi hija, que me miraba totalmente asombrada.

Clare se levantó como un resorte y corrió a mis brazos llorando.

—¡Maldito hijo de puta! —grité.

Me lancé hacia él, pero Cameron me cogió por detrás para sujetarme.

—¡¿Cómo coño sabías que estábamos aquí?! —bramó Scott acercándose peligrosamente a mí.

Cameron se interpuso entre los dos y, sin dudarle ni un segundo, le asestó un puñetazo que lo hizo caer al suelo. Después, se agachó hasta su altura y lo agarró del cuello de la camisa.

—No vuelvas a acercarte a ellas en tu puta vida. ¿Me has oído?

Y se levantó dejando a Scott tirado y con la nariz sangrando.

En ese momento, escuchamos de fondo las sirenas de la policía. Estábamos a salvo, de una vez por todas.

CAPÍTULO 46



Un mes después...

Tengo vagos recuerdos de lo que pasó aquella noche en la que Scott intentó secuestrar a Clare. La mezcla de tensión y miedo probablemente hayan provocado un bloqueo en mi mente que ha hecho borrar parte de aquel mal sueño.

Solo puedo recordar la llegada de la policía y que, antes de llevarse a Scott detenido, me preguntaron si quería poner una denuncia contra él. Claro que lo hice, y no solo por lo ocurrido, la denuncia iba mucho más allá. Iba por las agresiones físicas y verbales que había sufrido a su lado, iba por los malos ratos que le había hecho pasar a nuestra hija con esos espectáculos nocturnos en casa, iba porque me costó mucho tiempo autoconvencerme de que no era ni mejor ni peor que nadie, era yo, May, con mis defectos y mis virtudes, que también las tenía. Lo hice por mí, pero en gran parte por mi hija, porque no se merecía tener un padre así, y era mi papel velar por su seguridad. Y por mucho dolor que me causara denunciar al que fue mi gran amor y la persona que me dio lo más importante de mi vida, Clare, no todo es perdonable ni justificable. Así que lo denuncié y fue arrestado.

Ahora quedaba esperar el juicio, pero nada sería peor que lo que nos había hecho ya. El muy miserable había abordado a Clare con un engaño, una mentira demasiado vil, incluso para él. Le dijo que yo había sufrido un accidente y que me habían ingresado de urgencias, esta vez de gravedad. El odio que mi hija le tenía no podía competir

con su amor y preocupación por mí, y se aprovechó de eso sin piedad. Pero lo que él utilizó como una flaqueza es lo que en realidad nos hace fuertes, y eso es algo que él jamás podrá comprender.

También recuerdo que Cameron nos acompañó a casa y que nos despedimos con un abrazo después de agradecerle todo lo que acababa de hacer por nosotras. Ese momento era de mi hija y mío, ya habría otro para hablar con Cameron.

Cuando al día siguiente llamé a la puerta de su abuelo, nadie abrió, y supuse que estarían fuera haciendo algo. Volví por la tarde y tampoco obtuve respuesta. Quise enviar un mensaje a Cameron, pero decidí esperar un poco. Al llegar la noche, la casa seguía vacía. Me sorprendí mirando varias veces por la ventana y sobresaltándome ante el sonido de un motor, pensando que podía ser la moto de Cameron.

Por la mañana, oí que alguien entraba en el piso de Morgan y salí en seguida para ver si era él.

—Buenos días, doctora Anderson —me dijo una mujer que no supe ubicar.

—Oh, buenos días —respondí sorprendida.

Su cara me era familiar, pero no sabía de qué, hasta que, de pronto, me acordé de ella. Era la señora que había acompañado a Morgan a mi consulta.

—¿El señor Cooper no está? —pregunté temerosa de obtener una mala noticia.

—No, he venido a limpiarle la casa, me lo pidió Cameron, su nieto.

—Ah..., ¿y cuándo vuelve?

—Se han marchado los dos a Ensenada, estarán fuera alrededor de un mes.

El corazón se me paró.

—¿Un mes? Pero...

—Sí, eso me dijo. Tenían que arreglar papeles o algo así.

—Ya... —Me acaricié la nuca.

—¿Necesita algo del señor Cooper? Si quiere, puedo llamarle y preguntarle...

—No, no —negué fingiendo una sonrisa—. Como no escuché ruido anoche, solo deseaba asegurarme de que todo está bien.

La mujer me devolvió el gesto, me despedí y entré casa. Cuando cerré la puerta, apoyé mi espalda en ella y me deslicé hasta llegar al

suelo.

Eso fue lo último que supe de Cameron, ya había pasado un mes desde entonces y, aunque estuve tentada de escribirle y llamarlo, renuncié a ello. Si él no lo había hecho, tendría sus motivos.

Yo le pedí tiempo, y tenía que respetarlo.

Aquella tarde de viernes, Clare me preguntó si podía pasar la noche en casa de Amber, y le di permiso después de hablar con sus padres. Celebró su cumpleaños y todo fue estupendo, a pesar de que aún estaba bastante afectada por lo de su padre y no quería volver sola a casa. Incluso me contó al día siguiente que Brian le había pedido salir.

Me costó asimilarlo, pero me alegré mucho por ella. Merecía que le fueran bien las cosas y no tener que vivir en una burbuja por culpa de un descerebrado como lo era Scott.

Solo faltaban unos días para Nochebuena, y la idea era pasarla en casa con Clare, tranquilas, luego ella saldría con sus amigas y amigos. Estaban preparando una fiesta en el mismo local donde había celebrado su cumpleaños. Yo, probablemente, me quedaría tirada en el sofá viendo algún programa de esos en los que cantan y bailan hasta las tantas de la madrugada.

Era casi la hora de cenar, me levanté con la intención de prepararme una sopa o algo así, ligero y calentito, para luego ver alguna película. Estaba entrando en la cocina cuando me llegó un mensaje al móvil. Me di la vuelta, lo cogí y lo abrí. El pulso se me aceleró. Era de Cameron.

Hola, May, ¿cómo os va?

Creo que tuve que comprobar varias veces el remitente para convencerme de que se trataba de él. Seguía en línea, y yo no sabía qué hacer.

Hola, Cameron, estamos bien. ¿Y vosotros?

Los dos tics azules y la palabra «escribiendo» me hicieron sonreír. Me senté en el sofá sin dejar de mirar la pantalla esperando su respuesta. Hasta que esta llegó.

Nosotros estamos bien. El abuelo sigue siendo algo gruñón, pero nada que no sea soportable.

Volví a sonreír.

Tú y yo sabemos que es su carácter y lo queremos así.

Añadió un emoticono sonriente.

Ninguno daba el paso de hacer preguntas que nos sacaran de nuestra zona de confort, y es que, después de un mes y de todo lo que había pasado entre nosotros, no era nada fácil.

May, me gustaría que hablásemos.

Por fin, alguien había dado el paso.

Claro, ¿cuándo vuelves?

La respuesta no tardó en llegar:

Llevo un rato al otro lado de tu puerta, sin saber si llamar. ¿Me abres?

Y de repente sonaron esos tres toques con los nudillos que solo daba él.

Ahora sí que estaba al borde del infarto. ¡Estaba aquí! ¡En el descansillo! Me re Coloqué la ropa, me recogí el pelo en un moño despeinado, suspiré y fui a abrir. Y cuando lo hice, allí estaba, apoyado

en la barandilla, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa torcida que me volvía loca y que nunca había dejado de hacerlo.

Se incorporó y se acercó despacio.

—Hola, May —dijo casi en un susurro.

Madre mía, me acababa de dar cuenta de que necesitaba oír su voz con urgencia. Fue como recibir un chute de energía en segundos, hizo temblar todos los cimientos que pensaba que había construido en ese mes de ausencia. Estaba tremendamente enamorada de él. Pero... estaba casado.

—Hola, Cameron —respondí sin poder dejar de mirarlo a los ojos.

Nos quedamos así durante unos segundos, hasta que alguien entró al portal y nos trajo de vuelta a la realidad.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Y me aparté para dejarle espacio. Pasó delante de mí, respiré su perfume y estuve a punto de tirarme a sus brazos. Pero ambos sabíamos que lo nuestro era un imposible, yo no me iba a meter en medio de un matrimonio. Aunque, sin ser consciente, ya lo había hecho.

Cerré la puerta y lo invité a sentarse en el sofá. Asintió y se puso a un lado esperando a que lo acompañara.

—¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza?

—Sí, gracias.

Me acerqué a la cocina con una sensación extraña en el cuerpo, estaba feliz de volver a verlo, pero también nerviosa y muerta de miedo por tenerlo de nuevo delante y por saber que, de momento, no había ningún futuro para nosotros.

CAPÍTULO 47



Traje un par de cervezas y le tendí la suya, lo que me agradeció con media sonrisa. Me froté las rodillas sin saber muy bien qué decir ni qué hacer hasta que Cameron tomó el mando de la situación.

—May, me marché porque...

—Espera. —Puse la mano en alto para que no siguiera—. Cameron, no es necesario que me des ninguna explicación. Los motivos por los que lo hicieras eran tuyos, y yo no tengo que reprocharte nada en ese aspecto.

—Quiero hacerlo. Como tú dices, los motivos eran míos, pero tú entrabas en esa ecuación. Quiero contarte quién es Helena.

Lo miré con los ojos como platos, ¿por fin me iba a desvelar ese secreto tan doloroso de compartir?

—¿Estás seguro? —pregunté con un hilo de voz—. Si no estás preparado...

—Lo estoy. Ahora sí.

Cameron dejó la cerveza sobre la mesa, hizo lo mismo con mi vaso y se acercó para cogerme de las manos. Yo me dejé hacer, necesitaba sentirlo, aunque pudiera sonar egoísta. Lo había echado mucho de menos, demasiado.

—De acuerdo, Cameron. Estaré aquí para escucharte cuando quieras.

Me miró las manos y las acarició con los pulgares, supongo que estaba preparándose para contar su historia, y yo le di tiempo para que lo hiciera, no había ninguna prisa.

—Helena y yo nos conocimos en el instituto. —Me miró—. En seguida nos hicimos amigos, y al cabo de pocos meses le pedí salir. Dios sabe que me costó muchísimo hacerlo, no las tenía todas conmigo, ¿sabes? —Sonrió mirando al suelo—. Pero, para mi sorpresa, me dijo que sí a la primera. No tuve que pedírselo una segunda vez. Teníamos catorce años y nos creíamos los reyes del mundo. A ambos nos gustaba la informática y las motos. Éramos una pareja perfecta. Cuando cumplió dieciséis, sus padres la enviaron a estudiar dos cursos completos al extranjero. Fueron los peores dos años de mi vida, solo venía en Navidad, Acción de Gracias y un par de semanas en verano. Cada vez que nos despedíamos, era como si nos arrancaran el corazón. Era insoportable separarnos sin saber cuándo volveríamos a vernos. — Se quedó pensativo unos segundos y luego retomó el relato—. Al llegar a la mayoría de edad, decidimos irnos a vivir juntos, sus padres tenían una casita pequeña en Little Blue, la cual nos cedieron sin tener que pagar, en principio, nada, querían que acabáramos los estudios y que después buscáramos un empleo. Ella cuidaba niños algunas tardes, y yo daba clases particulares y así sacábamos para la comida. Con diecinueve años, conseguimos un par de trabajos un poco más serios a la vez que estudiábamos un módulo de informática y, tras ahorrar lo suficiente, nos compramos una casa. Nuestra casa. —Suspiró—. Todo nos iba sobre ruedas, no podíamos pedir nada más. Así que nos dio por cometer la mayor locura del mundo: casarnos. Éramos demasiado jóvenes, pero nos queríamos tanto que pensábamos que no era necesario esperar. Nuestros padres pusieron el grito en el cielo, pero al final tuvieron que aceptarlo, porque, si no, lo habríamos hecho sin ellos.

Cameron se acarició la nuca y cogió aire como si le costara respirar, le apreté las manos para que supiera que estaba a su lado y, tras dedicarme una triste sonrisa, continuó.

—Teníamos claro que esperaríamos a tener niños, queríamos disfrutar de nuestra felicidad primero a solas. Pero las cosas se empezaron a torcer. Con veinte años, le hicieron una oferta de trabajo bastante suculenta a un par de horas de distancia, y eso implicaba tener que separarnos, porque mi trabajo me obligaba a quedarme aquí. Nos costó tomar la decisión, pero ella se merecía ese trabajo, así que decidimos hacer ese sacrificio en favor de su desarrollo laboral.

Los primeros meses fueron bien, pero poco a poco la relación se fue desgastando, y eso hizo mella en nosotros. El vernos poco, horarios incompatibles..., estábamos casados, pero no lo parecía. No la culpo, ¿sabes? Yo tampoco luché lo suficiente, me rendí demasiado pronto. Intentamos que funcionara y, de hecho, tras dos años soportando la ausencia, y a sabiendas de que lo nuestro estaba muy desgastado, seguimos juntos. Una noche nos llamamos por teléfono como otras tantas veces y quedamos en que vendría ese fin de semana a casa, teníamos que hablar. Como ella dijo, «nos merecíamos una conversación de despedida en persona». Estábamos seguros de que seríamos amigos para siempre, jamás quise perderla. Pero... —Tragó saliva—. Pero cuando Helena venía hacia aquí en su coche, se salió de la carretera y se mató en el acto. No sufrió, dijeron los médicos.

—Por Dios, Cameron —dije acariciándole la cara.

—Espera, déjame acabar, o esto no saldrá nunca de aquí —respondió señalándose el corazón—. De esto han pasado cinco años. Cinco años en los que me he cerrado en banda y no he querido conocer a nadie. Nadie conseguiría que yo volviese a amar como la amé a ella. Pero un día apareciste tú, May, cerca del lago, te caíste y acudí a ver si necesitabas algo, y no sé qué me diste, que ya no he querido separarme nunca de ti. Pero tenía que hacerlo bien. Cuando fui la primera vez a Ensenada, no estaba preparado para contarte que iba a reunirme con sus padres para ver qué hacíamos con el piso y con una caja que querían que viera. No había vuelto a encontrarme con ellos desde el entierro, y te juro, May, que deseé salir corriendo de allí y refugiarme en tus brazos, pero no podía huir. Ya lo hice tras el funeral, corté todo contacto con su familia y me comporté como un puto egoísta. Les dije que no quería la casa, que la vendieran y se quedaran con el dinero. No lo aceptaron, solo accedieron a ponerla a la venta con la condición de que me quedase con la mitad. Joder, ¡¿tan difícil era de entender que no quería nada que me recordase a ella?! —Alzó la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Se fue demasiado pronto! Vale que ya no éramos pareja, ¡pero la quería mucho! ¡Mucho!

Cameron me abrazó con fuerza, llorando con desesperación y sacando todo lo que llevaba dentro. Al cabo de unos minutos, se apartó y se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Al día siguiente del entierro me quité el anillo y lo metí en esa caja. No había vuelto a abrirla desde entonces... Hasta que tú..., bueno..., ya sabes de qué te hablo.

—Lo siento, lo siento —sollocé—. No sabía que...

—Tú no tienes culpa de nada. La culpa es mía por haber dejado pasar tanto tiempo sin enfrentarme a esto. Este mes que hemos estado fuera ha sido para zanjar todos los temas jurídicos y de papeleo. No me había atrevido aún a hablar de ello porque sería como hacerlo todo más real, ipero es que es real, joder! Por eso tuve que decirte que estaba casado. Para mí aún lo estaba, y no quería engañarte. No era justo. Este mes he recibido la mitad del dinero, he hablado mucho con sus padres sobre ella, la hemos recordado, hemos llorado, pero también hemos reído con anécdotas del pasado. Ella merecía que lo hiciera así, y no la mierda en la que me había metido. Sus padres me han agradecido el haber ido allí. —Miró al suelo—. Pero no he sido capaz de visitar el cementerio, eso ya son palabras mayores.

—Tranquilo, date tiempo.

—May, te quiero. Quiero que estemos juntos siempre. Quiero que aprovechemos cada momento del día para estar juntos, amarnos, regalarnos los sueños que nos merecemos. Tenía que cerrar este capítulo de mi vida y recordar a Helena con cariño y no enfadado como estaba. Lo siento mucho, de verdad. Lo siento.

Sonreí y le acaricié la cara.

—No tienes que pedirme perdón. Tengo que hacerlo yo por no entenderte y haber sido una egoísta.

—No sabías nada, no podías imaginártelo.

—Pero ahora ya lo sé, y quiero cuidarte y estar a tu lado. Yo también te quiero.

Cameron me miró sorprendido por mi respuesta y, sin dudarle un segundo, se lanzó a mis labios como si de un depredador se tratara. Le correspondí con el mismo énfasis y nos devoramos hasta terminar en mi habitación, enredados entre besos y caricias y dando rienda suelta a todo lo que sentíamos. Ahora sí que ya no había nada que se interpusiera entre nosotros, nada.

Y es que, a veces, la vida nos pone demasiadas pruebas, muchos obstáculos, pero seguro que siempre hay un sendero escondido que

nos dejará seguir adelante, y si lo recorremos en compañía de los que más nos quieren, mucho mejor.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Tengo que reconocer que siempre me ha parecido muy difícil la parte de los agradecimientos. Me da la sensación de que me repito mucho en mis reflexiones y en las personas a las que se las dedico, pero es que sin ellas esto no llegaría a ser posible.

Qué haría yo sin mi familia, pero no solo la más cercana, sino la extensa, que siempre me animan y preguntan por mis historias y no dudan en compartirlo con su gente. Evidentemente la más cercana es la que se desvive para que yo tenga un ratito para poder plasmar lo que el corazón me dicta y es más que evidente que se lo agradeceré toda la vida, en todas y cada una de mis publicaciones. GRACIAS.

A mis amigas y amigos por estar en mi vida y transmitirme valores tan importantes como los que día a día me transmitís. Gracias por apoyarme en TODO, y ser mis pepito grillo.

Gracias a Adelaida Herrera, mi editora, por ser como es, tan cercana, tan empática, y por darme la oportunidad de volver a publicar en una editorial tan importante como es Planeta de Libros a través de su sello Click Ediciones.

¿Y qué haría yo sin mis lectoras cero? Mil gracias a Aroa y Rosa por su enorme generosidad para conmigo, por darme ideas, decirme lo que creían que debería de repensar, por no dudar en darme su opinión, por pulir las escenas como solo vosotras sabéis hacerlo, por las conversaciones de whatsapp y las risas que nos hemos echado (y seguimos echándonos).

A todas las lectoras y lectores que día a día me escriben, me siguen y que compran mis libros, permitiéndome que pueda seguir soñando. Nada sería como es sin vosotras.

Gracias a todas las blogueras que se hacen eco de mis publicaciones consiguiendo que llegue a más gente. Sois un motor imprescindible en el mundo literario.

A todas las mujeres que están sacando a sus hijas e hijos adelante aun con un camino demasiado empedrado por delante. Que luchan día a día por ellos, dejando incluso atrás su propia vida.

A aquellas luchadoras valientes que un día dijeron NO y pasaron página, o al menos lo están intentando (aunque no se lo pongan nada fácil, al contrario). Por las que lo consiguieron y por las que no, que están en nuestros corazones.

A todas las niñas y niños que en algún momento de su vida se han visto envueltos en situaciones tan desagradables como las que se plasman en la novela. Ojalá pudiera evitarse y no se convirtieran tantas veces en moneda de cambio.

Y, para terminar, gracias por haberle dado una oportunidad a esta historia que con tanto cariño escribí. Os espero por mis redes sociales, y ya sabéis que me tenéis para lo que necesitéis.



María Beatobe nació en Madrid un 14 de febrero de 1979. Educadora infantil de profesión y graduada en Educación Social, practica la docencia en un centro educativo desde 2002.

Su vida diaria se desarrolla entre su familia, el trabajo en una casa de niños y la escritura, en los tiempos que consigue sacar.

Escritora de romántica desde la adolescencia, es amante de caminar descalza, sentarse en el suelo, leer a Benedetti y cantar a voz en grito en el coche.

Autora de *Nos dejamos llevar por una mirada* y la serie de diez partes New Adult «Por amor» publicadas por Planeta de Libros, entre otras.

Disfruta escribiendo y creando historias que, como ella dice, «le dicta el corazón a cualquier hora del día. La inspiración no tiene horarios».

Muy activa en redes sociales, ya que para ella la cercanía entre lectores y autores es primordial.

Sigue a la autora

Facebook: maria beatobe escritora

Twitter: @mariabeatobe

Instagram: @mariabeatobe

Pinterest: maria beatobe

Regálame un sueño
María Beatobe

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© María Beatobe, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20159-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Nos dejamos llevar por una mirada

María Beatobe

Confíe en ti. Serie Por amor 1

Maria Beatobe

Me fijé en ti. Serie Por amor 2

Maria Beatobe

Te envolví en besos. Serie Por amor 3

Maria Beatobe

Raquel. Y llegaste tú 1

Merche Diolch

Tony. Y llegaste tú 2

Merche Diolch

En tu mirada. Serie Serendipity 1

Moruena Estríngana

Encontré lo que me faltaba. Serie Serendipity 2
Moruena Estríngana

Anna

Nora Alzávar

Mi sol, mi luna

Calista Sweet

Irrompible

Romina Naranjo

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!



